

FUGA DEL PARAÍSO.

Branny Cardoch Zedán.

A la memoria de Enrique.

Agradezco a:

IVAN MARTÍNEZ:

Por haberme proporcionado un documental con importantes testimonios de soldados cubanos que participaron contra la invasión a Bahía Cochinos, que me sirvieron para comprender mejor ese momento.

AL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE CHILE:

Que me permitió revisar documentos de la época, cuyo contenido me sirvieron para completar la historia.

A GLADYS AVILA:

Que desde Colombia me hizo llegar recortes de periódicos de aquellos años.

- ¡Basta, hijo! ¿hasta cuándo?

La irritada voz de mi padre me detuvo en seco, por primera vez me di cuenta de que estaba exagerando y que lo que para mí era algo maravilloso, a él no le interesaba, era sólo un acontecimiento perdido en las antípodas, al otro lado del continente, era como si hubiese sido una revolución de selenitas, tan lejos de nosotros que no alcanzaba a tocarnos. El resto del pueblo tampoco se había enterado, cada vez que conversaba el tema con algunas personas, me miraban interrogantes, luego sonreían comprensivas, como si estuviesen hablando con un lunático y terminaba con un golpecito suave en mi espalda y el comentario de siempre – olvídate, no es asunto tuyo – también mis hermanos se burlaban de mi entusiasmo – a este le falta un tornillo – comentaban riendo e incluso mi madre que, mirando al cielo y con los brazos en alto exclamaba - ¡ qué pasa con este niño! ¿acaso ha perdido el juicio? – todo esto me sumía en el desconcierto ¿acaso estaba equivocado? Nunca me gustó reconocer mis errores, pero cuando escuchaba tantas burlas, tantas exclamaciones de asombro, no podía menos que cuestionarme y me quedaba pensando si no estaban en lo cierto y que yo estaba perdiendo el sentido de la realidad; me paraba frente al espejo y estudiaba mis gestos, la forma de mirar, buscaba algún tic nervioso, ese brillo extraviado en los ojos de los dementes, pero no encontraba nada extraño, entonces recurría a mis amigos, pero ellos parecían tan locos como yo y terminábamos riendo. Llegaba a la conclusión de que yo tenía la razón, ellos vivían sumidos en la indiferencia, sólo les interesaba lo que les afectaba directamente.

Cuando el 10 de Marzo de 1952, Fulgencio Batista dio un golpe de estado, derrocando al presidente Carlos Prío Socarras, casi nadie de mi entorno le dio importancia a una noticia que pasaba desapercibida entre tantas otras; además yo era un muchacho de diecisiete años, víctima de una educación deficiente que apenas conocía el mapa de Chile y como era malo para la geografía, ignoraba la existencia de Cuba y tampoco me importaba lo que pasaba más allá de mis fronteras. Vivía en Santa Cruz, un pequeño pueblo, perdido en los valles de Colchagua, donde las noticias internacionales llegaban cuando ya el resto del mundo las había olvidado. A esa edad sólo pensaba en diversiones para matar las interminables tardes de domingo sin nada que hacer aparte de escaparnos al río en verano y aburrirnos mortalmente en invierno. Carecíamos de incentivos y nuestra imaginación se desbordaba en tonterías tratando de llenar nuestras jóvenes vidas.

Pero las cosas cambiaron cuando ese grupo dirigido por Fidel Castro, el 26 de Julio de 1953 intentaron tomar el Cuartel Moncada en Santiago de Cuba y el cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo; esa noticia fue como un conjuro mágico que nos hizo saltar de entusiasmo ¡al fin algo digno de ser tomado en cuenta! Y junto a mis amigos formamos la organización de los rebeldes; otra estupidez en medio de nuestro aburrimiento que pronto quedó en nada; no podía ser de otro modo ¿Qué tipo de rebeldías podía desarrollar un grupo de jóvenes que sólo deambulaban entre el polvo de los caminos, el contacto diario con campesinos y caballos y esa apatía enfermiza que flotaba como una nube sobre todos los villorrios? Pero esa noticia fue un detonante que logró cambiar mi vida, aunque en ese momento, yo no lo sabía.

En un mundo como el actual, en que las comunicaciones son instantáneas, es casi divertido recordar como vivíamos en aquellos lejanos tiempos de mi infancia, con una deficiente luz eléctrica y esos teléfonos murales que nos parecían maravillosos y una mediocre banda municipal que hacía sonar sus instrumentos para entretenernos a la salida de misa de doce. Así era la vida rural; no conocíamos nada mejor, pero dentro de nuestros pensamientos sabíamos que existía algo más, una vida mejor, otro mundo que nos estaba esperando, sólo había que tomar la decisión de saltar hacia el futuro, pero no sabíamos cómo. Una fuerte inquietud comenzó a llenar mi mente con ideas descabelladas que no podía controlar y junto a mis amigos comenzamos a planificar la forma de escaparnos, pero siempre topábamos con nuestra ignorancia ¿hacia dónde ir? El polvo de los caminos formaba una nube que difumaba no sólo el paisaje, sino que también nuestras ansias de libertad y optábamos por bajar la cabeza y seguir con esa rutina cotidiana que nos estaba embruteciendo. Todo nos parecía tan lejano, tan difícil de alcanzar, tan lleno de dificultades que cerrábamos nuestros ojos, mientras nuestras locas cabecitas se llenaban con nuevos y absurdos proyectos desencadenando un torrente de fantasías.

Todavía hoy, después de cincuenta años, me sigo haciendo la misma pregunta ¿Por qué una noticia tan lejana a mi realidad se convirtió en obsesión? No lo tengo muy claro, quizás por esa necesidad tan humana de formar parte de la historia, de dejar nuestra huella

y no pasar por la vida sin haber hecho algo por destacarse y formar parte de ese grupo humano que es recordado durante muchos años. En algunas oportunidades pienso que ser rebelde es propio de la juventud, lo veo a diario, también mis hijos lo son y me dan algunos dolores de cabeza, pero los mantengo controlados a pesar de mi mujer que trata de evitar esos enfrentamientos, mientras me mira con ojos acusadores después de cada castigo. Esa firmeza les faltó a mis padres para controlar mi desatada rebeldía, creo que con mano dura y un par de bofetadas, habrían podido corregirme, pero dentro de mi, estoy seguro que nada habría servido; las veces en que mi padre perdía la paciencia y después de un par de latigazos restringía mis salidas, sólo lograba despertar mi furia y sin importarme los nuevos castigos, desaparecía de casa para regresar desafiante, gritando que me dejaran en paz. Mis padres me tenían miedo, creo que llegaron a pesar que sufría de esquizofrenia. Era un caso perdido, mi testarudez no tenía límites y sólo los años y este maldito cáncer que corroe mi cuerpo, han logrado apaciguarme.

Por las noches me tendía en mi cama, cerraba los ojos y soñaba con Fidel. Sus palabras sonaban en mis oídos como si las estuviera escuchando.
Compañeros, podremos vencer dentro de algunas horas o ser vencidos; pero de todas maneras el movimiento triunfará. Si vencemos ahora, se cumplirá el deseo de Martí. Si ocurre lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, para tomar la bandera y seguir adelante.....^{1}*

Esas palabras me sonaban débiles, no tenían la fuerza necesaria para entusiasmar a ese grupo de rebeldes con los cuales pretendía atacar el Cuartel Moncada, más aún, las encontraba poco alentadoras ¿Qué habrán pensado esos hombres si su general entraba en batalla con la idea de un posible fracaso? pero años más tarde, cuando yo participé en esas multitudinarias concentraciones para escucharlo, me di cuenta de que las palabras no eran lo más importante, sino la forma en que las decía, el calor de su entusiasmo, el carisma de su figura, el poder magnético de su voz.

Cuando yo era niño había muchas cosas que no nos estaban permitidas. Las reglas de educación eran severas y mi padre se encargaba de hacerlas cumplir con el látigo en la mano. Ahora, en el ocaso de mi vida, mientras trato de controlar a mis hijos para que no sigan mis pasos, me doy cuenta de que yo era el candidato perfecto para sufrir todas las desgracias que más tarde me sucedieron.

Nunca quise hablar acerca de mi experiencia cubana; en el fondo de mi corazón abrigaba la esperanza de que Fidel enmendara rumbos y le diera a Cuba el futuro que le había prometido: elecciones, democracia y libertad, esa libertad por la que habían luchado, pero sólo cambiaron una dictadura por una tiranía y han pasado más de cincuenta años y esa Cuba maravillosa que llenó mis sueños de joven, sigue prisionera de ideas añejas que la han sumergido en la pobreza. Ernesto Che Guevara murió en una absurda revolución que no le interesaba a nadie, también Camilo Cienfuegos y Huber Matos; hombres claves de la revolución que hacían sombra a Fidel y que debían desaparecer para convertirse en símbolos. Fidel pronto seguirá sus pasos; Raúl gobierna Cuba y está dando señales de un cambio que parece más cosmético que real y yo, carcomido por un cáncer terminal y presintiendo el fin de mi vida, decido escribir estas líneas para decir mi verdad.

La muerte llega de repente destruyendo no sólo la vida, sino que tantas cosas que quedan pendientes; en mi caso, ella se está anunciando, me grita desde lejos, y me doy cuenta que tengo un sueño por cumplir que he arrastrado por años, una ilusión que llena mis ojos de luces y que hace temblar mi corazón con la violencia de un adolescente enamorado: regresar a La Habana, caminar por sus calles, volver a escuchar las voces de antaño, sumergirme en las cristalinas aguas de sus playas y respirar a todo pulmón ese aire que llega del mar. Necesitaba un retorno a los sueños perdidos, a la ilusión de la juventud, a esa tierra que había dejado atrás, comprobar con mis propios ojos esa realidad de la que todos hablan y que mis recuerdos no han sido distorsionados por los años y gozar nuevamente con ese paraíso perdido del que fui expulsado demasiado pronto. Era una deuda que tenía conmigo mismo, pero tengo que dejar algo en claro: esto no es una novela de ficción, ni una crónica de la Revolución ni de los problemas de esos años, tampoco una historia de amor, es sólo una catarsis de mi alma, una forma de darle salida a todos esos dolores, a esas alegrías y a tantas esperanzas que se perdieron en el vendaval en que la vida me envolvió sin darme cuenta, es decir, un testimonio de vida.

¹ *.- Parte del discurso pronunciado por Fidel antes de atacar el cuartel Moncada.

Nací en Santa Cruz, un pequeño pueblo al sur de San Fernando, camino a la costa, que en ese tiempo era un polvoriento villorrio donde los jóvenes nos moríamos de tedio y sólo esperábamos a escapar. Como única entretenimiento teníamos el teatro Victoria, viejo edificio lleno de pulgas que funcionaba los fines de semana con películas de vaqueros y otras del cine mudo, lo que provocaba que, a viva voz, improvisáramos diálogos subidos de tono antes de ser expulsados. La otra entretenimiento era “El Cairo”, antiguo prostíbulo que había nacido con el pueblo y que regentaba La Faraona, puta jubilada de edad indefinida que, a causa de su profesión, era muy popular entre los hombres de los alrededores que acudían en masa los sábados por la noche para gastar el dinero ganado en esos días, sin importarles las necesidades de sus familias.

A los dieciocho años llegué por primera vez hasta la casa del farolillo rojo, tratando de vencer el miedo que me provocaba la Faraona con su sonriente cara de lechuga vieja, instalada en un alto taburete tras el bar desde donde vigilaba atenta, fingiendo una alegría que siempre nos sonó a falsa, mientras jugaba con un abanico de encajes que parecía escapado de un museo.

Era la primera vez para todos, nunca habíamos estado con una mujer, éramos un grupo de muchachos vírgenes e inocentes que ignoraban las reglas del juego y que pretendían ser hombres; nos empujábamos los unos a los otros tratando de disimular nuestro nerviosismo mientras reíamos estruendosamente sin motivo alguno. Nos acomodamos alrededor de una mesa apostando cual de nosotros lograba acostarse con alguna de las muchachas sin tener que pagar. Ninguno pudo lograrlo. Ellas se dejaban tocar, reían cuando las besábamos en sus esquivos labios o en sus cuellos húmedos a colonia barata, pero cuando creíamos tener la victoria asegurada, aparecía la Faraona con la sonrisa más dulce, aleteado sus regordetes brazos para reclamar la tarifa.

El prostíbulo se transformó en una entretenimiento para nuestras pobres vidas sin alicientes, pero que lograba hacernos olvidar que vivíamos girando alrededor de un punto ciego que no conducía a ninguna parte, programados como marionetas sin destino, moviéndonos a las órdenes de esos hilos invisibles que manejaban nuestros padres, girando, girando, siempre en lo mismo, hasta la desesperación y el sexo, recién descubierto, se convirtió en una obsesión, en una forma de escapar a ese girar cotidiano, sin darnos cuenta que sólo estábamos entrando en otro círculo aún más peligroso.

Durante enero partíamos a Pichelemu para olvidarnos del prostíbulo durante esos veinte días que nos otorgaban cada año y la tarde de los domingos nos íbamos al río haciendo escándalo con nuestra desnudez en una época en que el pudor exigía bañarse poco menos que vestido. Durante la semana permanecíamos encerrados en los negocios de nuestros padres, obedeciendo órdenes a regañadientes y sin atrevernos a rebelarnos abiertamente. Durante el invierno regresábamos al prostíbulo donde agarrábamos unas tremendas borracheras que nos dejaba con una resaca de dos días. Era una vida triste y apagada, pero no conocíamos otra. Ni siquiera nos poníamos de acuerdo, la rutina era por todos respetada y la seguíamos al pie de la letra como si el romper esa costumbre nos pudiera acarrear una catástrofe.

Teníamos mala fama: “*los puta madre*” nos llamaban en el pueblo, supongo que por nuestra afición a las putas o por exhibir nuestros cuerpos desnudos a orillas del río, que a pesar de ser considerado un ultraje a la moral, no faltaban los espías escondidos entre los matorrales. Luego nos llamaron “*semillas de maldad*”. Nosotros alentábamos los sobrenombres inventando fechorías para que las viejas nos llamaran de ese modo. Las madres cuidaban a sus hijas para evitar que nos acercáramos a ellas, como si fuésemos una banda de depravados, lo que, en vez de avergonzarnos, nos inspiraba nuevas locuras.

Tuve la mala idea de enamorarme cuando tenía veinte años y me consideraba un hombre con derecho a elegir su vida; estaba en esa edad en que se piensa que el primer amor es para siempre y los consejos no sirven de nada. Tampoco nos damos cuenta que aún lo ignoramos todo, que sólo somos aprendices de ese sentimiento que en algunas veces demora en llegar a nuestras vidas. Ahora que miro hacia el pasado, donde han ido quedando tantos amores que en su momento parecían eternos, me da vergüenza mi ingenuidad de entonces.

Esa noche llegamos al prostíbulo incentivados por la noticia de un nuevo contingente de muchachas, todas jóvenes y vírgenes dispuestas a entregarse al mejor postor.

Entre gritos y risas pedimos un par de botellas de pisco y varias bebidas mientras las mujeres se arremolinaban a nuestro alrededor. Ella entró al salón con aire indiferente, caminó ondeando sus caderas y se detuvo frente a un espejo para acomodar su larga cabellera que caía sobre su espalda como un manto de seda. Me llamó la atención su cuerpo esbelto y sus largas piernas enfundadas en medias negras. Su apretada falda, también negra, tenía una profunda abertura que llegaba casi a la cintura, por donde escapaba su muslo torneado. La blanca blusa se abría sugerente mostrando el nacimiento de sus pechos, que libres de ropa interior, se movían al ritmo de sus pasos. Todos la miramos, uno de nosotros le lanzó un piropo que la hizo sonreír, creo que pensamos lo mismo. Ella giró hacia nosotros, sonrió, nuestras miradas se cruzaron como dos espadas que arrancaron chispas, sentí que yo sería el elegido y me puse de pie, ella estiró su mano, cogió la mía y me arrastró a la pista de baile. Nunca he sido un buen bailarín y en un principio trate de negarme, pero su cuerpo ondulaba suavemente frente a mis ojos llenando mi imaginación de dulces promesas que podría cumplir sólo si bailaba con ella. La cogí por la cintura, se rió, echó hacia atrás su cabeza para evitar que mis labios rozaran los suyos y apreté su cuerpo al mío. Su piel suave me produjo un escalofrío mientras una descarga eléctrica subía por mis piernas hasta incrustarse en mi sexo con la urgencia de un hambriento. El ritmo del tango nos envolvió en su magia mientras mi piel se erizaba con su contacto y me apreté a ella con más fuerza para que sintiera la fuerza de la pasión que crecía entre mis piernas. Me sentí prisionero de su encanto, de su olor suave que excitaba mis sentidos y busqué su boca esquiva que se negaba a mis besos. Se llamaba Laura era su primera noche en el lugar. No era la virgen prometida, tenía experiencia y la sabía usar. Tampoco me importaba que lo fuese, es ridículo pensar que en un prostíbulo existan las vírgenes, pero tenía curiosidad. Ella sonrió cuando le pregunté quién había sido el primero; jugó al misterio, eludió la respuesta, entornó los ojos como si pensara, volvió a reír – curioso – dijo tratando de escapar de mis manos: presioné - ¿Quién?- insistí . Terminó confesando que su marido.

- ¡Tu marido! – exclamé - ¿qué clase de marido permite a su mujer estar en un prostíbulo?

Fingió un sollozo, ocultó el rostro entre sus manos y murmuró que estaba muerto. Tardé mucho tiempo en darme cuenta que mentía; realmente estaba casada, pero el hombre no estaba muerto y la vida se encargaría de hacerlo aparecer en el momento oportuno.

En un comienzo mi relación con Laura pasó desapercibida para mis amigos, pero luego comenzaron a preguntarse por qué siempre la elegía a ella y no a otra del amplio abanico de muchachas que constantemente rotaban por el lugar. También yo me preguntaba lo mismo.

- Lo único que falta es que te enamores – dijo uno de ellos – te convertirías en el payaso del pueblo. Se reirían de ti.

Sólo en ese momento, cuando fui interpelado, me di cuenta de que estaba enamorado. Mi primera reacción fue el espanto, no podía enamorarme de una puta ¿qué destino podría tener junto a ella? Tampoco quería convertirme en el hazmerreir del pueblo. Me alejé del prostíbulo, no quería verla. El terror a ese amor agotaba mis nervios y en la noche giraba en mi cama con la cabeza llena de imágenes que me desesperaban. Era una batalla inútil, perdida de antemano y que me estaba desgastando. Me di cuenta de que no podía luchar en contra de este sentimiento que me obligaba a soñar con ella. La noche en que volví traté de fingir indiferencia, no quería que nadie se diera cuenta de esa predilección malsana. Bailé con una muchacha para luego coquetear con otra. La Faraona vigilaba atenta desde su alto lugar tras el mesón de los licores, me acerqué a ella para preguntarle por Laura. Besé su maquillado rostro, ella cogió mi mano y sonrió.

- ¿Busca a Laura, verdad? está ocupada, no sé si volverá a salir, pagaron una buena tarifa por ella.

Di una exclamación de rabia, estúpido de mi, pensaba que ella sólo estaría esperando mi llegada, miré a la Faraona con ganas de estrangularla, pero me desligué de sus manos y me dejé caer sobre una silla, pedí una botella de pisco y bebí sin pensar que me estaba sumergiendo en la borrachera más estúpida. Uno de mis amigos se sentó a mi lado, trató de conversar conmigo, pero yo estaba furioso, no quería que me hablasen - ¡déjame en paz! – grité. Me miró sorprendido, se paró y fue a conversar con la Faraona, estaba seguro que hablaban de mi. No lo pude soportar. Me puse de pie y corrí la cortina que llevaba a los dormitorios; la Faraona dio un grito tratando de detenerme, mi amigo corrió tras mío, pero yo, poseído de una rabia descontrolada, empujé la puerta donde ella se acostaba conmigo.

Estaba con otro. Dio un grito ahogado y saltó fuera de la cama. El hombre se puso de pie, era uno de mis amigos, me miró desconcertado.

-¿Salvador? ¿qué haces aquí?

Por toda respuesta le di un puñetazo con todas mis fuerzas estrellándolo contra el muro. Laura gritó pidiendo auxilio, mi amigo entró corriendo y cogiéndome entre sus brazos me arrastró afuera. Lloraba. La Faraona me gritó que estaba loco, que no volviera nunca más.

- ¡Que te has imaginado, estúpido! Las muchachas no están aquí para tu uso exclusivo, esto es un negocio, tu pagas y obtienes, de otro modo es mejor que desaparezcas

Me dejé conducir a mi casa, la Faraona tenía razón, era mejor desaparecer. Juré no volverla a ver. Fue un juramento inútil. La vida me tendió una trampa por la que me deslicé sin darme cuenta. Es triste, pero es mi realidad, pero esa historia prefiero dejarla en compas de espera, tengo mi mente tan alterada que me cuesta escribir, me hace daño esa parte de mi vida, daré un salto en el tiempo hacia recuerdos más dulces, pido perdón, la retomaré más adelante.

Estoy casado nuevamente. Me da cierto pudor confesarlo. A pesar de haberme jurado un millón de veces que no volvería a hacerlo, me enamoré como un idiota. Ese ángel dorado que lanza flechas directo al corazón no se detiene a pensar en el daño que causa, en las angustias que provoca, sólo lanza sus flechas a destajo y el amor nos vuelve torpes, perdemos la cordura y corrimos tras ese ser que creemos maravilloso e inalcanzable. Claro que la cosa no fue tan fácil, en un principio, yo tenía dudas de mis propios sentimientos. No era la primera vez que me enamoraba y siempre parecía ser para toda la vida, para luego de un tiempo, terminar escapando de una relación agobiante o siendo maltratado por las circunstancias. Así pasó con Laura, mi primer amor, un romance muerto desde el primer momento y que me arrastró cuesta abajo sin que yo me diera cuenta y con María Noema, mi segunda esposa, que me dio una nueva familia, un hogar estable y ganas de vivir, pero que desgraciadamente los vaivenes políticos de un país en ebullición terminó por destruir. Y también con aquellas mujeres que pasaron por mi vida, que me llenaron por un instante, que encendieron una chispa que no alcanzó a convertirse en hoguera y que el tiempo borró de mi memoria. Nadie me aseguraba que ahora no pasara lo mismo y esa duda me hacía dilatar el momento de tomar una decisión. Ella era una mujer diferente, sabía que no aceptaría una aventura; los hombres sabemos cuando una mujer es sólo un pasatiempo y cuando hay que tomarla en serio y valorarla como se merece. Odio sentirme responsable por alguien, me gusta mi libertad y pensar en serio es un escollo que me cuesta superar. Me aterrorizaba el matrimonio y esa maldita frase de la fidelidad y otras tonterías que el sacerdote pronunciaba con tanto placer: *“hasta que la muerte los separe”*. No quería volver a escucharla, ya una vez lo había jurado y no fue la muerte precisamente la que había destruido la relación. Un día en que la incertidumbre me agobiaba, me senté a conversar conmigo mismo ¿qué quieres? Me pregunté, y esa vocecilla interna que destruía mi calma me convenció que debía arriesgarme nuevamente: no seas idiota – me dijo - ¿para qué te haces problemas? Total, si te equivocas, te divorcias y te vas.

Aracelis era una aeromoza que viajaba todos los días en el círculo de las Antillas; en ese tiempo yo estaba trabajando en una compañía que tenía intereses en varias islas y debía supervisarlas. Todos los días llegaba a una de ellas, hacía mi trabajo y en la tarde regresaba en el mismo avión a Puerto Rico. Así la conocí. Cuando pasaba por mi lado sentía como si una suave brisa envolvía mi cuerpo y su sonrisa me convertía en un merengue que se derretía lentamente. No podía dejar de mirarla y cada día estaba más enamorado. Ella me vigilaba de reojo y fingía indiferencia, pero me atendía con especial esmero y cuando el avión estaba a punto de aterrizar, se acercaba para despedirse – lo veré en el vuelo de mañana – decía, y yo me desmoronaba sin defensa frente a esos ojos dulces que sonreían sólo para mi.

Una fuerte gripe que me mantuvo en cama precipitó las cosas; durante siete días, con una fiebre que subía y bajaba, en que sólo esperaba la visita del médico para que hiciera un acto de magia, o un milagro, o inventara un remedio que aliviara mi terrible congestión bronquial, pensaba en ella, me preguntaba si me había extrañado, si mi

ausencia la perturbaba, si esa inquietud que yo estaba sintiendo también agobiaba su corazón. El día en que regresé a mi trabajo subí al avión esperando encontrarla. Cuando nuestros ojos se cruzaron sentí un golpe de electricidad y me quedé un instante sin saber qué hacer. Ella se apoyó en una compañera como si estuviera a punto de sucumbir, pero sonrió con esa dulzura que me desarmaba.

- Lo extrañé – dijo - ¿Qué le sucedió?

- También yo la extrañé – murmuré tratando de contener las ganas de darle un beso – estuve enfermo, usted sabe, el aire acondicionado es agradable, pero luego, salir al calor, tiene consecuencias – y haciendo acopio de coraje la invité a salir – Me encantaría invitarla a comer esta noche.
- ¿Esta noche? No sé, déjeme pensarlo, creo que tengo otro compromiso.

Me dio rabia, ella estaba jugando conmigo ¿por qué las mujeres no pueden decir las cosas de frente y se llenan de subterfugios para expresar lo que sienten? No era la primera vez que me sucedía, era una técnica femenina muy usada, siempre fingían no tener interés, quizás pensaban que esa indiferencia nos sometería a sus caprichos; yo no me hacía problemas, si era sólo una fascinación pasajera, no volvía a insistir y eran ellas las que se quedaban preguntando en qué habían fallado, total, habían tantas y yo no tenía tiempo para jugar al enamorado; pero esta vez me sentí derrotado y fui yo el que se preguntaba en qué había fallado. Durante el corto viaje no volvió acercarse a mi lado. La vigilaba. Ella parecía indiferente, pero cuchicheaba con las otras azafatas. Tenía rabia, me sentía burlado, me había hecho ilusiones y me estaba enfrentando a una realidad inesperada, a ella sólo le interesaba jugar y no estaba dispuesto a seguirle el jueguito y al bajar del avión me despedí fríamente pero llevaba un dardo clavado en el corazón.

Casi no pude concentrarme en mi trabajo, todo el día pensé en ella, en esa estúpida reacción femenina que le impedía aceptar la realidad; también en qué actitud tomar.

Indiferencia - me dije - no hay que mostrarse derrotado, no volver a insistir.

Esa tarde, al regresar a Puerto Rico, pasé a su lado sin mirarla y me acomodé en mi asiento con el corazón agobiado por la angustia; durante el vuelo ella se acercó.

- ¿Está molesto?
- ¿Por qué habría de estarlo?
- Usted sabe, las mujeres somos así, indecisas, algunas cosas nos da miedo, pero creo que me encantaría salir con usted esta noche ¿la invitación sigue en pie?

En una semana conocí a toda su familia; los hermanos me trataron amistosamente pero sólo con el afán de averiguar mi pasado y saber si su hermana no estaba dando un mal paso, en cambio, las mujeres demostraron un entusiasmo sorprendente y sus padres me adoptaron desde el primer día, fue un lazo de amor que no se rompió jamás. No fue un noviazgo muy largo, a los seis meses estábamos casados. Para ella era el primer matrimonio, para mí, el tercero y la amé toda la vida.

Durante veinte años la idea de regresar a Cuba germinó en mi cabeza con la lentitud de una semilla hasta convertirse en el frondoso árbol de los recuerdos y sus raíces comenzaron a apretar con fuerza. Un día me levanté decidido – Ya es hora – y comencé a planificar un viaje más, quizás el último, pero justamente por eso, por ser el último, no podía esperar, el tiempo no espera, la vida tampoco y para mí se estaba acabando; los versos de Manrique llegaron a mi mente apurándome para que tomara una decisión “*como se pasa la vida, como se viene la muerte, tan callando*” y yo sabía que llevaba la muerte dentro de mí y que “*tan callando*” podía llegar en cualquier momento. Después de haber recalado en tantos puertos perdidos en mi mente, de tantos aviones y aeropuertos cuyos nombres no recuerdo, de tantas noches viajando hacia metas desconocidas mientras soñaba con ese paraíso perdido de mi infancia, mi mente estaba fija en ese lugar amado, el primero en mi largo deambular, Cuba.

No tenía la intención de viajar acompañado, sentía que debía enfrentar solo a los demonios del pasado, como si fuese el furtivo encuentro con una antigua amante nunca olvidada, pero ella insistió en acompañarme: yo comprendía sus aprensiones, en cualquier momento mi enfermedad me podía traicionar, quebrar mis fuerzas y dejarme caer. Ella quería estar a mi lado para sostenerme, pero al mismo tiempo, ese viaje le producía excitación y curiosidad. Mi enfermedad era el pretexto al que recurría. Después de cada discusión nos quedábamos exhaustos, sin ganas de seguir hablando. Nos mirábamos en

silencio. ¿Quién puede decir si una nostalgia mal entendida se convierte en obsesión? Las nostalgias son nostalgias y eso no lo podemos evitar; son como un fardo que pesa sobre el corazón y la única forma de librarnos de ellas, es cediendo. Aracelis se daba cuenta de que no había forma de impedir el viaje y yo sabía que ella no me dejaría partir solo.

Y aquí estoy nuevamente, con el corazón hinchado de sobresaltos y la piel temblando de emoción al lado del monumento a Martí en el Parque Central, frente al viejo Hotel de Inglaterra donde estamos alojados, para contemplar esta ciudad deslumbrante de mi juventud, que a pesar de su evidente deterioro, sigue sorprendiendo al turista con el encanto de sus años de gloria. La miro con otros ojos, como si no lo hubiese visto nunca, tratando que no me atrapen los recuerdos, luchando con la emoción de sentirme dentro de esas viejas fotografías que quedaron olvidadas en algún rincón. Suspiro mientras una estúpida lágrima pretende correr por mi rostro. Cuba, mi gran amor, mi pasión perdida, mi cruel amante, mi paraíso perdido ¿cómo negar que aún te amo?

El Capitolio se elevaba tan majestuoso como siempre y sus gradas llenas de cubanos ociosos que miraban a los turistas como a seres de otro planeta; a su lado, el magnífico edificio del antiguo Centro Gallego cubierto de esculturas, con sus pequeñas torrecillas cubiertas de ángeles y su estilo sin estilo, que a la larga, por un proceso de simbiosis, se erige en un barroquismo peculiar, único, maravilloso, difícil de encontrar en otra parte, ahora convertido en el Gran Teatro de la Habana. Aracelis quería conocerlos, pero yo sentía la necesidad de ver el mar, respirar nuevamente esa brisa suave que corre bajo los árboles del paseo Martí y mojar mis manos y mi rostro junto a las rocas del Malecón; discutimos, me costó convencerla, no hay nada más difícil que una mujer encaprichada, pero logré que me siguiera prometiéndole que si ella cedía, tenía libertad para hacer su voluntad en todo el viaje. Sin apuro, disfrutando cada paso, sonriendo a los niños que corrían tras una pelota y contestando el saludo de los cubanos que se cruzaban con nosotros, caminamos hasta El Malecón para contemplar el oleaje que se estrellaba suavemente en el roquerío. A esa hora de la mañana han llegado sólo un par de niños que juegan en las pequeñas pozas que se forman entre las piedras, mientras el largo Malecón se alarga desnudo de sombras bajo un sol implacable que resquebraja el pavimento y hace llorar a las piedras. Aracelis, sofocada por el calor, busca con la mirada un lugar donde guarecerse, no hay un árbol ni una cornisa protectora. Resignada, se sienta en el bajo muro que separa el paseo de las rocas, cubriendo su cabeza con un sombrero de paja y abanicándose con las manos.

- Me parece que no ha sido una buena idea venir a esta hora, quizás al atardecer, cuando refresque – murmura – necesito una sombrilla; ¿acaso no te das cuenta que ni los cubanos vienen?

Tenía razón, el largo Malecón vacío corroboraba sus palabras.

- No te preocupes, ya nos vamos.

Me miró aliviada y se puso de pie, seguramente pensando que partiríamos de inmediato, pero yo, sin hacer caso a su actitud, descendí entre las rocas, olvidando que soy un hombre viejo y enfermo, para meter las manos en el agua, cuyo contacto me llevó de regreso al día en que cogí la lancha para escapar y me pregunto: ¿Qué habrá pasado con Marcelino Soto, cuya mirada pasó indiferente sobre mi persona, como si realmente no me viera, para permitir que me fugase? Agito el agua con mi mano salpicando mi ropa. Aracelis me llama.

- ¡Hasta cuando! – grita - no resisto más, si quieres, te quedas, yo me voy.

Estaba furiosa, creo que maldecía el haberme acompañado. Acostumbrada al clima benigno de Puerto Rico, al aire acondicionado de Miami, a la comodidad de su casa, enfrentarse de repente a ese horno que la estaba calcinando, no era lo más agradable. Me miró por última vez esperando alguna reacción de mi parte y dando media vuelta, emprendió la retirada. Preocupado por su actitud, la llamé, pero ella siguió caminando decidida a dejarme atrás. Fastidiado, mojé mi rostro, me desligué de los muchachitos que insistían en pedirme dinero y subí para alcanzarla.

- Me estaba derritiendo – dijo molesta - ese sol mata a cualquiera.
- Tienes razón, si no lo sabré yo – dije suspirando, mientras mi mente retrocedía en el tiempo para volver a sentirme solo e indefenso, olvidado del mundo, a merced de las olas y agobiado por la sed y el calor.

Fueron cuatro días de angustia bajo un sol que golpeaba con fuerza sobre mi cuerpo deshidratado; durante la noche, el frío viento del mar rizaba las aguas y envolvía la destruida lancha en una capa tan helada que me hacía olvidar el calor del día, y a pesar de arrebujarme en una manta, no podía dejar de temblar. Cuatro días en que la desesperanza jugaba con mi mente, sintiendo que la muerte revoloteaba a mi alrededor, esperando el momento justo para dar el zarpazo. En mi delirio descubría barcos en el horizonte que parecían venir en mi rescate, para luego esfumarse en la nada. Cuando la negra sombra de un navío cayó sobre mí y escuché los gritos de algunos hombres que descendían para rescatar mi cuerpo moribundo, ni siquiera alcé la cabeza; estaba seguro de que era producto de mi desvarío. Me subieron atado a una camilla mientras mi cabeza giraba en un vértigo aterrador. Creí estar volando y me aferraba para no caer. Las náuseas agitaban mi estómago y lo único que pedía era agua.

Tendido en la enfermería permanecí varios días. Estaba débil y deshidratado, la fiebre subía y bajaba descontroladamente y mis pulmones congestionados apenas retenían el aire. El médico, junto al capitán, me interrogaban para obtener información.

Atravesamos el Canal de Panamá sin que yo reaccionara; mi mente aún no podía centrarse en los acontecimientos y tenía pocos momentos de lucidez. El navío se dirigía a Colombia, donde me entregaron a la policía. Mi llegada se convirtió en noticia y una nube de periodistas se dejó caer para interrogarme. Fui recibido con grandes demostraciones de admiración por lo que ellos consideraban una epopeya y fui entrevistado por radio para que contara la verdad acerca de Cuba. Confieso que tenía miedo de decir cosas que no debía, pero presionado por la policía narré lo más importante y dejé que los periódicos se llenaran con mis fotografías y se inventaran historias sorprendentes. Mi fuga y mi rescate fueron difundidos a nivel mundial, cosa que empezó a molestarme pues me convertía en una rareza que todos querían ver. Lo único que me consolaba en medio de toda esa atención, era que también en Chile se hablaba de mi fuga y mis padres ya estaban enterados de que su hijo estaba a salvo, quizás con la esperanza de verme regresar a ellos. De todas maneras, y como una forma de hacerlos partícipes de mi aventura, les envié por correo algunos periódicos con mis fotografías y entrevistas.

A pesar de haber sido bien recibido, estar cómodamente instalado en un pequeño departamento que me habían asignado en una casa de acogida, me sentía desconcertado, perdido en un mundo desconocido que no me permitía vislumbrar el futuro y durante los dos meses que permanecí en Bogotá, sólo pensaba en cómo escapar del asedio periodístico. Afortunadamente, eso me reportaba algo de dinero para mis gastos más inmediatos. Casi no me atrevía a salir a esas calles desconocidas que se negaban a ser mías, donde cada esquina parecía gritarme mi condición de extranjero y la angustia de serlo me empujaba a esconderme en mi cubículo como un paria en espera de ser salvado.

Un día recibí una visita inesperada; en un comienzo no sabía quién era, la miré detenidamente, casi con placer, su belleza agresiva parecía retarme para que la deseara, pero a pesar de eso, emanaba una dulzura de amiga que acallaba el griterío de mis hormonas, su rostro me era conocido, su rojiza cabellera y su rostro pecoso me llevaron de regreso a la niñez, cuando jugábamos en los campos de su abuela. Ella esperaba sonriendo.

- ¡Gladys! – exclamé - ¿eres tú? ¿qué haces en este país?
- Claro que soy yo, ¿acaso no sabías que me casé con un colombiano?
- Sí, claro que lo sabía, pero, para serte sincero, lo había olvidado. Han pasado tantos años.
- El hecho que tú tengas mala memoria, no quiere decir que yo lo sea. Escucha, te vengo a rescatar, tengo una casa amplia y un lindo jardín, quiero que te vengas conmigo.

Me fui con Gladys. No sé qué pasó por mi cabeza en ese instante, en mi mundo desmoronado cualquiera ayuda era importante para empezar a reconstruir y ella, con ese encanto tan suyo, su sonrisa de amiga de toda la vida y su roja cabellera de Valkiria, estaba levantando los primeros andamios de mi nueva vida.

Su casa estaba rodeada de jardines y una inmensa piscina ocupaba parte del patio trasero donde pasaba la mayor parte del día. Tenía dos hijos, el mayor de siete años que me acompañaba por las mañanas pidiéndome le hablara de Chile; le contaba lo poco que recordaba y el resto lo inventaba mi nostalgia. Por las tardes, Roberto se sentaba a mi lado a orillas de la piscina y mientras nos tomábamos unas cervezas, hablaba de política y

recordaba esos años en que él vivió en Chile y fue acogido por mi madre. No fue mucho tiempo el que estuve con ellos, pronto se me presentó la oportunidad de partir. En una de las tantas entrevistas que me vi obligado a conceder, me reencontré con uno de los hombres que me había rescatado en el mar; en un comienzo no sabía quién era, pero él se encargó de contarme la historia. Me produjo alegría poder darle las gracias.

Sentados en un bar y mientras bebíamos una cerveza me sugirió la idea de conseguir trabajo como cargador en un barco y de ese modo fugarme de esa popularidad que me estaba agotando y llegar Miami convertido en un ser anónimo. Me pareció una buena idea y con su ayuda, logré integrarme al personal de un barco carguero que estaba próximo a zarpar. A Gladys no le gustó, Roberto trató de convencerme que no lo hiciera. Me confesó que había escrito a mi familia comunicándoles que yo estaba con ellos y esperaba la llegada de mi padre para que me hiciera regresar a Chile. Cuando supe su proyecto, sentí pánico y escapé rápidamente.

Estados Unidos no fue un sitio amable. La indiferencia de las autoridades y de la gente contrastaba con la atención que había despertado en Bogotá. Fueron dos años duros; trabajaba en cualquier cosa, sin una meta fija. Fui camarero en un hotel, atendí mesas en un restaurante, portero y ayudante de cocina. También amante ocasional de alguna turista encaprichada en pasarlo bien y dispuesta a pagar por un buen servicio.

Un aviso en el periódico solicitando trabajadores para una empresa constructora llamó mi atención; sin saber de qué se trataba, acudí al llamado; la oficina estaba llena de sudamericanos que, al igual que yo, no habían tenido suerte en los Estados Unidos y de algunos jóvenes norteamericanos que buscaban nuevos horizontes. Me explicaron que la empresa construía caminos en Arabia Saudita, que el sueldo era bueno y que me proporcionarían casa, comida y ropa limpia como incentivo. Además de un pasaje aéreo de ida y vuelta. No me pareció mal; Arabia Saudita prometía un mundo diferente y Estados Unidos no me había dado más que dificultades, además la idea de conocer lugares exóticos, vivir nuevas experiencias, me impulsó a contratarme y sin pedir más explicaciones, con la ingenuidad del soñador que no mide las consecuencias de sus actos, me embarqué en esa aventura.

Al bajar del avión me di cuenta de que el lugar no era como yo lo había imaginado. Fue como entrar en un horno que estuvo a punto de calcinar mi entusiasmo y el aire caliente penetró en mis pulmones como la ráfaga de un lanzallamas. Me afirmé en el pasamanos de la escalera sin decidirme a bajar, pero los que venían detrás me empujaron y di los primeros pasos dentro de ese mundo caliente. ¿Dónde estaban esos maravillosos jardines llenos de odaliscas, tendidas alrededor de grandes surtidores de agua, que esperaban príncipes venidos de tierras lejanas, igual que en esos cuentos que mi tía me narraba cuando niño o en esas exóticas películas norteamericanas que nos mostraban un oriente espectacular, donde la bella María Montez era la princesa disputada por el villano y el apuesto príncipe? Pero era demasiado tarde para volver atrás y resignado a mi suerte, subí el vehículo que nos llevó a nuestro campamento. En Riad estuvimos sólo dos días, el tiempo necesario para recibir los implementos de trabajo y conocer al contingente de sudamericanos recién contratados en Estados Unidos y varios españoles. No todos tuvieron la misma suerte que yo. Algunos murieron, otros abandonaron justo a tiempo, del resto, jamás supe su destino. Se formaron varios grupos. Algunos destinados al contingente que trabajaba en el camino a Medina, otros, a algunas vías de enlace. Yo fui destinado al equipo de reemplazo de los obreros que sucumbían en las faenas del camino a La Meca.

Era un trabajo sacrificado que pocos hombres podían soportar: todo el día al sol, sudando como bestia, con un horario despiadado. Algunos días estaba bien y trabajaba con entusiasmo, otros mal y la desesperanza volvía pesadas mis manos y mi mente gritaba por el regreso; no podía evitar el agotamiento, pero estaba mejor que muchos que jamás tuvieron un día bueno y se abandonaron al cansancio y a la muerte. Cada mañana sentía el deseo de escapar, regresar a Miami o a Chile, olvidarme del calor y de esa laxitud que amenazaba con quitarme la vida, pero la idea de llenar mis bolsillos, apagaba mi deseo. Era como un exilio voluntario pero que por alguna razón, no podía regresar. Extrañaba las viejas calles de mi polvoriento pueblo y también los cines de Santiago, las entretenidas confiterías y los espectáculos, en fin, todas esas cosas que antes me aburrían y que ahora me parecían tan apetecibles.

A pesar de que nuestro campamento era como una pequeña ciudad que se movilizaba a medida que el trabajo avanzaba y siempre estábamos rodeados por personal de socorro y decenas de carpas donde nos podíamos refugiarnos y tomar nuestros alimentos, más allá para los primeros auxilios, muchos caían extenuados y había que sacarlos rápidamente rumbo al hospital. La deshidratación era nuestra peor enemiga, eso me preocupaba pues algunos no alcanzaban a llegar. Advertía la constante rotación de trabajadores en reemplazo de los enfermos; todos los que llevaban al hospital, no regresaban. Los más frágiles eran los europeos, no resistían más de dos meses, los norteamericanos eran más fuertes, pero se notaba en sus ojos el deseo de abandonarlo todo y regresar, pero por orgullo, resistían, en cambio, los nativos del lugar, se mantenían sin claudicar. Yo permanecí firme contemplando ese largo camino que se perdía en un horizonte que parecía cada día más lejano. La Meca se convertía en un espejismo inalcanzable y sospechaba que no alcanzaría a conocerla. Los camiones circulaban constantemente trayendo materiales y grandes toneles con agua que almacenaban en contenedores refrigerados a lo largo de la ruta y que un grupo de aguateros se encargaban de distribuir entre los trabajadores. ¿Cuándo me tocaría a mi caer desmayado? Era la pregunta que me formulaba en cada amanecer y mi temor constante. Cuando sentía que mis fuerzas mermaban y una nube de puntitos luminosos llenaban mi visión, llamaba un aguatero y mojaba mi rostro, también mi ropa y, bajo la inquieta mirada de mis compañeros, me sentaba a la sombra de una carpa antes de reintegrarme al trabajo. Por las noches daba gracias a Dios por el aire frío que envolvía el desierto y por haberme permitido sobrevivir un día más, dejándome caer como un fardo de paja en mi cama y soñar con la dulce brisa de Chile, los manantiales perdidos y la fruta fresca que mis hermanos disfrutaban sin darse cuenta del inmenso privilegio que tenían. Para consolarme, revisaba mensualmente mi cuenta bancaria, eso lograba levantarme el ánimo; economizaba todo mi sueldo y los números se multiplicaban llenándome de esperanzas de una vida mejor.

En Arabia Saudita no sólo aprendí a colocar dinamita y a manejar los explosivos sin causar daño, también me abrió la puerta hacia un futuro inesperado por el cual jamás soñé transitar, convertirme en un ser útil a la sociedad.

Aprendí el idioma. No me costó un gran esfuerzo, lo traía incorporado en mi subconsciente. Mi padre era palestino y en casa siempre se hablaba en esa lengua; desde pequeño, mi tía me contaba cuentos en árabe que yo comprendía del todo. Las Mil y una Noches llenó mi infancia de fantasía, despertó el deseo de viajar, conocer, saber, me convirtió en un niño curioso y luego en el ansioso hombre que se lanzó al mundo. En una época, incluso aprendí a trazar algunas letras y escribir mi nombre, pero en mi adolescencia lo olvidé. La aparente facilidad con que me desempeñaba en las faenas y la forma con la que me entendía con los nativos, llamó la atención de mis superiores y como siempre estaba cooperando con los novatos que, en algunas oportunidades pagaban con su vida la inexperiencia, me colocaron a cargo de un pequeño grupo de muchachos árabes con los cuales terminé de perfeccionar mi forma de hablar. Con ellos perdí mi condición de extranjero y comenzaron a llamarme Isa, que significa Salvador. Cada quince días de trabajo continuo, teníamos cuatro días libres que aprovechábamos para tomar un buen baño y salir a recorrer los lugares de diversión. Mi piel adquirió el dorado del desierto, olvidé mi propio idioma para ser un árabe más y el recuerdo de Cuba dejó de morder mi corazón.

Es difícil destacarse entre tantos hombres, pero ese pequeño grupo que yo lideraba y que cumplía sus labores mejor que los otros, volvió a llamar la atención sobre mi persona; uno de los ingenieros que estaba a cargo de la cuadrilla donde yo trabajaba comenzó a darme algunas responsabilidades que cumplí a la perfección; cuando terminaba mi turno me llamaba a su oficina para conversar conmigo e interrogarme acerca de mi vida y mis aspiraciones, también para enseñarme la mejor forma de manipular los explosivos; me gustaban esas lecciones que me hacían más competente, pero al mismo tiempo me parecía extraño ese interés. Poco a poco se fue creando un lazo de amistad que me enorgullecía y que me daba cierta importancia frente a los demás. La verdad es que no sé cómo sucedió o si él tomó la iniciativa, pero el día en que me llamaron a la gerencia para ofrecerme un cargo como jefe de cuadrilla él estaba presente, lo que significó una mejor remuneración y algunas garantías que como obrero no había conocido. Dos sentimientos contradictorios me embargaron en ese momento: felicidad por el ascenso y miedo de no estar capacitado. Salí de la oficina dando pasos en falso como si estuviera borracho. Mister Howard salió tras mí y tomándome de los hombros me llevó hasta la cafetería del campamento, pidió un par de

refrescos y me ofreció su ayuda. Debía estudiar y él sería mi maestro, me consideraba como un reemplazo natural de sus obligaciones y se dedicó, durante las tardes e incluso por las noches, a instruirme y también durante esos cuatro días libres que me correspondían cada quince días de trabajo. Esta amistad despertó sospechas, comenzaron a mirarme con otros ojos, hacían comentarios malévolos hasta que uno de ellos decidió hacerme la pregunta que todos temían formular. Me quedé atónito, jamás había pensado en algo semejante, una relación homosexual era tan absurda que me dio risa, negué que eso sucediera, pero hablé con Mister Howard y distanciamos nuestros encuentros hasta que los comentarios cesaron. Bajo su dirección me convertí en otra persona: aprendí a ser responsable y a pensar antes de actuar, descubrí los secretos de la pólvora, la forma de instalar la dinamita y a protegerme frente al peligro. Esto me permitió, después de tres años en Arabia Saudita, regresar a los Estados Unidos con una beca de perfeccionamiento y una buena cantidad de dinero en los bolsillos que me garantizaba un largo tiempo sin preocupaciones. No fue fácil, tenía dificultades con el idioma, mi inglés era rudimentario, servía sólo para lo más elemental, pero como no podía quedarme a medio camino, y con la ayuda de un profesor, logré aprender hasta los modismos. El que pudiera expresarme correctamente no frenaba la discriminación; los maestros me miraban como un advenedizo y para mis compañeros era un extranjero que estaba ocupando un lugar que no le pertenecía. Mi rostro moreno y mi ensortijado pelo negro contribuía a esa discriminación, me gritaban ¡negro! ¡esclavo! Y otras brutalidades. Para ellos, yo pertenecía a una raza desconocida, no era blanco, tampoco negro. Estuve a punto de claudicar, pero la rabia que sentía por dentro me empujaba a ser el mejor. Fui el mejor. Ese es mi orgullo. Los maestros se vieron obligados a reconocer que estaban equivocados y obtuve mi diploma con las más altas calificaciones. No me fue difícil encontrar trabajo, las empresas estaban pendientes de los egresados que prometían y sin yo proponérmelo, me vi solicitado por un par de compañías, elegí la que me pareció mejor. Esa profesión me abrió las puertas al mundo laboral y a escalar posiciones ventajosas. Soy ingeniero en minas y gerente de una importante empresa dedicada a vender explosivos para la minería y especialista en la colocación de dinamita para botar edificios, lo que me permite viajar constantemente por toda América supervisando los trabajos encomendados a la empresa. Por tratarse de un comercio que involucra riesgos para la seguridad interior de los países, no me estaba permitido hacer contactos con algunos gobiernos considerados enemigos de la democracia, por lo tanto, Cuba caía dentro de esa prohibición y jamás pude regresar.

Nunca sabía donde iba a estar; era como un gitano viajando de un lado a otro. Los diferentes gobiernos solicitaban asesorías mineras a mi empresa y Chile no fue la excepción, después de tantos años regresé a mi patria y la emoción superó todo raciocinio. Era el regreso, el regreso esperado, ese regreso tan temido y tan ansiado, y ahora, después de tantos años, empujado por el trabajo y también por la nostalgia, volvía al terruño para reencontrarme con mi familia, mis hijos, y a ese mundo que había dejado atrás tan precipitadamente. Mientras el avión cruzaba la cordillera, las nevadas cumbres desataban los recuerdos, la angustia se volvió más fuerte y sin poderme contener, mi cuerpo temblaba y mis ojos se llenaban de lágrimas; cuando el avión se posó en la loza, permanecí sentado tratando de calmar mis nervios, descendí el último y miré a mi alrededor como si esperara un gran recibimiento; respiré con fuerza el aire de esta tierra de la cual había escapado tras locas ilusiones y la bandera que flameaba en el edificio, rompió mis barreras y me hizo llorar.

Tenía miedo. La emoción logró por unos instantes calmar ese terror que sentía. No es fácil regresar cuando se han dejado tantas heridas. No sabía cómo enfrentar el encuentro con mi familia, tenía ganas de verlos, abrazar a mis padres y saber si esos dolores causados habían sido olvidados, si el paso del tiempo y mi ausencia habían borrado la desilusión de sus corazones y esperaran con ansia ese reencuentro. Mis hijos eran otra angustia ¿cómo enfrentar sus miradas? esos pequeños que nunca me conocieron y que dejé abandonados para correr tras mi aventura cubana y de los cuales jamás me preocupé, que para ser honesto, no alcanzaban a despertar mi instinto paternal, que a esas alturas de mi vida estaba tan adormecido que me costaba un esfuerzo reconocermelo como tal.

Tendido en la cama del hotel pasé varias horas sin saber qué hacer. Cogí el teléfono y llamé. Temblaba. La voz de mi hermano sonó sin que yo adivinara quién era, pregunté por mi padre, él dio un grito para llamarlo. Me di cuenta que estaba llorando y cuando mi padre contestó, mi corazón estalló como una bomba y con la voz ahogada por los sollozos grité que era yo, que quería verlos, que los amaba. Sentí su estupor, también su alegría y su llanto me llegó como una lluvia refrescante que calmó mi angustia. También él estaba llorando y en ese momento, a pesar de la distancia, lo sentí junto a mí, era mi padre y el amor que por él sentía serenó mi corazón y prometí ir a verlos al otro día.

Viajé de madrugada, el automóvil que la empresa ponía a mi disposición facilitaba mis desplazamientos. Llegué a Santa Cruz cuando el comercio estaba abriendo sus puertas, confieso que me sorprendió darme cuenta del progreso ocurrido en mis diez años de ausencia, no reconocía las calles, tampoco la gente, el mundo había cambiado y mi pueblo no había sido una excepción.

Hablar de ese encuentro está de más, todo lo que pueda decir sonaría sensiblero; mi madre llamó a mis hijos, en un comienzo ellos se negaron a venir pero terminaron cediendo, creo que fue más por curiosidad que por amor. Me miraron como a un ser extraño, aparecido de la nada. Les costó aceptarme. Confieso que no sabía qué hacer frente a ellos, la frialdad de sus miradas me cerraban las puertas. Era un desconocido que pretendía ser padre. El niño parecía indiferente, a él no le importaba este padre aparecido por arte de magia, la niña tenía sus ojitos llenos de lágrimas pero se mantuvo firme.

- Sé que es mi padre, ustedes siempre me lo dijeron, pero ¿dónde estuvo todos estos años? ¿jugando a ser un revolucionario? Qué poco le importábamos.

Ella tenía razón ¿Dónde había estado todos esos años? Jugando a ser un revolucionario, es verdad, un revolucionario estúpido que dejó botada una parte de su vida por correr tras una utopía que terminó en desastre. No podía culparlos. Eran un par de niños con algo de rencor en sus corazones, no me podían perdonar y yo no tenía paciencia ni ganas de dar explicaciones. La vida es como es y ellos tenían que aprender. También a mi me costó reconocerlos como hijos, me di cuenta de que no bastaba con engendrarlos para convertirme en padre.

También era un extraño para mis padres y mis hermanos, y a pesar de la alegría del reencuentro, siempre existió un muro que nos separaba, una línea invisible que me convertía en un intruso. Advertía el esfuerzo que ellos hacían para hacerme sentir en casa y el despliegue de atenciones y de cariño con que me rodeaban, pero yo me sentía ajeno y escapaba a las pocas horas, nunca permanecí un día completo con ellos. Confieso que prefería hospedarme en un hotel, así mantenía mi independencia, por lo demás, mis viajes no eran de placer, tenía trabajo que realizar, conversar con las autoridades, discutir los convenios de pago y la entrega del material, además, visitar las minas, dar algunas charlas y luego tomar el avión hacia otro destino. En algunas ocasiones ese encuentro familiar quedaba postergado y ellos nunca se enteraron de mi presencia. Eso me dolía, creo que también ellos quedaban con una sensación de soledad en sus corazones después de cada visita. Mi destino era ser un extranjero, siempre lo fui, en todos los países que recorrí esa palabra formaba parte de mi equipaje, ahora lo era en Chile, era un extranjero en mi propio país, afortunadamente, a lo largo de esos años en que me vi obligado a regresar por motivos de trabajo, ese muro fue cayendo poco a poco y mis hijos me fueron aceptando hasta volver a sentirme chileno.

Mi padre murió inesperadamente una tarde. Yo estaba en Miami y no lo podía creer, lo había visto hacía solamente dos semanas atrás y se veía muy bien: animoso, con el mismo coraje de siempre y a pesar de su edad, ya tenía 82 años, se levantaba al alba y trabajaba todo el día. Para todos fue una sorpresa. El día de su muerte se había levantado como de costumbre, fue al banco a pagar algunas cuentas, trabajó toda la mañana, después de almuerzo durmió la siesta, se levantó con un ligero dolor de cabeza y cierta inestabilidad en sus piernas. Mi madre, preocupada, llamó al médico, pero el galeno diagnosticó solo un leve resfrío. A las siete de la tarde se tendió a descansar, cerró los ojos y murió.

La muerte me desconcierta, nunca la he podido entender, sé que a todos nos llega, pero ¿cómo es posible que un ser humano deje de ser, así, tan de repente, como un soplo de viento, como una brisa que pasa? Que nada quede, que todo desaparezca junto con su cuerpo. Por primera vez lamenté el haberme alejado tanto tiempo, por no haber disfrutado de mi padre y lloré por mi mismo, arrepentido por los dolores que había causado y por no saber pedir perdón a tiempo; también por esas penas que yo mismo me había infligido

corriendo tras tontas ilusiones que sólo me habían llevado de un desastre a otro. La muerte es un cataclismo que, a pesar de tenerla presente durante toda nuestra vida, cuando llega, produce ese efecto devastador que nos hace recapitular, formularnos las mismas preguntas de siempre ¿por qué? Y ese por qué es como un lazo que aúna todos los dolores y nos funde en un sólo abrazo. El dolor compartido terminó por unirnos y a partir de ese instante, volví a sentir que formaba parte de mi familia.

Regresar a Santa Cruz me llevó a esos años que siempre quise olvidar. Laura aún penaba en mi recuerdo. Caminé hasta “El Cairo”, pero ya no existía. Los prostíbulos estaban pasados de moda, ahora las putas se venden por internet, pero sentía la necesidad de revivir en cierta forma esa etapa de mi vida. Busqué la casa en la que había convivido con ella, pero tampoco existía. Todo había desaparecido. Me senté en la Plaza de Armas, era el lugar donde nos juntábamos. Cerré los ojos y pensé en lo grato que sería reencontrarme con alguno de esos amigos de ayer. Dios escuchó mi ruego, una mano se posó en mi hombro.

-Salvador ¿eres tú? Tantos años sin saber de ti ¿Dónde estabas?

Abrí los ojos sorprendido. Ahí estaba Carlos, aquel amigo que había sacado a Laura del prostíbulo, que tan estúpido como yo, se había enamorado de ella y que, por un apuro económico, compartió conmigo. No me hizo feliz verlo, de mi parte había cierto rencor que por su lado parecía no existir. Lo saludé sonriendo.

- Estoy de paso – dije - ¿cómo has estado?

Conversamos, era el único que quedaba en el pueblo, todos habían emigrado, su padre había muerto y era el dueño de la ferretería de la esquina. Estaba casado. Tenía hijos, Laura había desaparecido de su mente, pero reencontrarme con él me hizo revivir esa horrible noche en que le di de bofetadas, en la cual perdí mi dignidad y el respeto de mis amigos y en que me llevaron de regreso a mi casa como si fuese un bulto desechable.

Mi padre había tomado cartas en el asunto y me envió a Santiago a casa mi tía. El escándalo estaba en la boca de todos. En un pueblo donde nunca pasa nada, cualquier suceso da tema para muchos meses y mi aventura rodó de boca en boca con tantos cambios que al final, era una historia totalmente diferente. Era mejor desaparecer para que mi ausencia calmara el chismorreo. Fueron cuatro meses en que creí haberla olvidado. Cuando regresé, uno de mis amigos me puso al corriente.

- Carlos está viviendo con Laura.

No lo podía creer. ¿qué había pasado para que ella abandonara el prostíbulo y se fuera con él. Decidí buscarlo. Lo encontré algo borracho en el bar de Las Calchonas. Me saludó eufórico y me arrastró a su mesa. Me sirvió una copa de vino.

- Que bueno verte ¿Cuándo regresaste?

- Ayer – contesté sin saber cómo encarar la situación.

- Estoy viviendo con Laura – dijo sin que yo le preguntara – espero que no vuelvas a pegarme, también yo estoy enamorado de ella.

Me sentí desconcertado, no sabía bien lo que yo pretendía, tampoco cómo reaccionar frente a su confesión.

- ¿Qué edad tienes?

- ¿Qué pregunta es esa? Sabes muy bien que tengo veinte años, igual que tú.

- ¿Y cómo mantienes a Laura?

- Bueno, tengo algunos problemas, saco dinero de la caja del negocio sin que mi padre se de cuenta, pero no siempre logro lo suficiente, ella me amenaza con regresar al prostíbulo, es una mujer muy exigente.

Una loca idea cruzó por mi cabeza, traté de desecharla, pero me parecía una buena solución.

- ¿No te gustaría compartirla conmigo? Pagaríamos a medias todos los gastos.

Me miró con esa cara de estúpido que tienen los borrachos cuando no saben qué decir, bebió un trago largo y se rió.

- ¿Y de dónde vas a sacar el dinero?

- Haría lo mismo que tú.

Caminamos hasta Paniahue, yo no estaba muy seguro de lograr todo el dinero que sería necesario, pero quería verla nuevamente, saber si aún estaba enamorado de ella y su opinión al respecto. La casa era típica de esos años, algo ruinoso, de adobes, los muros manchados de humedad y un patio lleno de plantas. Laura nos miró sonriendo.

- Que gusto verlo, Salvador, espero que no venga a repartir golpes.
- No, sólo queremos hacerte una pregunta.

Se rió, caminó hasta un sofá y se tendió .

- ¿Pretenden compartirme? – preguntó
- Si no te parece mal – contesté.
- Mientras tengan el dinero necesario, Carlos vive lleno de problemas, espero que contigo no suceda lo mismo.

En un comienzo todo marchó bien, yo lograba escamotear del dinero suficiente para pagar mi parte, pero un día Laura nos cerró la puerta.

- Estoy embarazada – dijo – no sé de quién es, me haré un aborto, me tienen que dejar en paz por un tiempo.

Reaccioné espantado; Carlos el precipitó las cosas.

- Esto es horrible, no lo puedo soportar, si tú quieres te quedas con ella, yo me retiro de esta sociedad tan vergonzosa.

Laura abortó, quedó bastante mal y fue necesario hospitalizarla, yo no sabía qué hacer, el dinero que sacaba a escondidas de mi padre no era suficiente para pagar los gastos. Durante varios días estuve dándole vueltas al asunto ¿Cómo obtener el dinero necesario para mantenerla a mi lado? Sabía que el Coto Pérez lideraba un grupo que comercializaba mercaderías de procedencia incierta y como tenía buenos contactos, nunca había sido investigado. Tampoco existían acusaciones en su contra. Decidí hablar con él, quizás pudiera darme una idea. Después de comer y mientras mi padre se sentaba a escuchar las noticias, salí rápidamente hacia Paniahue donde vivía el Coto. Desde lejos divisé la casa, estaba iluminada como si tuviese una fiesta: me sentí incómodo, no podía llegar sin ser invitado, pero sentí curiosidad y me acerqué sigiloso, salté la reja y miré por una de las ventanas. No existía tal fiesta, el Coto conversaba con dos hombres bien vestidos que estaban abrazados con un par de mujeres demasiado escotadas para ser decentes, sobre la mesa varias copas y botellas de vino. Me detuve indeciso, no sabía qué hacer, la reunión parecía de negocios ya que uno de los presentes guardaba en su maletín un paquete que el Coto le había entregado mientras él contaba un fajo de billetes. Me apoyé en el muro pensando en regresar a mi casa y dejar para otra oportunidad mi encuentro con el Coto, pero afortunadamente los visitantes se pusieron de pie, se despidieron con un apretón de mano y abandonaron la casa.

- Cuando necesiten más me avisan con tiempo – dijo el Coto – no es fácil conseguirla, lo que no les aseguro es que el precio se mantenga.

Las mujeres salieron primero y subieron a un viejo Ford estacionado frente a la casa, tras ellas salieron los hombres. Yo esperé hasta que el vehículo desapareciera por el camino. Me acerqué a la puerta y di dos golpes. El Coto abrió rápidamente y me quedó mirando.

- ¿Qué mierda quieres a estas horas?
- Perdón, Coto, quería hablar contigo.

Molesto me hizo pasar y cerró la puerta de un golpe demostrando su incomodidad por mi visita, se acercó a la mesa y sirvió un vaso de vino que me ofreció de mala gana. Sin saber cómo empezar y sintiéndome acorralado frente a su falta de amabilidad, comenté lo difícil que se me hacía conseguir el dinero para costear algunos gastos. Me miró con la cara llena de risa.

- Costear a Laura, querrás decir.
- ¿Cómo sabes eso?
- ¿Dónde crees que vives? En el pueblo todo se sabe, me extraña que tu padre aún lo ignore.

Nunca había pensado en esa posibilidad, si mi padre se enteraba podría tomar alguna represalia que me haría muy infeliz. El Coto pareció apiadarse de mi angustia.

- No te preocupes, a tu familia no llegan todos los chismes, dime ¿para qué me necesitas?

Le conté de mi alianza con Carlos y la forma en que ambos costeábamos los gastos.

- Eso ya lo sabía – dijo con un gesto de desdén – muchachos jóvenes que se las dan de hombres. Enamorados y sin plata ¡Juventud, divina inconsciencia! ¿la quieres sólo para ti? Haz como Carlos y escápate a tiempo. No seas tonto, tienes sólo veinte años y a tu edad no hay que tomar las cosas en serio, esos amoríos jamás resultan.
- ¿Por qué no?

- Porque el mundo está lleno de mujeres decentes dispuestas a entregarse por amor y formar una familia ¿para qué elegir una puta que cualquiera puede comprar?
- Tienes razón, cualquiera la puede comprar, pero quiero sacarla de esa vida, darle una oportunidad, la amo.
- ¿La amas? Vaya, con qué facilidad hablan de amor los jóvenes, sin saber que confunden el amor con el deseo ¿le has preguntado a ella si quiere abandonar esa vida?
- ¿Acaso tendría que preguntarle? Cualquier puta estaría feliz de abandonar esa vida por algo mejor, pero escúchame, Coto, no he venido a pedirte consejos de cómo manejar mi vida, quiero que me digas como obtener dinero rápido y fácil, así como lo consigues tú.
- Bueno, si es así, no tengo nada más que decir – contestó molesto – no me importa lo que tú hagas y si quieres dinero fácil, sólo tienes que robarlo.

No supe qué contestar y bajé la cabeza; me sentía molesto conmigo mismo, estaba exponiendo mis sentimientos frente a un desconocido al cual no le interesaban mis problemas. El Coto Pérez agarró una copa de vino, dio un sorbo largo antes de dejarse caer sobre una silla que crujió peligrosamente bajo su cuerpo y me propuso la forma en que podríamos trabajar juntos. La sugerencia no me gustó del todo y prometí pensar en su oferta, salí con la cabeza convertida en un remolino de pensamientos contradictorios; pero la vida nos engaña, el amor es un velo que nubla la razón e impide descubrir esa verdad que está frente a nuestros ojos y que no queremos ver, sólo nos impulsa el deseo de lograr lo que ansiamos y eso me sucedió a mí, no pude ver más allá de mis narices y cometí la peor torpeza de mi vida.

El negocio de mi padre era uno de los más grandes y prósperos del pueblo en el que se vendía de todo, desde abarrotes hasta ropa, desde menaje hasta ferretería. Ocupaba un inmenso local en la mejor esquina del pueblo. La mercadería llegaba a diario en grandes camiones y los sacos de azúcar, harina y cereales de amontonaban en las bodegas junto a cientos de cajas llenas de latas de conserva de todos los tipos y enorme cajones para la cristalería que, por estar al fondo de la casa donde nadie tenía acceso, permanecían sin llave. Los comerciantes de los alrededores acudían para surtir sus locales y así como cada día llegaban camiones cargados, otros vehículos retiraban lo que mi padre les vendía. Durante el día yo seleccionaba lo que el Coto Pérez solicitaba y por la noche, mientras todos dormían, abría las puertas para que un par de hombres entraran silenciosamente y retiraran la mercadería que luego el Coto vendía a bajo precio sin que nadie cuestionara su procedencia. En ningún momento pensé que era un robo. Lo que era de mi padre también era mío. De ese modo logré retener a Laura y pagar todos sus caprichos.

Desgraciadamente mi padre reparó en las constantes pérdidas y sin yo saberlo comenzó a vigilar y por las noches rondaba alrededor de la casa, atento a cualquier sonido extraño. No era la primera vez que él tenía que hacer frente a un ladrón, recuerdo que cuando yo tenía doce años un hombre pretendió entrar a la casa por el techo. Sentí sus pasos sobre las latas de zinc, salté de mi cama y corrí a meterme al cuarto de mis padres en busca de protección, pero él, que también había escuchado los tenues pasos, ya estaba al acecho con su pistola en la mano; al verme tan despavorido, cogió mi brazo, obligándome a acompañarlo. El bandido escapó al escuchar el primer balazo y yo quedé temblando por el estruendo. Mi padre me llevó a la cama, me arropó y luego de darme un beso, dijo: – *hijo, cuando tu miedo sea tan grande que te paralice, tienes que respirar hondo y enfrentarlo ¿Tú crees que yo no tenía temor? Si el terror te dice que escapes, quédate. Aprieta los puños y da el primer golpe, es la única forma de vencer* - Ese consejo no lo olvidé jamás.

Durante semanas vigiló atento. Cualquier sonido extraño lo alertaba; si estaba acostado, se ponía su bata y salía sigiloso, pero nada descubrió. La noche en que nos sorprendió, llovía torrencialmente y suponíamos que el sonido acompasado era como una canción de cuna que ayudaba a conciliar el sueño. El Coto Pérez instaló su vehículo y yo comencé a llenarlo junto a otro de sus hombres. Después de tantas noches en vela, mi padre se había dormido arrullado por el hipnótico sonido del agua, pero el ruido del motor alertó a mi madre que lo remeció.

- Viejo, despierta, alguien está en la casa .

Mi padre se levantó rezongando; abandonar el calor de su cama lo puso de mal humor, pero alarmado por el zumbido del motor, cogió su pistola y una linterna; acompañado de mi madre salieron silenciosamente. La voz del Coto lo paralizó.

- Ya turco, tengo la camioneta llena, nos vamos.

Mi padre encendió la linterna que dio de lleno en mi rostro. La sorpresa de saber que su hijo le estaba robando lo desmoronó. Dio un grito ahogando y se apoyó en mi madre. Mientras él tambaleaba, yo opté por escapar.

No sé lo que ellos pensarían en ese momento, yo sólo deseaba desaparecer y no tener que enfrentarlos. Tenía algo de dinero producto de esos robos y sin preocuparme de la lluvia que anegaba las calles, corrí a casa de Laura para contarle lo sucedido. Ella dormía; su negra cabellera parecía flotar sobre la almohada y la serenidad de su rostro me detuvo un momento. Me senté a su lado y la remecí suavemente, abrió los ojos y me miró interrogante. A medida que le contaba lo sucedido, el espanto se reflejaba en su mirada.

- ¿Te has vuelto loco?

- Tenemos que escapar – le dije - El Coto se va a Santiago y nos llevará esta misma noche, mañana puede ser demasiado tarde, mi padre es capaz de llegar con los carabineros y no quiero que nos lleven presos.

- No soy ladrona, no me pueden detener, lo dices sólo para asustarme.

- Entonces quédate. Cuando lleguen los carabineros les dices lo mismo, yo me voy.

Me miró desconcertada, enfrentar a la policía no le parecía muy seguro, pero tampoco le entusiasmaba mucho la idea de salir corriendo. Molesto por su indecisión, di media vuelta y abandoné el cuarto; ella dio un grito.

- ¿Dónde vas? ¿pretendes dejarme sola?

- Ya sabes lo que tienes que hacer, o te vienes conmigo o te quedas, tú decides.

Saltó de la cama y se vistió rápidamente. Un trueno estremeció la casa y el relámpago iluminó el cuarto con un resplandor inusitado, ella se asomó a la ventana y se volvió furiosa.

- A ti no más se le ocurre hacer locuras en una noche como ésta ¿No te das cuenta de que estamos en medio de una tormenta?

- Sí, hay una tormenta, pero la peor está por desatarse si no escapamos pronto; no tenemos tiempo para discusiones idiotas – grité alterado - ¡Apúrate! ¿Quieres?

Sin dejar de rezongar, Laura metió en una maleta toda su ropa y en media hora estaba lista. El Coto nos acomodó en su vehículo mientras una ráfaga de viento nos envolvía con fuerza, como si quisiera impedir la fuga. Me parecía vivir una pesadilla; que nada era cierto, que de repente despertaría para darme cuenta de que estaba en mi cama y no viajando hacia lo desconocido, iluminado por los fogonazos que el cielo nos enviaba en medio de una lluvia que amenazaba con no terminar jamás. Me preguntaba cómo era posible que en tan poco tiempo me hubiesen sucedido tantas cosas: enamorarme de una mujer que no me correspondía, convertirme en ladrón, instalar una casa que ella alcanzó a ocupar sólo pocos meses y ahora fugarnos. Si no fuese trágico, podría resultar hasta divertido. Estaba viviendo aceleradamente y corría hacia una meta que no alcanzaba a vislumbrar. Confieso que llevaba el corazón oprimido y sólo deseaba llorar, pero el arrepentimiento no me servía de nada.

Fue un viaje horrible. El destartado vehículo daba tumbos en los baches y en una oportunidad se hundió en el barro de donde nos costó media hora de esfuerzo para poderlo sacar. Mojados y con frío continuamos sin dirigirnos la palabra. Laura dormía apoyada en mi hombro. Yo tenía la mente en blanco, la mirada fija en el camino lleno de agua. El Coto mascullaba en voz baja. Abandonamos el embarrado camino de tierra para atravesar el Tinguiririca que bajaba rugiendo para estrellarse contra el estrecho puente que temblaba con sus embestidas. Casi sin darme cuenta entramos a un desolado San Fernando para coger al camino pavimentado que nos llevaría a la capital.

También llovía en Santiago y el transitar por la Alameda bajo una cortina de agua acentuó mi depresión y maldecía el momento en que conocí a Laura, culpándola a ella de mi desgracia. El triste amanecer bajo un cielo encapotado en medio de una ciudad en penumbras no era el más apropiado para levantarnos la moral. Creo que Laura también maldecía el momento en que me siguió en esta aventura, pero ya era demasiado tarde y

debíamos resignarnos a nuestro destino. La sentía atada a mí, pegada a mi piel como un tumor maligno que debía eliminar y ese sentimiento me llenaba de horror ¿Cómo podía pensar de ese modo de la mujer amada?

Coto nos llevó a la residencial donde él se hospedaba cada vez que venía a la capital; no tenían camas disponibles y dormimos algunas horas tendidos en un sofá. Afortunadamente la lluvia menguó y salimos en busca de un lugar definitivo. Mi ropa mojada acentuaba mi depresión y como había escapado tan de repente, no tenía nada con que cambiarme; opté por esperar que el comercio abriera sus puertas para comprar lo necesario.

Con el dinero que llevaba, más lo que me entregó el Coto, producto del último robo, pude arrendar una habitación amoblada, donde por un tiempo nos sentimos seguros, pero después de dos meses, ya no teníamos con qué pagar y arrendamos un cuarto en una pensión donde nos proporcionaban dos camas viejas y desvencijadas. Fue un impacto. Acostumbrado a otro estilo de vida, el verme reducido a un pieza de pensión, sucia e incómoda, sin un baño privado, soportando vecinos poco agradables y sentir el ojo vigilante de la dueña de la pensión, me mortificaba tanto que perdí el deseo de vivir. Estaba arrepentido, pero mi arrepentimiento no servía más que para acentuar mi angustia, había jugado a ser hombre y tenía que afrontar como tal esa horrible forma de vida a la que mi estupidez me había llevado. En ese momento, Laura me dijo que estaba embarazada, pero con tantos problemas, había pensado en abortar. No estaba en mis planes ser padre y durante un par de horas estuve mascullando en contra, pero luego pensé que ese niño podría ser la llave para conseguir el perdón de mis padres y el regreso al hogar. Es penoso decirlo, pero esa criatura era sólo un comodín en la baraja de mis estupideces y un medio para lograr mis fines. Como no podía permitir que mi hijo naciera fuera del matrimonio, nos casamos. Ahora que lo pienso, creo que eso fue una nueva artimaña para presionar a mis padres para que aceptaran la situación. Fue una boda triste, sin amigos ni parientes; los testigos fueron dos desconocidos que esperaban en la calle para arrendar su presencia por algunas monedas. Después nos quedamos sin saber qué hacer, parecía que esa boda era una frágil mentira que podría desmoronarse en cualquier momento. Ella optó por regresar al cuarto de la pensión y yo me fui a buscar trabajo.

Conseguí un puesto como chofer de la locomoción colectiva y pasaba todo el día manejando una destartalada micro que gemía moribunda cada vez que aceleraba, con vidrios sueltos que sonaban como castañuelas amenazando caer en cualquier momento y lleno de pasajeros que colgaban de las pisaderas como racimos humanos, que me volvían loco con sus constantes protestas por el exceso de velocidad o por mi lentitud; no sabía cómo darles en el gusto.

Cuando nació la pequeña, estuve dudando en llamar a mis padres para darles la noticia. No sabía cómo la recibirían. Después de pensarlo un par de días, opté por pedir una comunicación con el pueblo. En ese tiempo las llamadas telefónicas eran complicadas, teníamos que solicitarle a una operadora que hiciese la conexión y en algunas oportunidades había que esperar más de dos horas, lo que daba tiempo para arrepentirse.

Esperé pacientemente hasta que la voz de mi padre sonó al otro lado de la línea. El miedo me paralizó durante unos segundos y estuve a punto de cortar la comunicación, pero recordé el consejo que me había dado cuando niño y apretando los puños, decidí dar el primer golpe.

- Papá, soy yo, Salvador.

Una exclamación muda me llegó en sordina, como si él se hubiese retirado del auricular, luego escuché su voz quebrada por la emoción

- Hijo, tanto tiempo sin saber de ti ¿Cómo estás?

Eso me dio fuerzas para seguir.

- Bien, papá, sólo quiero que me perdones. Estoy arrepentido. He sufrido mucho pensando en el daño que he hecho, compréndeme, siempre he tenido una cabeza loca que no me permite pensar en la consecuencia de mis actos.

Un nudo en la garganta me impedía hablar y las lágrimas llenaron mis ojos, pero tenía que decirle lo más importante.

- También quiero decirte que eres abuelo de una linda niña.

Se produjo un silencio largo que me alarmó; luego su voz, esta vez más serena, preguntó.

- ¿Tienes una hija? Que bien, te felicito, ahora podrás entender lo que sentimos los padres cuando los hijos nos traicionan ¿Me puedes dar tu dirección para ir a conocer a mi nieta?

La alegría me hizo olvidar todas las penas, quería cantar y correr por las calles, contarle a todos que había hablado con mi padre, que su voz había sido un bálsamo sobre mi alma, que estaba seguro de haber sido perdonado; eso puso alas a mis pies, tenía que contarle a Laura que nuestro destino estaba cambiando. Me apuré en regresar, por el camino compré unas rosas para alegrar mi cuarto, estaba de fiesta.

- Hablé con mi padre – dije – vendrá a vernos, creo que me perdonará, pronto estaremos en casa y seremos felices.

Ella me miró burlona, bajó la cabeza y se rió.

- ¿Estás seguro? No creo que suceda. Nunca te perdonará.

La forma en que escupió sus palabras despertó mi furia, parecía burlarse de mi entusiasmo y sentí deseos de abofetearla ante esa respuesta que no esperaba, lancé las rosas al suelo pateándolas con rabia, quería desquitarme con alguien, pegarle, era una estúpida pero traté de contenerme; ella me miraba asustada, se arrinconó con la niña en los brazos - ¿qué está pasando? – gritó la dueña de la pensión que siempre estaba atenta a lo hacían sus inquilinos – nada – grité - ¿acaso usted nunca ha tenido una discusión con su marido? - y dando media vuelta y salí a la calle. Caminé rumiando mi rabia, maldiciéndome a mí mismo por la vida estúpida que estaba llevando al lado de una mujer que sólo sabía burlarse de mis deseos de regresar. Casi sin darme cuenta entré a un bar donde bebí un par de cervezas, luego otra y otra hasta que perdí la cuenta. Hice amistad con otros hombres tan angustiados como yo que buscaban dejar sus penas dentro de un vaso de alcohol y nos contamos nuestras mutuas cuitas sin estar seguros de ser escuchados. Regresé tarde, ella dormía, lo que no impidió que yo, en medio de mi borrachera y mi rabia, la despertara para insultarla, gritarle que era la culpable de todos mis males, que por su causa era un ladrón, un paria. Ella nada dijo, sólo se limitó a mirarme con desprecio. Creo que en ese momento ambos nos odiábamos.

Durante días esperé la visita de mi padre, pero nunca llegó, pasaron los meses y cuando la niña estaba a punto de cumplir seis meses, Laura quedó nuevamente embarazada. Mi padre no daba señales de vida y yo perdí la esperanza de verlo llegar para lanzarme en sus brazos y recibir no sólo su perdón, sino que me llevara de regreso a ese hogar que tanto extrañaba. Cuando nació mi hijo, pensé llamar nuevamente, pero mi orgullo me impidió hacerlo ¿Para qué? Sería una pérdida de tiempo. Mi padre, aparte de emocionarse, no vendría a mi encuentro.

El mes de Junio fue lluvioso y eso dificultaba mi trabajo, debía manejar con cautela para evitar cualquier accidente; la gente, con la imprudencia de siempre, se atravesaba en el camino y eso exacerbaba mi mal humor. Regresaba cansado, sin deseos de hablar, esperando sólo tenderme en mi cama y dormir. Los niños me importunaban, sus gritos y llantos me producían tal desequilibrio que sólo deseaba desaparecer.

Una de esas tardes lluviosas en que regresaba con la cabeza gacha, contemplando la calle mojada, como si esperara encontrar la solución a mis problemas, escuché la voz de mi padre que me llamaba. Sorprendido, alcé la mirada. Ahí estaba él, acompañado por un hombre bajo, cubierto con un poncho y un sombrero de paja; parecía un campesino. Abrió los brazos y me apreté a su pecho sin poder contener las lágrimas de emoción. ¡Al fin había venido a rescatarme de mi miseria! – padre, padre – murmuré con voz entrecortada – al fin, padre ¿podrás perdonarme? Perdón, padre, perdón– él sólo acariciaba mi cabeza tratando de calmarme. Preguntó por Laura y los niños.

- Están en la pensión – dije- ¿Quieres verlos?

Caminamos en silencio los pocos pasos que faltaban. El desconocido nos siguió, también en silencio. Su presencia me alteraba ¿quién era ese hombre? Lo sentía como una amenaza y me preguntaba ¿por qué mi padre lo había traído? Cuando entramos al cuarto que ocupábamos en la pensión, la niña lloraba y Laura trataba de calmarla. Miró a mi padre y dio una exclamación, se puso de pie y en un gesto de coquetería, arregló su pelo. Pero cuando el hombre que lo acompañaba atravesó la puerta y se sacó el sombrero de paja, ella dio un grito ahogado, miró hacia todos lados como si quisiera escapar, se llevó las manos al pecho y dejándose caer sobre la cama, ocultó el rostro entre sus manos y

guardó silencio. Mi padre nada decía. Sentí que algo estaba pasando y no podía adivinar el drama que se desarrollaba frente a mis ojos. El hombre avanzó unos pasos y por primera vez escuché su voz

- Buenas noches, Laura ¿Te acuerdas de mi?

Quise preguntar qué sucedía, saber quién era ese hombre que trataba a mi mujer con tanta familiaridad, pero mi padre me tomó de un brazo, sacándome del cuarto.

- Vamos, hijo, tenemos que hablar en privado. Ellos tienen muchas cosas que aclarar y nosotros también.

Salimos a la calle y caminamos hasta la Plaza Brasil, nos sentamos en un café y pedimos algo que ninguno consumió. Miré a mi padre interrogante, él puso su cálida mano sobre la mía, me miró a los ojos y murmuró suavemente.

- Ese hombre es el marido de Laura, no estaba muerto como ella te había dicho. No podía resignarme a lo que estaba sucediendo. El Coto está preso, al fin lograron atraparlo, pero tú eres mi hijo, te amo y perdono lo que has hecho. Tenía que hacer algo para recuperarte y comencé a indagar. La Faraona me dio la pista; tú no lo sabes, pero la Faraona y yo fuimos amigos cuando ella se llamaba Rosaura. Después me casé con tu madre y ella quedó atrás. La vida cambió para ambos: yo tenía una familia que cuidar y ella, un futuro incierto. A la muerte de la vieja regenta, Rosaura heredó el prostíbulo y cambió de nombre. No me mires con cara de sorpresa, todos los viejos hemos sido jóvenes alguna vez y sufrimos las mismas necesidades. Nunca me opuse a tus salidas pensando que formaba parte de tu aprendizaje de la vida. Esa mujer quedó en mi pasado, era sólo un recuerdo olvidado de aquellos años, cuando ella aún era joven y bella y yo un muchacho que, al igual que tú, no sabía nada de la vida. En un comienzo estaba reacia a darme información, pero con dinero se consigue cualquier cosa. Contraté un detective que lo estuvo buscando un par de años; cuando me llamaste para avisarme que había nacido tu primer hijo, yo ya sabía la verdad, pero estaba esperando que lo encontrarán. Eres libre, tu matrimonio no tiene validez. Ella podría ir presa por bigamia. Ahora tienes que tomar una decisión.

No podía creer lo que escuchaba, pero el rostro serio de mi padre y sus ojos húmedos, confirmaban sus palabras; me puse de pie sin saber qué hacer, quería correr a la pensión y preguntarle si todo eso era cierto, pero al mismo tiempo quería escapar lejos, no volverla a ver, olvidar el tiempo compartido o sufrir un ataque de amnesia. Mi padre se puso de pie y cogiéndome de un brazo trató de mitigar mi desconcierto.

- Vamos, hijo, no es para tanto, en la vida hay cosas mucho peores que perder el amor de una mujer.

Regresamos a la pensión en silencio, como si cualquiera palabra pudiera desatar un desastre mayor del que estaba viviendo. Mi cabeza era un torbellino y no sabía qué decir. Me preguntaba a mí mismo si ella me había engañado o si realmente estaba convencida de que su marido estaba muerto. Me daba cuenta que buscaba justificarla ¿Por qué? ¿Acaso aún la amaba? ¿O trataba de justificar mis propias acciones? Mi padre tenía razón. Hay mujeres para despilfarrar la juventud y otras para formar un futuro. Me había equivocado perdiéndome en caminos que conducían al despeñadero por donde estaba cayendo. Laura había sido un espejismo y esa realidad que no quería ver, me golpeaba.

En la puerta de la pensión me detuve indeciso, miré a mi padre suplicante, rogándole con la mirada que me dijera que nada era verdad, que sus palabras habían sido sólo una forma de castigo, pero él puso su mano en mi espalda empujándome suavemente. Cuando abrí la puerta del cuarto, reparé que Laura no estaba. El hombre permanecía sentado, tan silencioso como una estatua. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Ella se fue – dijo – no sé a dónde. Me pidió que cuidara los niños mientras ustedes regresaban.

Así terminó esa aventura: humillado, con el alma destrozada y dos niños que cuidar. Tenía vergüenza de volver a Santa Cruz; todo el pueblo estaba enterado de mi fuga y a pesar de mi deseo de regresar, no me sentía con fuerzas para mirarlos a la cara, pero mi necesidad de volver a sentirme seguro, redimido, perdonado, me hizo olvidar la vergüenza

y esa misma noche retornamos bajo un cielo encapotado que parecía llorar con mi dolor. Era como si el tiempo no hubiese transcurrido, me había fugado bajo la lluvia y retornaba en las mismas condiciones. Caminé bajo el aguacero tratando de que el agua lavara mi pecado, borrara la vergüenza de mi rostro y me preparara para hacerle frente al mundo.

Fue un viaje silencioso, mi padre se recostó en su asiento y cerró los ojos, quizás para no ver mi rostro descompuesto ni la angustia en la mirada ansiosa de los niños; yo tampoco sabía qué hacer, apretaba contra mi pecho al más pequeño esperando que se durmiera, la niña se pegó al vidrio mirando caer la lluvia, cada cierto tiempo emitía un gemido sordo, como un perrito apaleado; pronto su cabecita comenzó a caer lentamente sobre el respaldo del asiento hasta acurrucarse en mis brazos. El chofer manejaba en silencio mientras el marido de Laura masculaba suavemente como si orara.

Santa Cruz parecía dormir bajo la lluvia y las calles vacías. Quería llegar pronto, volver a cruzar la puerta de mi casa, volver a sentir el calor de ese hogar que había desdeñado, ver a mis hermanos, recibir el beso de mi madre. Mi padre empujó la puerta y me dejó pasar. Me detuve desconcertado, todo parecía distinto, después de haber vivido en una pocilga, todo me resultaba nuevo. El calor de las estufas mantenía una temperatura agradable que me arrancó un suspiro de agrado. Mi padre alzó la voz gritando que habíamos llegado. Era media noche pero todos estaban esperando nuestra llegada, nerviosos por mi posible presencia.

- Ya era hora – dijo mi madre, es muy tarde para esperar.

Me miró con frialdad; sus ojos fijos penetraron como un puñal en mi corazón y sentí su desprecio, la rabia contenida, su desilusión frente a un hijo descarriado. Bajé la cabeza, avergonzado de estar en su presencia, ella era el juez y yo el acusado; frente a su mirada no tenía defensa. No quiso abrir sus brazos para cobijarme en ellos y sin importarle mis ojos suplicantes, se encerró en su cuarto donde la escuché llorar. Mi padre me empujó suavemente hasta la cocina para que comiera algo, pero no tenía deseos, sólo de retroceder el tiempo y borrar ese período de mi vida. Mis hermanos se sentaron a mi alrededor tratando de hacerme sentir bienvenido, pero no sabíamos de qué hablar. Los niños permanecían mudos, el miedo los tenía paralizados, se aferraban a mi lado, como buscando protección frente a ese mundo nuevo, temblando frente a esos tíos desconocidos; el niño parecía más tranquilo aferrado a mi pecho, sólo tenía un año de edad y aún no podía dimensionar lo que estaba sucediendo, pero la niña parecía aterrorizada y con sus ojitos desorbitados nos miraba sin saber qué hacer. La empleada calentó un poco de leche que bebieron tímidamente, pero estaban cansados y sus ojitos se cerraban sin que lo pudieran evitar. Mientras yo seguía hundido en mi depresión, la mujer se hizo cargo de ellos y los acomodó en una cama.

Casi no pude dormir. La lluvia que hacía sonar los techos me traían a la memoria la fatídica noche de mi fuga. Laura, Laura ¿dónde estás ahora? No podía dejar de pensar en ella. Me daba cuenta de que había sido como un terremoto en mi vida, que no sólo cambió mi forma de ver el mundo, sino que produjo la transformación de mi entorno. También mis padres eran diferentes, me mirarían con otros ojos, quizás con la desconfianza del que ha sido traicionado y no puede volver a creer. No sé a qué hora me dormí, pero mi sueño fue inquieto, lleno de sobresaltos. Cuando abrí los ojos, había dejado de llover.

No sabía cómo enfrentar la indiferencia de mi madre y esperé sentado en mi cuarto. La empleada golpeó suavemente la puerta y me llamó en voz baja.

- Su mamá está en la cocina, no ha dejado de llorar. Es su oportunidad de estar a solas con ella.

Salí con temor y entré a la cocina. Ella estaba sentada, con la frente apoyada en sus brazos extendidos sobre la mesa; me sintió entrar, alzó la cabeza y me miró; tenía el rostro congestionado, como si hubiese pasado una mala noche, los ojos hinchados y llenos de lágrimas. Me dejé caer a su lado abrazándome a su cintura y murmurando palabras que ya he olvidado. Su instinto maternal la traicionó y desterrando la rabia acumulada en su corazón y el dolor que yo le había causado, acarició mi cabeza y apretándose a mí, nos unimos en un abrazo agitado por los sollozos. En ese mágico momento de emoción, sentí el calor del fuego que ardía en la chimenea, reparé en el aroma que emanaba de las ollas, escuché el canto de los pájaros y me di cuenta que había regresado al hogar. Un calorcito rico subió por mis piernas, llenó mi cuerpo hasta incrustarse en mi corazón y la vida volvió a ser generosa conmigo. Me reí y mi madre se rió conmigo; la brisa se volvió suave y sentí

deseos de cantar. Salí al patio y las flores del jardín lanzaron su aroma suave y la brisa de la mañana revolvió mis cabellos, como lo había hecho la mano de mi madre. Me miré en un espejo sin comprender cómo ese ser que se reflejaba en el cristal pudiese haber cometido tantas estupideces.

Nos sentamos a la mesa como si nada hubiese pasado; los niños miraban asustados a esos abuelos desconocidos y no querían comer. Mis padres irradiaban felicidad y reían sin motivo. También yo reía mientras me preguntaba si esa felicidad que sentíamos, duraría para siempre. Mis hermanos guardaban silencio, quizás algo molestos por las exageradas muestras de alegría de mis padres; me sentía como el hijo pródigo que regresa al hogar después de dilapidar su fortuna y eso me incomodaba.

Después del desayuno, mi madre salió acompañada de la empleada, llevaban a los niños con ellas, no sabía a dónde iban, todo carecía de interés, sólo deseaba tenderme en mi cama, pensar en lo que me había sucedido y en lo que el destino me deparaba. Vanos pensamientos, tras la puerta esperaba la vida para llevarme por caminos que nunca imaginé.

Mi madre y mis hijos regresaron poco antes del medio día; los niños venían felices, parecían haberse congraciado con esa abuela desconocida que les estaba brindando cosas que nunca habían tenido. Los había llevado al médico para que los examinara, luego compró las vitaminas que les había recetado y también un surtido de ropa y juguetes que los hacía reír. Se hizo cargo de mis hijos con tanto amor que nunca he podido agradecerle lo suficiente; se convirtió en abuela y madre a tiempo completo y la vida de la casa comenzó a girar en torno a esos dos niños. Abuela, una palabra nueva en la vida de esos pequeños que nunca habían conocido otro hogar que un feo cuarto de pensión, con dos camas desvencijadas donde dormíamos amontonados, con sólo dos sillas y una pequeña cómoda para guardar la ropa. Jamás habían recibido tantas caricias, tantas golosinas ni tanto amor; no sabía cómo eso podría influir en sus vidas. Nunca conocieron otra madre que la mía.

Todo parecía confabularse para borrar el pasado y brindarme ese bienestar que tanta falta me hacía; mi padre y mis hermanos regresaron a su trabajo sin presionarme para que los ayudara y a pesar de eso, yo parecía un náufrago y, encerrado en la casa sin atreverme a salir, no atinaba a rearmar mi vida, sintiéndome prisionero de una sociedad incapaz de comprenderme. Mi natural rebeldía encabritaba mis sentimientos y sólo deseaba escapar nuevamente de este hogar tan añorado que no me estaba dando la paz que necesitaba, fugarme de la realidad de mi existencia y volar hasta un paraíso desconocido. Me molestaba la rutina de siempre, nada había cambiado: por las mañanas un abundante desayuno, sonrisas, caras alegres y la radio sonando a todo volumen; una estúpida manera de comenzar el día, todos demostrando alegría ante la nueva jornada que para mi resultaba agobiante. Luego la empleada lavaba los platos, guardándolos en sus respectivos lugares, como si no hubiese pasado nada, y esa limpieza exagerada que dejaba la cocina impecable, exasperaba mi sentido de la realidad. A la hora de almuerzo, la misma función. Mis hermanos comentaban el trabajo cotidiano y mi padre los escuchaba con una sonrisa de complacencia, como queriendo recalcar que ellos sí eran buenos hijos y no yo, que hasta el momento sólo había demostrado ser un irresponsable. Por las tardes lavaban la ropa sucia y planchaban lo que estaba seco, para luego guardarla ordenadamente en sus cajones. No es que eso me molestara, sólo que comparaba el orden que ellos tenían y el caos de mi existencia. A cada hora me reprochaba por mis pensamientos, me repetía una y mil veces que era un ser afortunado, que todo se me estaba dando con amor, sin cuestionarme; reconozco que era un ser inconformista, pero tampoco podía discernir lo que necesitaba. Me parecía que el mundo tenía tanto que ofrecerme y que yo, sólo por sentirme protegido, estaba perdiendo mi vida encerrado en el pueblo.

Por esos días calló en mi mano un periódico que reproducía una entrevista a Fidel Castro, realizada por Herbert Matthews para el New York Times, en Sierra Maestra, publicado el 17 de febrero de 1957, que no sólo desató mi entusiasmo, sino que además despertó la simpatía de la opinión pública nacional e internacional. Hasta mi padre, tan renuente a aceptar a los revolucionarios, se mostró entusiasmado con ese grupo de soldados que aparecían en la fotografía. Por primera vez pude ver el rostro barbado del hombre que se había convertido en un héroe y al cual sólo deseaba imitar. Confieso que en ese momento comenzó a gestarse en mi cabeza la idea de fugarme a Cuba, dejar atrás a mis hijos, olvidar a mis padres y borrar a Chile de mi mente para formar parte de esa pandilla de guerrilleros. Pero las cosas no se veían fáciles, carecía de dinero y a pesar de que mi

padre había vuelto a admitirme en casa, vigilaba atento para que no volviera a reincidir. Pero ese artículo no se borraba de mi mente: Sierra Maestra, murmuraba, Sierra Maestra, repetía; esas palabras giraban en mi mente e imaginaba sus cumbres, sus acantilados, exageraba sus pendientes y también su vegetación ¿podría yo escalar hasta ese lugar para mimetizarme con ellos? Parecía un idiota que no conocía otras palabras hasta que mi padre se sentó a mi lado, puso su mano sobre mi hombro y mirándome fijo preguntó:

- ¿No te parece que ya es hora de dejar atrás los sueños para enfrentar la realidad?

No supe qué decir, él tenía razón, pero los sueños son el motor que mueve la vida, que nos impulsa a seguir adelante y yo sentía que sin sueños, me convertiría en un autómatas sin voluntad; agaché la cabeza y asentí.

- Sí, papá, tiene razón, le prometo que todo va a cambiar.

Poco a poco me fui reintegrando a la vida del pueblo. Los amigos de antes ya no tenían tiempo para salir de farra, muchos estaban casados y tenían obligaciones familiares, otros habían emigrado a la capital en busca de mejores trabajos, a su modo, ellos eran felices y mi soledad fue creciendo. Tampoco me entusiasma regresar al prostíbulo, no quería que los recuerdos afloraran y encontrarme con la sonrisa irónica de la Faraona me horrorizaba.

A pesar de todo, me fui aclimatando a mi nueva vida; ya no deambulaba como una sombra y mi padre comenzó a darme algunas responsabilidades que yo le agradecí. También algo de dinero. Cuando yo salía, ellos jamás preguntaban a donde iba ni lo que hacía, respetaban mis silencios y yo opté por la discreción.

Estábamos en pleno período de elecciones presidenciales y los cinco postulantes se peleaban entre ellos con todas sus fuerzas. El más pintoresco de todos era Antonio Zamorano, un sacerdote. El cura de Catapilco. Muchos opinaban que, a pesar de no tener ninguna oportunidad, su campaña era costada por otro de los candidatos, sólo para quitarle votos a sus oponentes. El gran descontento popular por el gobierno de Ibáñez inclinó la balanza hacia don Jorge Alessandri, un hombre sobrio, sin estridencias, poco amigo de hacer promesas electorales y eso, a pesar de mis ideas revolucionarias, me hizo creer en él, era mi candidato. Desgraciadamente no fui un observador directo de su gobierno, pues al poco tiempo, y sin yo imaginarlo, emprendí vuelo lejos de Chile, corriendo tras esa ilusión cubana que había germinado en mi cabeza, sin detenerme a pensar que me esperaba un abismo.

1959. La fiesta de Año Nuevo quedó marcada por una noticia que explotó como una bomba y fue la primera alegría en todos esos meses de incertidumbre. Fidel Castro había entrado en Santiago de Cuba, mientras Eloy Gutiérrez Menoyo ocupaba La Habana con las tropas del Segundo Frente Nacional de Escambray. Al día siguiente llegaron las tropas comandadas por Camilo Cienfuegos, tomando sin resistencia el regimiento de Columbia, donde el Coronel Barquín es excluido del mando y el General Casillas es llevado a prisión. Ernesto Che Guevara se apodera de la fortaleza de “San Carlos de La Cabaña” sin importarles los tres mil hombres que lo custodian, los que, confundidos y sin un general que los dirigiera, no se atreven a disparar ni un solo balazo. Guevara toma posesión del lugar y se acomoda en la casa del gobernador, desde donde convoca a los soldados para dirigirles la palabra.

“Los revolucionarios deben aprender disciplina de ustedes, pero ellos les pueden enseñar cómo ganar una guerra”.

Poco después, Faure Chamón, con las tropas del Directorio Revolucionario, ocupa el Palacio Presidencial.

Fulgencio Batista Zaldivar, sabiendo que tarde o temprano sería avasallado por los revolucionarios que no le perdonarían la vida si caía en sus manos, había iniciado con anticipación sus trámites para obtener residencia en Estados Unidos, incluso donando una fuerte cantidad de dinero para la campaña de Richard Nixon, y a pesar de ser el dueño una mansión en Daytona, la visa le es negada. Ante la disyuntiva, su colega, el dictador de República Dominicana, Rafael Leonidas Trujillo, le concede asilo, hacia donde escapó esa noche en compañía de su familia, dejando atrás a sus colaboradores que pagarían con su vida el haber pertenecido a su gobierno.

Un eufórico estallido noticioso llenó los periódicos del mundo que, en cierto modo, preferían ignorar los juicios sumarios que se realizaban a diario antes de ejecutar a los antiguos jerarcas, y la Revolución Cubana llenó páginas y páginas con detalles del acontecimiento. Había caído una dictadura y la democracia llegaba a Cuba de la mano de Fidel Castro y los periodistas manifestaban su alegría por ese triunfo, exaltando con sus palabras al salvador de la isla. Se hablaba de democracia, de libertad, del fin de la tiranía y de elecciones libres, nadie opinaba sobre los constantes fusilamientos ni de la fuga de familias enteras que dejaban atrás sus casas y amigos, para escapar de lo que ellos consideraban el fin de un estilo de vida. También Estados Unidos otorgaba su beneplácito, sin imaginar que ese joven y carismático abogado de tan sólo 32 años, convertido en exitoso revolucionario y futuro gobernante, pudiera alzar la voz en contra de ellos.

Mi deseo de dejar Chile para embarcarme en esa aventura cubana que enardecía mi mente, se volvió tan fuerte que, sin hacer caso a las palabras de mi padre, acomodé un bolso con algo de ropa y viajé a Santiago rumbo a la Embajada de Cuba. Dejé las cosas en casa de mi tía antes de instalarme frente a la Embajada, donde había una fila de entusiasmados jóvenes que pretendían lo mismo que yo. No me quedó más remedio que esperar mi turno. Después de una hora que se me hizo interminable, llegué al escritorio del funcionario que anotaba en un libro los nombres y direcciones de los solicitantes; el hombre se veía inquieto, cualquier ruido lo sobresaltaba y a pesar de que todos trataban de mantener la calma, en el aire se sentía cierta tensión; miradas furtivas, un cuchichear continuo y la forma dubitativa con que el funcionario me atendía. Parecían esperar que algo sucediera. La sombra de la revolución gravitaba sobre ellos y el miedo era palpable, la pregunta que todos se hacían era ¿y qué pasará ahora? ¿qué será de mí? Me sentí contagiado, quizás tenían razón, en cualquier momento podría desencadenarse un terremoto. Sabía que los animales detectan los cataclismos antes de que sucedan y esas personas parecían poseer ese mágico don, adivinando que sus vidas corrían peligro y que la debacle era inminente. En cierta forma era lógico ese miedo a lo desconocido, todos ellos habían sido nombrados por el antiguo régimen y no se sentían seguros, pero ¿qué les podría suceder?

Mientras entregaba mis datos y explicaba mi entusiasmo por la revolución, se abrió la puerta de otra oficina y una joven alta y delgada, con un apretado moño que dejaba libre su rostro de marcados pómulos que le daban un exótico aire asiático llamó mi atención, se acercó hasta nosotros con un vaivén suave, como si ondulara, lenta, sensual, derramando una gracia nueva, desconocida, que obligaba a mirarla como a una aparición que excitaba los sentidos, clavó en mi rostro sus grandes ojos negros, como si estuviera examinando algún raro espécimen digno de ser catalogado; luego intercambió algunas palabras en voz baja con el hombre que me atendía, el cual cerró el libro y comunicó al resto de los muchachos que la inscripción se había cerrado, los posibles cupos estaban llenos y nada se podía hacer hasta que llegaran instrucciones del nuevo Embajador. Eso me llamó la atención, ¿un nuevo embajador? Mire al funcionario y pregunté.

- ¿Qué pasó con don Emilio Cancio-Bello?

El tipo dio un brinco como si lo hubiese pinchado con una aguja, miró hacia todos lados como buscando socorro, mi pregunta lo descolocaba y el pobre no sabía qué contestar.

- Lo que pasa en la embajada es privado, lo siento, no puedo contestar su pregunta.

Ella intervino, puso su mano sobre la espalda del joven y se volvió hacia mí.

- ¿Por qué le interesa saber donde está don Emilio?

- No es que me interese especialmente – contesté – sólo que me sorprendió que esperasen la llegada de un nuevo Embajador.

- Don Emilio renunció, no sabemos dónde está. ¿quiere saber algo más?

Quise decirle que me encantaba, que su belleza era alucinante, que su sonrisa me tenía loco y que me encantaría acostarme con ella, pero opté por lo más correcto, negar con la cabeza y dar las gracias; ella se alejó con el mismo suave vaivén con que había llegado; el ajustado vestido que ceñía su cuerpo como un guante dejaba a la vista la belleza de sus caderas y lo estrecho de su cintura; antes de entrar a la oficina se volvió a mirarme, y con un rápido movimiento de sus manos, desató el moño y dejó caer la cascada de su pelo, agitó la cabeza para acomodarlo. Sonrió con coquetería, como si quisiera decirme algo, luego cerró la puerta dejándome con el corazón encabritado; perdí la noción del tiempo y no

atinaba a ponerme de pie, como si el embrujo de esa mirada me hubiese robado la voluntad. El funcionario carraspeó para llamar mi atención; lo miré sobresaltado y me puse de pie sin saber muy bien lo que me estaba pasando. Mi corazón latía con fuerza. Ella me había sonreído y esa sonrisa me llenaba de esperanzas, no era una sonrisa cualquiera, estaba llena de promesas, de palabras no dichas, de ese no sé qué de mágico que tiene el deseo; y el deseo parecía ser no sólo mío. Debía conquistarla, ella no sólo podría convertirse en mi pasaje a Cuba, sino que además, un nuevo amor para rehacer el desastre de mi vida. Al pasar frente a una puerta, miré mi reflejo en el vidrio; era diferente a los otros postulantes y no me extrañó que ella se hubiese fijado en mí. Sobre pasaba el nivel medio de los otros muchachos y mi metro noventa de estatura siempre había llamado la atención en un país de hombres bajos. No sólo mi porte acaparaba miradas, sino además mi rostro moreno de aspecto mediterráneo y mi ensortijado cabello negro. Esa diferencia me había abierto muchas puertas.

Cuando todos se habían dispersado, atravesé la calle y me quedé apoyado en un árbol frente a la sede de la Embajada. Tenía el plan de abordarla y hacer amistad con ella, seducirla, convencerla de que yo era el candidato ideal para viajar a Cuba. Poco a poco fueron saliendo los funcionarios. Algunos acompañados, otros solos, pero ella no aparecía. Creo que fue la última en salir. Se detuvo en la puerta y su esbelta figura se recortó contra la luz interior, miró a ambos lados, como si estuviera esperando a alguien, y luego emprendió el camino en sentido contrario al que yo había imaginado. Me adelanté rápidamente por la acera del frente hasta llegar a la esquina y atravesé corriendo, ocultándome en un recodo. Cuando ella pasó, salí como si fuese un encuentro casual.

– Perdón – dije – casi la atropello ¿Usted no estaba en la Embajada de Cuba?

Lanzó una carcajada que me desconcertó.

- ¿Tú crees que soy tonta? Desde la ventana te estuve mirando, sabía que me esperabas ¿Qué pretendes? ¿Enamorarme para que te lleve a Cuba?

La sorpresa me dejó paralizado; ella no se había dejado engañar y ahora estaba al descubierto. Me sentí perdido y sin saber qué decir, asentí.

- Sí, es verdad, perdóneme.

Se rió y su risa sonó como una fiesta, como alegres cascabeles, como si mi desconcierto fuese para ella una confirmación de su supremacía.

- Vamos, no te sientas avergonzado, aunque te parezca absurdo, me siento halagada. ¿Me pensabas invitar a alguna parte en especial?

- Bueno, no lo tengo muy claro ¿qué le parece que caminemos un rato?

A pesar de ser una mujer joven y hermosa, parecía sentirse sola y preocupada por su futuro en un mundo que se estaba desmoronando para ella. Mi aparente seguridad trastabillaba, me sentía como un niño que ha cometido una falta y no sabe qué hacer para ser perdonado. Durante un rato caminamos sin destino hasta llegar a un café donde nos sentamos; ella pidió justamente eso, un café bien cargado. La miré con atención y por momentos me gustaba más. Sus ojos negros parecían burlarse y sus labios caribeños sonreían invitadores e irónicos. Como disponía de dinero, me di el gusto de invitarla a comer. Ella aceptó sin mucho entusiasmo. Pero como desconocía los buenos restaurantes de Santiago, no sabía donde llevarla. Me puse de pie y con el pretexto de ir al baño, me acerqué a un mozo para pedirle información. Me miró sorprendido, luego sonrió.

- ¿Usted es de provincia?

- Sí, no sé donde ir ¿qué me puede recomendar?

Me dio una lista interminable de buenos lugares, pero optó por indicarme el más cercano. Mientras esperábamos que nos atendieran, le hablé de mi deseo de cooperar con la revolución, de viajar a Cuba, de mi admiración por Fidel Castro. Beatriz escuchaba sin decir nada, parecía ausente, como si mi desatada verborrea no alcanzara a interesarla. Opté por guardar silencio, ella me miró interrogante.

- ¿Qué sucede? Te has quedado callado.

- Parece que mis palabras te cansan.

- No seas tonto, pensaba en ellas ¿Cómo es posible que un chileno esté tan entusiasmado con una revolución que le es ajena?

- ¿Es que no te das cuenta de que es una revolución en contra de la tiranía, contra el abuso y la miseria? No es mi revolución, es el grito de un mundo que pide ser tratado con justicia.

- Eres un idealista – murmuró mirándome con pena – ten cuidado, los que sueñan más allá de la realidad están propensos a sufrir un gran dolor. Espero que no te suicides.

Nos quedamos en silencio, no entendía lo que me había querido decir ¿Es que ella no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo? Comprendía que la Revolución era como un maremoto que había arrasado con muchas vidas, también con un modo de ver el mundo tan diferente al que ella estaba acostumbrada y que ahora buscaba su centro, y mientras no lo encontrara, todo seguiría girando en forma desordenada, causando temor, inseguridad y deseos de escapar. Beatriz tenía miedo, eso no lo podía disimular, pero me parecía increíble ese temor, ella era sólo una pluma volando en el viento que agitaba la isla y nadie la estaba persiguiendo. Quise decírselo, pero no era el momento de discutir sus ideas políticas; yo tenía una meta, llegar a Cuba, y ella podía convertirlo en realidad. Para romper el silencio que se había instalado entre nosotros, pedí la cuenta. Aún no tenía muy claro que hacer y para ganar tiempo, la invité a bailar.

Salimos del restaurante y tomamos un taxi hacia Las Brujas. No sé lo que ella pensaba en esos momentos, su rostro sereno no dejaba traslucir ni descontento ni agrado, era tan neutro que me desconcertaba, en cambio yo era un nudo ciego, no sabía cómo actuar, mi experiencia con las mujeres era nulo, y a pesar de estar jugando al hombre de mundo, no era más que un muchacho inexperto que trataba de parecer seguro.

Las Brujas estaba lleno, nos detuvimos en el umbral esperando ser atendidos, un mozo se acercó, sonrió, esperó la propina antes de conseguirnos una mesa en que la duramos pocos minutos, solamente el tiempo que nos demoramos en pedir los tragos, luego ella se puso de pie y tomándome de una mano me arrastró a la atestada pista. Me apreté a su cuerpo y susurré algunas palabras a su oído, ella echó hacia atrás el cabello que caía sobre su rostro y dejó que mis labios rozaran los suyos. Mientras bailábamos, sentí como su calor atravesando mi ropa, envolviéndome en un deseo loco que borró de mi mente todas las fantasías en torno a la isla y a mi presunto viaje, olvidé a Fidel y su revolución para ser solamente un hombre frente a una mujer; ella quería amor y yo estaba dispuesto a dárselo. La besé suavemente, ella respondió. Jugamos algunos minutos, luego su boca se abrió ansiosa, sumergiéndose en la mía.

Tenía un departamento pequeño en un edificio cerca de la Embajada y no existía un portero que fiscalizara la llegada de los arrendatarios; era un lugar tranquilo donde el sonido de los automóviles no alcanzaba a llegar. Encendió una luz suave y se deslizó silenciosa hasta su alcoba mientras se desprendía de su ropa; la seguí haciendo lo mismo. Había sido tan fácil que yo mismo estaba sorprendido. Su cuerpo desnudo brillaba en la penumbra del cuarto, acariciado por la suave luz de la luna que penetraba curiosa a través de las cortinas. Me empujó hacia la ducha y se metió a mi lado, la besé ansioso, era una experiencia nueva, alucinante, fuera de todas mis fantasías y dejé que sus manos y su boca hicieran de mi cuerpo un nido. Nadie me había enseñado que esas cosas se podían hacer, aprendí, hice lo mismo, y por primera vez en mi vida el orgasmo llegó bajo una ducha para luego seguir entre las sábanas “*Ni nardos ni caracolas/tienen el cutis tan fino/ni los cristales con luna/ relumbran con ese brillo*”.^{2*}

De madrugada, tendidos de espalda sobre la cama, el cuerpo tranquilo y la mente relajada, rozándonos las manos, suavemente, como dos enamorados, pensando cada uno en quizás que cosas, ella me confesó que le había llamado la atención mi forma de caminar, la expresión de mi rostro y un aire de timidez que contrastaba con mi porte.

- No creas que me acerqué a la mesa sólo para mirarte, don Federico Laredo, que por el momento reemplaza al embajador, me envió para ordenar al funcionario suspender las inscripciones. Además te ví parado en la fila esperando turno; me llamó la atención tu prestancia – dijo – te desatacabas sobre los demás, no pareces chileno.
- Sí, soy chileno, pero mis padres son palestinos.
- ¡Vaya! Esta sí que es una novedad. Siempre quise conocer a un árabe. Ahora me explico tus ojos de almendra y tus labios carnosos ¿te quieres casar conmigo?

Salté asustado ¿casarme? Sólo había sido una aventura, no puedo negar que maravillosa, pero eso no significaba que tuviera que casarme. Ella se rió.

- No te asustes, era sólo un chiste de mal gusto.

².* la casada infiel. Federico García Lorca

En Cuba conocí algunas mujeres, pero ninguna como Beatriz. Alta y esbelta, podía ser una modelo en la mejor pasarela de París. Años después, cuando me había fugado de todas mis pesadillas y estaba construyendo otras, y vivía en Miami casado con una portorriqueña maravillosa que me dio dos hijos y me ayudó a rearmar mi vida, descubrí su fotografía en una revista de modas. El corazón me dio un salto y sentí unos deseos locos de volverla a ver. ¿Cómo olvidarte, Beatriz? ¿En qué momento te escapaste del paraíso para entrar al mundo de la moda? Recordé esa noche maravillosa que es aún mejor en los recuerdos, cuando nos envuelve una ola de nostalgia por los años locos de la juventud perdida, cuando la vida se ofrece entera y no pensamos en la vejez ni en la muerte. Esa fotografía me llevó de regreso a tantos momentos casi olvidados. Después de recortarla, la guardé entre las páginas de un libro.

Beatriz regresó a su trabajo, yo a la espera, nada sabía y eso me mantenía con los nervios tensos, mi tía me miraba con el ceño fruncido y me preguntaba a cada rato cuando volvería a Santa Cruz, yo la evadía, no sabía qué contestar.

Las cosas se precipitaron y tres días después me avisó que un grupo de funcionarios de la Embajada debían regresar a Cuba y que ella estaba en la nómina.

- Debemos regresar. El 6 de Enero de 1959 se anularon todos los pasaportes diplomáticos expedidos anteriormente ¿te das cuenta? Soy una indocumentada. Podría pedir asilo político ¿Qué te parece?
- ¿Asilo político? No seas idiota ¿alguien te persigue? – contesté de mal modo.
- No lo sé – contestó con la mirada perdida – el tiempo lo dirá.

Descorazonado ante esta noticia, me dejé caer sobre una silla y clavé mis ojos en el rostro sonriente de Beatriz; mi viaje a Cuba parecía naufragar.

- ¿Qué pasa, chico, que me miras de esa manera? ¿Te parece muy alegre la noticia? Tenía esperanzas de llegar a La Habana y mira ahora, todos se van ¿para qué nos hicimos ilusiones?
- ¿Quién te dijo que no llegarías a La Habana? Tú y otros dos chilenos están en la nómina de seleccionados.

De un salto me puse de pie y abracé a Beatriz con tal fuerza que ella protestó.

- ¡ No seas loco! – exclamó - ¿Qué pretendes? No me dejas respirar.
- No sabes lo feliz que me haces, voy de inmediato a Santa Cruz en busca de mi ropa, despedirme de mis padres y ver a mis hijos por última vez.
- No hay tiempo, nos vamos mañana – dijo Beatriz – con lo que tienes te basta, en Cuba no necesitarás nada más.

Me fui de Chile sin decir adiós, como un bandido, con la irresponsabilidad de siempre, sin pensar en lo que dejaba atrás, dispuesto a no regresar a esa vida lenta y aburrida, con la alegría del que parte a cumplir sus sueños, sin una punzada de dolor ni remordimiento por dejar atrás a mis hijos que no vería crecer. Pero no me importaba, ellos estaban seguros con mis padres, yo era sólo un estorbo en sus vidas.

Viajamos rumbo a Panamá junto a dos chilenos y cuatro funcionarios. Los chilenos estábamos entusiasmados y durante el largo vuelo, no cesamos de hablar y hacer planes, parecíamos tres enamorados que corrían al encuentro de esa amada desconocida, hecha de sueños, fulgurante como el medio día, que estaba dispuesta a cobijarnos entre sus brazos de seda, refrescarnos con el agua del paraíso y adormecernos a la sombra de sus palmeras. En cambio, los funcionarios cubanos que nos acompañaban, estaban silenciosos y pensativos, sólo Beatriz compartía con nosotros, sonriendo lejana, con una sombra de preocupación en sus ojos; me senté a su lado y tomé su mano.

- ¿Qué pasa Beatriz? Veo el miedo en tu rostro.
- Estoy preocupada, no sé lo que me espera en La Habana. No olvides que estuve en una Embajada nombrada por Batista.
- ¿Qué podrían hacer? Tú no eres culpable de nada.
- Sí, soy culpable de guardar silencio, de no pensar, de creer que todo estaba bien, y eso es peor que disparar un arma. Ahora ha ocurrido un terremoto y tenemos miedo que los escombros nos caigan encima.
- Toda revolución es un terremoto, sólo hay que saber esquivarlo, en Chile tenemos experiencia.

- ¿Sabes lo que dijo Fidel en su discurso? Que la tiranía había sido derrotada, que aún quedaba mucho por hacer, que no quería engañar al pueblo

ofreciendo falsas ilusiones. A pesar de que mi país ha vivido siempre de promesas que no se cumplen, eso me tranquiliza, quizás esta vez todo lo que se ha prometido sea verdad y logremos una verdadera democracia.

En Panamá esperamos dos horas la combinación a la isla, tiempo que pasamos sentados en un restaurante comiendo y bebiendo cerveza, mientras Beatriz y los otros se aislaron en un rincón; creo que estaban temerosos. En las revoluciones siempre mueren los inocentes y ellos lo eran. Hasta ese momento las cosas no estaban claras del todo y en la confusión, cada uno trataba de protegerse.

Cuando el avión sobrevoló la ciudad, nos agolpamos en las ventanillas para ver como el mar estrellaba sus olas contra el malecón lleno de personas que caminaban disfrutando la brisa de la tarde. Sentí deseos de gritar y hacer señas para que todos supieran que otro revolucionario estaba llegando. Nos recibió un funcionario que, para estar a la moda, se había dejado crecer la barba y que dirigía un comité encargado de distribuir los trabajos entre las personas que llegaban del extranjero. No pudimos conocer la ciudad pues nos subieron a un camión que nos llevó lejos. Apenas tuve tiempo de despedirme de Beatriz. Desgraciadamente, nunca la volví a ver. Sólo un mes después pude escribir a mis padres para comunicarles que estaba en La Habana, rogándoles cuidaran a mis hijos y prometiendo enviar dinero para sus gastos apenas pudiera, cosa que no hice jamás.

Bacuranao nos llenó de entusiasmo, era una preciosa playa rodeada de palmeras y ocultos senderos llenos de plátanos y mangos cargados de fruta; un trinar constante de pájaros me hacía pensar en el paraíso y sólo deseaba deambular entre los matorrales para espantar las garzas y tenderme bajo las acacias para respirar el aire del mar.

Nos alojaron en unos barracones inmensos, con hileras de angostas camas cubiertas con mosquiteros. Formábamos un grupo bastante heterogéneo. Tres mexicanos que no paraban de hablar en todo el día, un dominicano, que por contraste, prefería guardar silencio, cuatro peruanos que se mostraron poco amistosos al saber que éramos chilenos y diez cubanos de no más de dieciocho años que tenían el ritmo metido en el cuerpo pues todo era un pretexto para cantar y bailar, y nosotros, los tres chilenos que, dispuestos a mimetizarnos, cantábamos y bailábamos junto con ellos. Nos despertaban a las seis de la mañana para salir a trotar por la playa y después de un chapuzón, regresábamos para tomar desayuno. Durante el día hacíamos algunos ejercicios y en las tardes no nos preocupábamos más que de pasarlo bien. Nuestro monitor parecía no tener apuro y los mojitos corrían entre nosotros como el agua. Algunas tardes los cubanos se escapaban para zambullirse en las tibias aguas y caminar por la arena, yo me escapaba con ellos, pensando hasta cuándo estaríamos relegados en ese lugar sin que nadie nos diera un trabajo.

Un día dejé atrás a mis amigos que insistían en chapotear entre las olas y me alejé más de lo acostumbrado; en un recodo de la playa divisé un bohío casi oculto entre la exuberante vegetación. Tenía algo de dinero en el bolsillo y pensé en comer pescado para olvidarme del sabor de los chícharos que nos daban todos los días. La música atronaba en la desvencijada cabaña, espantando a un grupo de grullas que alzaron el vuelo, escapando a mi paso. Una morena rolliza y de ensortijado cabello, que gesticulaba al hablar mientras su cuerpo parecía bailar al ritmo de sus palabras, se acercó para preguntarme qué quería.

- ¿Tienes alguna clase de pescado?

Ella agitó sus enormes pechos frente a mis ojos y bajando la voz, susurró a mi oído.

- De tener, tenemos, pero ¡uf! es mejor que no lo pida, ese pez aguja lleva tres días muerto y no ha querido resucitar – su risa de trueno estremeció los muros de cañas, como si estuviera festejando el mejor chiste del año, mientras se dejaba caer en una silla a mi lado - ¿Tú eres uno de esos chicos asilados en Bacuranao ¿Verdad?

- Si ¿Acaso soy el primero en llegar por estos lados?

- No, pero el más simpático ¡y esa boquita! Hum...promete ¿De dónde eres?

- De Chile.

- ¿Qué es eso? ¿Un picante?

- No seas loca, Chile es mi país ¿Acaso nunca lo habías oído nombrar?

- No me hagas caso – exclamó alzando los brazos – no tengo idea de geografía, y tampoco me importa, soy feliz así, ignorándolo todo, además, soy una loca que no sabe lo que dice. Me llamo Lucrecia Lucía y te recomiendo una sopa de

mariscos, eso te dará fuerzas ¿Qué te parece que después nos encontremos bajo esas acacias para que yo te dé el postre?

Parecía un personaje escapado de un libro de fantasía y era dueña de una encantadora vulgaridad que la hacía irresistible. Me sorprendió la facilidad con que me ofrecía sus encantos; no era la Eva que esperaba encontrar en ese paraíso, pero tampoco estaba tan mal y como hacía tanto tiempo que vivía en abstinencia, me dejé seducir.

El sol estaba declinando cuando salí de entre los matorrales para correr hacia el campamento. El encargado me recibió de mala manera, con cara de enojo y voz de trueno gritó la pregunta.

- ¿Dónde coño estabas metido?

Lo miré más sorprendido que molesto.

- ¿Acaso estamos presos en este sitio? – pregunté – si es así, podrías haberlo dicho; salí a caminar por la playa y me quedé dormido a la sombra de las palmeras ¿Cuál es el problema, chico?

- La próxima vez te mando de regreso a La Habana, y de ahí, a tu país ¿Has entendido?

- Sería estupendo, me muero de ganas de conocer la capital, quizás allá puede encontrar algún funcionario inteligente que me diga qué hacer.

Nos medimos con la mirada, él furioso por mi respuesta y yo desafiante.

Afortunadamente nunca pudo cumplir su amenaza; llegué a La Habana en contra de sus deseos y por razones ajenas a mi voluntad.

Alrededor de la media noche desperté sobresaltado, mi estómago era un volcán en erupción y mis pobres tripas se retorcían como serpientes en un caldero, las náuseas me obligaron a salir y apoyado en un árbol, vomité hasta el alma. No sabía lo que me pasaba pues nunca había sentido nada parecido: la cabeza me daba vueltas y miles de putitos luminosos bailaban frente a mis ojos, estaba a punto de perder el conocimiento y mi cuerpo temblaba y un sudor frío me cubría por completo. Durante largo rato permanecí arrodillado bajo el árbol; no tenía fuerzas para ponerme de pie y opté por reclinarme sobre el tronco donde me quedé dormido; desperté con una fuerte picazón en mi pierna, al rascarme me di cuenta que estaba lleno de hormigas, de un salto me puse de pie y las sacudí, pero habían invadido todo mi cuerpo; desesperado, me despojé de mi ropa, lanzándola lejos y casi sin darme cuenta de lo que hacía, me arrastré hasta una de las duchas que habían al aire libre y dejé que el agua me librara de ellas; luego me apoyé en uno de los postes para no caer, el esfuerzo me produjo un mareo y la tierra giró a mi alrededor durante algunos segundos; volví a vomitar, no podía parar y me preguntaba hasta cuándo. No entendía, jamás había sentido nada parecido, ni siquiera en la peor de las borracheras, no podía mantenerme de pie y me dejé caer sobre el charco de agua que se había formado a mis pies, donde permanecí largo rato sin atinar a levantarme. A trastabillones regresé al dormitorio: estaba desnudo, mojado y sucio pero no me daba cuenta de ello, las camas se diluían ante mis ojos y todo giraba, yo giraba y debía hacer un esfuerzo para mantenerme de pie; el techo amenazaba con desplomarse mientras mis débiles piernas trataban infructuosamente de sostenerme. Quise pedir ayuda, pero la voz se negaba a salir de mi garganta y sólo pude emitir dolientes quejidos. Todos dormían y nuestro guardia brillaba por su ausencia, nadie podía socorrerme. Con pasos vacilantes me dirigí a mi cama chocando con todo lo que se cruzaba en mi camino, pero no alcancé a llegar, un fuerte vahído me obligó a afirmarme en uno de los postes y volví a vomitar, provocando que algunos despertaran y comenzaran a protestar. Uno de ellos gritó, llamando al encargado. En ese momento me desmayé.

Por momentos regresaba mi conciencia para volver a sumergirme en un sopor frío que parecía de muerte. Me daba cuenta que iba en un vehículo, pero no sabía a dónde me llevaban, nada me importaba, sólo deseaba librarme de esa sensación de angustia que me oprimía y de las náuseas que no me abandonaban.

En el hospital me hicieron un lavado de estómago que, a pesar de estar casi inconsciente, fue un martirio que me impedía respirar; creo que gritaba pidiendo cesaran de introducirme agua con una manguera por mi garganta. Luego me aplicaron suero. Ya casi

no me daba cuenta y me entregué como si esa fuese la última noche de mi vida. En medio de mis pesadillas veía a Lucrecia Lucía bailando desnuda, riendo, con un plato de mariscos en la mano y en la otra un pescado nauseabundo. Desperté al atardecer del otro día en una

amplia sala rodeado de camas donde gemían algunos enfermos. Me dolía todo el cuerpo como si me hubiesen dado una paliza. La piel de mi estómago estaba enrojecida y tan delicada que me producía dolor el roce de la ropa, mientras mi pobre garganta no soportaba ni siquiera el paso de la saliva; traté de hablar, pero las palabras no podían salir por ese congestionado camino. Cerré los ojos y traté de olvidar mis dolores para pensar en lo que había sucedido. No tenía dudas de que la sopa de mariscos era la culpable, con seguridad estaban tan añejos como los pecados y a pesar de la cocción, mi estómago no los pudo soportar. Esperé la llegada del doctor para que confirmara mi propio diagnóstico.

Al otro día apareció el médico. Era un hombre alto; su cabello blanco le daba un aire distinguido y su manera de hablar delataba al español. Me saludó sonriendo

- Has sufrido una fuerte intoxicación que afortunadamente controlamos a tiempo ¿Qué diablos comiste?
- Una sopa de mariscos – respondí mientras mi estómago parecía sublevarse a la sola mención de la comida.
- Aquí no puedes comer en cualquier parte. Pon mucha atención, chico, la próxima vez te mueres.

Después de darle algunas indicaciones a la enfermera, siguió visitando a los otros enfermos. Al terminar su ronda, regresó a mi lado.

- Tú no eres cubano, pero no reconozco tu acento ¿De dónde eres?
- De Chile.
- ¿Y qué diablos haces en Cuba?
- Vine a defender la revolución – respondí orgulloso.

Me miró como si esa afirmación fuese una estupidez. En ese momento pensé que él no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo.

- ¡Vaya, vaya con el revolucionario este! Casi te mueres antes de empezar tu revolución, pero no te desanimes, ya tendrás tiempo. También en España tuvimos una revolución.
- Sí, pero no fue revolución, fue una guerra civil ¿Usted escapó a tiempo?
- Sí, chico, vivo en La Habana desde hace veinte años, de español me queda sólo la forma de hablar. Como puedes ver, la vida me sigue haciendo jugarretas, me escapé de Franco para caer con Batista, quizás qué nos espera ahora.
- ¿Acaso no tiene confianza en Fidel?
- Hijo, Fidel está en lo suyo y yo en lo mío, espero que no nos importunemos mutuamente.

Sonrió, hizo un gesto con su mano que parecía un saludo militar, yo también sonreí, y esa sonrisa tendió un puente por el cual ambos pasamos; sentí que tenía un amigo y ese sentimiento me hizo feliz. Entre nosotros se produjo una fuerte empatía, durante los tres días que estuve hospitalizado, me visitaba a diario para controlar mi mejoría y conversar. Estaba lleno de nostalgias. España era su tema favorito y yo lo escuchaba con atención. Había encontrado en mí a un interlocutor confiable que no hacía preguntas, que sólo escuchaba. Sin saber por qué, ambos abrimos nuestros corazones. Hablé de Chile, de mis hijos y mis padres, de todas las cosas buenas que había vivido, pero omití mis pecados, olvidé mencionar a Laura y preferí no hablar de la forma en que me procuraba dinero. Suponía que ese Salvador desquiciado había quedado atrás y no valía la pena recordarlo; estaba borrando con una esponja, húmeda en nostalgias, mi vida anterior, para escribir nuevas vivencias que esperaba fueran diferentes. Comenzaba, lleno de optimismo, a mirar hacia el futuro. Nos dimos cuenta de que éramos un par de exiliados y esa sensación de expatriados se convirtió en un lazo de unión.

La cantarina voz de una mujer interrumpió nuestro coloquio. La señora Dora Maya ingresó como de costumbre para dar órdenes a las enfermeras y a conversar con los pacientes. A diario recorría las salas repartiendo alegría y dándoles esperanza a los enfermos, que esperaban su llegada con el mismo entusiasmo con que yo la aguardaba. Era una mujer menuda, graciosa, de cuerpo exuberante y redondeado, daba la impresión de que en cualquier momento se pondría a bailar. Todo parecía iluminarse con su sonrisa haciendo

olvidar nuestros dolores. Cuando daba las órdenes a otras enfermeras o cuando estaba conversando, parecía que una bandada de canarios estuviese trinando; me producía felicidad verla llegar llenando el espacio con su voz de pájaro; pensé en lo afortunado que

yo sería si algún día llegaba a conocer una mujer como ella. Para mi sorpresa, el doctor Díaz le dio un beso en la mejilla.

- ¿Conoce a mi esposa? Dora, este es el chico del que te hablé, es chileno y le encantan los mariscos.
- No diga eso, doctor, desde ahora los detesto. Perdón, señora Dora, no sabía que estaba casada con el doctor.
- No tenías por qué saberlo, aquí soy sólo la enfermera jefa; Vicente me habló de ti ¿Así que quieres trabajar para la revolución?
- Eso espero.
- Bueno, chico, yo también espero que tus sueños se realicen y la revolución no te haga una zancadilla, te dejo en buenas manos, tengo que seguir con mi inspección.

Sus palabras me preocuparon ¿qué había querido decir con eso de la zancadilla? El doctor Díaz le dio una severa mirada y ella agitó sus manos como quitándole importancia, y sin abandonar su displicente manera de actuar, se alejó de nuestro lado.

Cuando me dieron de alta me quedé pensando en cómo regresar a los barracones de Bacuranao, ignoraba que locomoción debía tomar, tampoco sabía si existían, me habían llevado en un camión del ejército y jamás había visto un vehículo en esa zona. Lo consulté con don Vicente.

- ¿Cómo se te ocurre? Eres capaz de ir a ese bohío en busca de otro plato de mariscos; voy a tener que denunciar a esa tal Lucrecia Lucía por estar envenenando a la gente. Puedes pasar unos días en mi casa hasta que te consigamos un buen trabajo.
- Pero doctor, si no regreso, me pueden reportar como desertor.
- ¿Desertor de qué? no eres militar, pero no te preocupes, yo tengo buenas amistades y cierta influencia, estoy seguro de conseguirte algo. Pero sería bueno que te contactaras con el Embajador de tu país, quizás él pueda ayudarte en alguna forma.

De ese modo se inició mi amistad con el doctor Vicente Díaz y la señora Dora Maya que, para bien o para mal, trazaron mi destino en la isla.

Tenían una preciosa casa en Miramar, zona residencial llena de mansiones que se estaban quedando vacías, ya que sus propietarios se fugaban a Miami como asilados políticos. Un amplio antejardín con un frondoso flamboyán cubierto de flores rojas que parecían incendiar el aire y jagüeyes de raíces retorcidas ocultaban la casa. En la parte trasera, rodeada de amplios prados, una terraza embaldosada donde se amontonaban varias tumbones cubiertas por toallas y una gran piscina de aguas azules. Entramos por un sendero rodeado de hibiscos y flores tropicales que llamaron mi atención; varios árboles de mangos marcaban el límite de la propiedad por un lado y por el otro, una cantidad indeterminada de plátanos, entre los cuales revoloteaban algunas bulliciosas cotorras. Pensé que en una casa como esa, nadie podría sentirse infeliz.

Me asignaron un cuarto en el segundo piso desde donde podía disfrutar de la hermosa vista a mi alrededor. Me acomodé en el marco de la ventana y dejé volar la imaginación. Nunca había soñado estar en esta situación tan confortable mientras mis compañeros seguían durmiendo en los barracones de Bacuranao. El sonido de una voz que cantaba suavemente llamó mi atención; no sabía de dónde venía y asomé medio cuerpo fuera de la ventana para descubrir a una joven con un vaporoso vestido blanco que la brisa agitaba suavemente, de cabellos castaño claro, casi rubios, caminando entre los árboles rumbo a la casa, acompañada de una muchacha negra, también vestida de blanco, que canturreaba junto a ella. Las ramas del flamboyán las ocultó durante un momento para luego reaparecer junto a la entrada.

La presencia de esa mujer joven me parecía un misterio. El doctor nunca me había hablado de otras personas y suponía que en esa mansión vivían solamente él y su esposa. Ahora descubriría a esa muchacha que deambulaba cantando por el jardín ¿Acaso era su hija? Yo era sólo un invitado por pocos días, mientras encontrara un trabajo y un lugar donde vivir y mi curiosidad me pareció fuera de lugar.

No sabía cómo comportarme; quería salir del cuarto, pero temía causar un problema con mi presencia. Me sentía preso y eso alteraba mis nervios. Di un par de vueltas por la habitación sin poder tomar una decisión, hasta que finalmente opté por acomodarme junto a la ventana, mirar los árboles y escuchar el bullicio de los pájaros que revoloteaban entre las

ramas, mientras mi mente divagaba en esas mil aventuras heroicas que pensaba vivir en la isla. Afortunadamente no tuve que esperar mucho tiempo, un golpe en la puerta me hizo levantar la cabeza y una voz de mujer me avisó que la comida estaba servida; tenía hambre y bajé rápidamente. Al pie de la escalera divisé a la muchacha que, absorta en su trabajo, no reparó en mi presencia, ponía semillas en una jaula llena de aves de hermosos colores rojo, verde y amarillo, que no había visto al llegar. Me detuve para mirarla, parecía muy joven y emanaba un aire virginal acentuado por sus blancas vestiduras. Descendí lentamente, casi levitando, silencioso, no quería sorprenderla, hasta quedar casi a su lado, ella se sobresaltó, dio una exclamación ahogada y dio un paso hacia atrás, alejándose de la jaula. Me detuve y sonreí tratando de calmar la agitación de mi corazón que parecía encabritado por su presencia, pero ella siguió retrocediendo, como si temiera ser agredida. Afortunadamente apareció la señora Dora, quien, dándose cuenta de la situación, tomó a la muchacha por la cintura.

- Hija, te presento a nuestro invitado. Salvador es chileno y viene a colaborar con la revolución.
- ¿Con la revolución? ¿Y qué tiene que ver usted con la revolución?
- Perdón, señorita, parece que la asustó mi presencia.
- No, sólo me desconcertó, no estoy acostumbrada a encontrar desconocidos en mi casa. Pero aún no responde a mi pregunta.
- La verdad, señorita, ni yo mismo lo sé.

Ella sonrió desconcertada y miró a su madre en busca de apoyo, parecía alterada a pesar de que trataba de aparentar calma. Yo estaba nervioso, no sabía dónde poner mis manos.

- Salvador – dijo doña Dora – ella es mi hija María Noema. Ahora que ya se conocen, espero que sean buenos amigos ¿Qué hacías hija? ¿Alimentando a los rosacolis? ¿Cuántas veces te he dicho que dejes eso en manos de la muchacha? A ella le gusta hacerlo, pero olvidémonos de las aves y mejor pasemos al comedor, a Vicente no le gusta esperar.

Mi presencia parecía haber perturbado la tranquilidad de ese hogar, todos se notaban tensos y la conversación caía en largos silencios. Finalmente, don Vicente, tratando de romper la tensión, me preguntó en qué me gustaría trabajar. No supe que contestar. Tenía la esperanza de hacer algo por la revolución, integrarme a algún comando especial, formar parte de los grupos que luchaban por transformar el país, y no en un trabajador anónimo. El me miraba esperando una respuesta.

- No sé, don Vicente. He venido a trabajar por la revolución y esperaba que el gobierno me asignara una tarea.
- Si eso es lo que quieres, me parece que te vas a quedar esperando. Han llegado demasiados extranjeros con deseos de cooperar, pero la verdad es que no tienen nada que hacer. Lo he conversado con Dora y te podemos ofrecer un trabajo en el hospital.
- ¿En el hospital? ¿Y qué podría hacer ahí? No sé nada de medicina ni primeros auxilios.
- No, chico, podrías trabajar en estadística, tenemos un par de muchachos en ese trabajo, pero no son muy eficaces, siempre extravían las carpetas, tú podrías aprender e integrarte, luego veremos si te podemos conseguir algo mejor. Así ganarías un dinerillo que te permita arrendar un cuarto. Dime ¿piensas ir a presentarte a tu embajada?
- ¿Usted cree que es conveniente que vaya?
- Siempre es conveniente, nadie sabe en qué momento puedes necesitar una ayuda, además, hasta puedes recibir noticias de tu familia a través de ellos.

Don Vicente tenía razón, visitaría mi embajada a la brevedad, pero me sentía descorazonado ¿Cómo era posible que hubiese viajado desde tan lejos para terminar sentado en una oficina haciendo un trabajo estúpido? Estaba mejor en Chile, con mi padre y mis hermanos, disfrutando las ricas comidas de mi madre, de la comodidad de mi casa y

el amor de mis hijos y sin depender de un jefe ni de un horario; una vez más maldije mi estupidez, mi falta de visión y ese empecinamiento que me impulsaba a cometer errores; al parecer no tenía otra expectativa y decidí aceptar. Total, lo importante era empezar en algo, quizás, en algún momento, la revolución me pudiera necesitar y entonces, todo cambiaría para mí.

- Está bien, don Vicente, pero le advierto que no soy muy bueno en ese tipo de trabajo.

Después del postre, pedí permiso y salí al jardín. Necesitaba respirar el aire de la noche y caminar entre los árboles para pensar en la estúpida decisión que había tomado; ya estaba arrepentido de mi viaje. Todos mis sueños épicos se habían desmoronado frente a una realidad que no me agradaba. María Noema salió tras mío.

- Me parece adivinar lo que siente. Usted quería luchar y Cuba no le está dando en el gusto.
- Tiene razón, señorita, me siento desilusionado.
- Las batallas terminaron, ahora comienza la cacería.
- ¿La cacería? ¿Qué quiere decir con eso?
- Se están llevando al paredón a los que apoyaban el antiguo régimen.
- ¿Al paredón? No sé lo qué es.
- Un sitio de fusilamiento ¿Acaso no lo sabía?
- No. Pensé que las persecuciones eran cosa del pasado.
- En Cuba, el pasado y el presente parecen ser la misma cosa. Desde que tengo uso de razón sólo he visto una revuelta tras otra. Cada nuevo régimen acusa de traidores a los que se han ido y los conflictos no terminan nunca. Mi padre dice que a Gerardo Machado lo botaron por tirano, pero llegó Batista, que fue peor ¿ No le parece que la historia se está repitiendo en forma peligrosa? En este momento tenemos a Fidel y Cuba, nuevamente, está llena de traidores.
- No sé qué decir, pero me doy cuenta que el temor de los funcionarios cubanos de la Embajada en Chile no era infundado.
- Sí, en todas las Embajadas pasó lo mismo. Tenían miedo y usted sabe, el miedo es contagioso y es mal consejero.

Caminamos hasta una glorieta cubierta por buganvillas y nos sentamos en silencio. La luz de la piscina iluminaba la noche y la brisa agitaba las hojas de los árboles, María Noema me miraba en silencio, era como una aparición en medio de la penumbra.

- Aquí me siento todas las tardes a leer, me gusta el silencio.
- También a mí me gusta el silencio – mentí, quería tender un puente entre los dos y pensé que era la única forma – en Chile hacía lo mismo – seguí mintiendo - pero ¿no le molesta el bullicio de los pájaros?
- No los escucho, son como las voces del silencio, sin ellos, mi silencio no sería completo.

Nunca había pensado en eso, me gustaron sus palabras: “las voces del silencio” la miré deseando que siguiera hablando, sus palabras eran nuevas, diferentes, estaban llenas de esa sabiduría innata, que no se aprende, que nace del corazón y de la que yo carecía. Cerré los ojos y me recliné en mi asiento, una brisa suave bailó a mi alrededor y sentí deseos de tenerla en mis brazos, de besarla. Era tan bella, tan dulce, tan frágil, que parecía un pecado mi pensamiento. El miedo a traicionar lo que estaba sintiendo me hizo reaccionar, me puse de pie y caminé alrededor de la piscina; ella me miraba sin decir nada. La brisa de la noche y el aroma de las plantas, más la suave figura de María Noema, sentada lánguidamente bajo una cascada de flores rojas, hacía latir mi corazón. Ella me gustaba y ese sentimiento me parecía una deslealtad a la confianza de mis anfitriones, por lo tanto opté por disculparme para regresar a la casa, pero en ese momento el revoloteo de un pájaro entre las ramas de la enredadera me detuvo. Un maravilloso trino llenó el aire y me quedé en silencio. Nunca había escuchado nada semejante.

- Es un sinsonte – dijo – un pájaro muy divertido, imita todos los cantos, creo que hasta se ha olvidado de su propia voz. Es maravilloso ¿verdad?
- Verdad – dije mientras cortaba una florida rama de buganvilla.

Ella estiró su mano y cogió la rama mientras sonreía.

- ¿La cortó para mí?
- Sí – murmuré con la voz entrecortada.

No sabía qué hacer, María Noema me desconcertaba; su aspecto de virgen renacentista resultaba anacrónica en medio del trópico, pero al mismo tiempo emanaba una sensualidad dulce, callada, que invitaba al beso. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. No podía quedarme. Ya tendría tiempo de escuchar a todos los pájaros de Cuba y de cortar todas las ramas de buganvillas que encontrara en mi camino, pero si permanecía más tiempo a su lado, envuelto en la fragancia de la noche y arrullado por los trinos del sinsonte, terminaría por besarla, y eso, a pesar de desearlo, no lo podía hacer.

Encerrado en mi cuarto dejé pasar las horas; no podía dormir, el recuerdo de María Noema me tenía alterado, recordaba sus ojos serenos y la dulzura de su sonrisa, el perfume de su cuerpo joven y el sonido de su voz. Estaba seguro de que yo no le era indiferente, ¿Por qué salió tras de mí? ¿Sólo curiosidad? Me daba cuenta de que estaba tejiendo sueños sin sentido, inventándome un romance inexistente. Quizás había sido sólo una gentileza para hacerme sentir bienvenido.

También estaba inquieto por mi destino, me daba cuenta de que Cuba no tenía nada que ofrecerme y si optaba por quedarme, tendría una vida sin futuro, pero María Noema me hacía olvidar los temores. En ese momento comencé a enamorarme de ella, sin pensar que era sólo una niña de diecisiete años.

Dos días después llegué hasta la Embajada de Chile, me sorprendió verla rodeada de militares que se interponían en mi camino, impidiéndome llegar. No sabía qué pasaba, un oficial me gritó que me retirara.

- Disculpe, señor, soy chileno y quiero visitar al señor Embajador.

Me miró receloso, por mi forma de hablar se dio cuenta de que no era cubano.

- ¿Qué quiere hacer en la Embajada?

- Nada en especial, sólo saludar al señor Embajador y comunicarle que he llegado a Cuba. ¿Qué sucede que tienen la Embajada tan cercada?

- Para evitar que se asilen los del antiguo régimen, su Embajada está llena de traidores a la patria.

Fue una sorpresa. La Embajada estaba llena de personas esperando un salvoconducto para abandonar el país. Que fácil era tildar de traidores a los que pensaban de otra manera ¿cómo me recibirían en la Embajada cuando supieran que también yo estaba con la Revolución? Me abrí paso entre ellos y pedí hablar con el Embajador. El portero me miró interrogante.

- Don Emilio Edwards Bello está muy ocupado tratando de conseguir salvoconductos para todas estas personas ¿no se da cuenta de cómo estamos?

- Sí, pero no me demoraría mucho, sólo quiero que él sepa de que estoy aquí, en La Habana, dispuesto a luchar por la Revolución.

- ¿Luchar por la Revolución? Usted está loco, joven, mire toda la gente que se quiere ir y usted pretende quedarse. Le doy un consejo. Regrese a Chile, aquí no tiene nada que hacer.

No estaba dispuesto a dejar la Embajada sin antes ver al señor Edwards, por lo tanto me instalé en una de las salas esperando la oportunidad. Mi paciencia tuvo éxito pues en un momento él pasó cerca de mí. Yo no sabía quién era, pero uno de los funcionarios lo saludó, me puse de pie y corrí tras él.

- Don Emilio, perdone que lo moleste, soy chileno, sólo quería presentarme y que usted supiese que estoy en La Habana desde hace un tiempo, voy a trabajar en el hospital a las órdenes del doctor Vicente Díaz.

- Bueno, joven, me alegro, deje sus datos con la secretaria para poderlo ubicar en caso que sea necesario, pero discúlpeme, estoy muy ocupado.

Se despidió sin prestarme mayor atención; realmente estaba ocupado y mi presencia no significaba gran cosa. Salió al jardín acercándose a un grupo que conversaba animadamente; todos se volvieron hacia el señor Embajador con el rostro inquieto; intrigado, me acerqué a una muchacha que atendía tras un mesón para preguntarle quienes eran esas personas.

- Aquel señor que habla con don Emilio es el ex Ministro de Defensa, don Miguel Angel Campo y el que está a su lado es don Anselmo Alliegro, ex Presidente del Senado.

- ¿Y qué hacen aquí esas personas tan importantes?

- Eran importantes, ahora son prófugos del sistema. Mire a su alrededor, todos han sido personeros del antiguo gobierno. Aquel es don Rafael Guas Inclán, el antiguo Vicepresidente de la República y los otros son senadores, ministros y gobernadores, todos esperando un salvoconducto para viajar a Chile.

No podía creer lo que estaba viendo. El mundo estaba al revés. Los cubanos luchando por escapar del país y yo tratando de integrarme. Me desplazé entre ellos para escuchar sus conversaciones, pero guardaban silencio apenas me acercaba. Desde la calle

llegaban gritos de manifestantes que insultaban a los asilados y que me hacían temer que se produjera un asalto para arrastrarlos al paredón.

- No tema, joven – me tranquilizó la secretaria – estamos bajo la protección de los militares que impedirán cualquier asalto. Además, no se puede violar el derecho internacional. Este lugar es parte de Chile.

Confieso que estaba perplejo; recorrí varias salas sin que nadie se preocupara por mi presencia, pude constatar que los asilados no sólo eran antiguos políticos, sino que además mujeres y niños que nada tenían que ver con ideas revolucionarias. Me sentí cansado, no sé si por la tensión nerviosa o por todo el tiempo que pasé caminando de un lado para el otro y me dejé caer sobre la primera silla vacía que encontré. Un deseo de orar me invadió repentinamente, como si necesitara reconciliarme con Dios frente a ese drama que estaba frente a mis ojos. Yo no era culpable de tantos dolores, pero sin saber por qué, sentía que en cierto modo también yo era responsable, junté las manos y bajé mi cabeza, tenía el alma llena de angustia y los ojos ardían de lágrimas que luchaban por salir. Pensaba en Chile, y ese pensamiento era como una espina clavada en mi corazón, también en María Noema, su recuerdo dulcificaba mi preocupación. No sé cuánto tiempo estuve sumergido en mi mismo; una mano se posó sobre mi hombro y una voz lejana dijo algo que no comprendí, alcé la cabeza y lo miré, era un hombre mayor que me contemplaba en silencio, quizás esperando una respuesta a sus palabras. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando, seguramente me había confundido con otro asilado y pretendía darme consuelo. Sentí deseos de escapar. Me puse de pie y salí al patio buscando la salida, quería correr lejos, ese no era mi lugar, pero recordé que debía dejar mis datos con la secretaria y regresé. Ella me lanzó una sonrisa que disipó el peso que sentía en mi corazón; también sonreí, entre nosotros se tendió un puente de comprensión, como si ella hubiese adivinado el desequilibrio de mi mente.

- Tranquilo muchacho, lo veo alterado – dijo – a todos les pasa lo mismo, la tensión nerviosa desmorona a cualquiera. Yo me iré pronto, lo que veo a diario es muy fuerte y me hace infeliz ¿no le gustaría regresar a Chile?
- Todavía no, acabo de llegar, a usted le parecerá estúpida mi respuesta, pero tengo fe en la revolución.

Me miró en silencio, movió la cabeza como si mi respuesta fuese una locura, cogió un lápiz y anotó mi nombre y mi dirección en un cuaderno. Después abandoné la Embajada, no tenía nada que hacer en ese lugar.

Al otro día inicié mi trabajo en el Hospital.

Cuando Aracelis y yo iniciamos nuestro viaje, hicimos escala en México donde visité nuestras oficinas como una forma de distraer la atención sobre mi destino final y dejar en claro que, como parte de mis vacaciones, pasaría unos días en Acapulco y un par de semanas recorriendo el país; de ese modo esperaba que se perdieran mis huellas. No quería que mis jefes se enteraran que visitaría Cuba. A pesar de tener una visa que me permitía la entrada, confieso que tenía miedo, quizás mi nombre aún figurase en la lista de la policía como desertor del sistema, pero afortunadamente me habían dado por muerto durante el ataque a nuestro bote y en el mejor de los casos, se habían olvidado de mi.

El sistema hotelero instaurado por los españoles y franceses le está dando un nuevo rostro a la ciudad, tornándola más cosmopolita, llenándola de europeos y de paso, despertando el interés de los cubanos por saber cómo es el mundo más allá de sus fronteras. Descubro que los años no han pasado en vano. Encuentro una ciudad congelada en el tiempo, pegada en los años cincuenta, con una movilización deficiente y una pobreza heroica que trata de sobrevivir; las viejas casas, a pesar de la ayuda internacional para su restauración, se están desintegrando, cayendo a pedazos, como castillos de arena en una playa inhóspita, mientras las colapsadas alcantarillas vacían su contenido en las veredas.

Deambulo por calle Muralla, donde viví en un comienzo, para constatar que ya no quedan muros intactos ni balcones seguros. Camino oliendo las nauseabundas emanaciones de las cloacas, escuchando las mismas voces estridentes de antaño; las conversaciones a gritos desde una ventana a la otra, la música a todo volumen y a esos viejos despatarrados que, sentados en la puerta de sus casas, miran indiferentes como la vida pasa sin que ellos puedan hacer nada. A nuestro paso, los niños corren tras una pelota y se cruzan jugando, muchos nos saludan alzando su mano y gritando palabras que no entiendo del todo; con los años he olvidado el ritmo de esas voces y tengo que hacer un esfuerzo para recordar algunos vocablos. Algunos adultos nos palmotean la espalda y otros quieren conversar,

saber de dónde somos y de paso contarnos sus historias tristes para luego pedir una moneda – gracias, hermano – exclaman antes de alejarse, dejando atrás el olor a su miseria, la precariedad de sus vidas y ese dolor apagado con canciones y alegrías que la adversidad no ha logrado matar y esas risas me llevan de regreso a la época en que también yo reía y me di cuenta que esa facilidad para enfrentar la adversidad, había desaparecido de mi alma.

Aún deslumbrados con la magnificencia del Palacio del Capitán General, convertido en museo, atravesamos la calle pavimentada con viejos adoquines de madera para sentarnos a la sombra de los árboles de la Plaza de Armas que logra rescatarnos de la canícula del medio día. Aracelis se relaja sobre el mármol de los asientos y respira la brisa que nos envuelve. Un grupo de músicos hace sonar sus instrumentos para que una comparsa de actores, vestidos con llamativos trajes y encaramados sobre altos zancos, cantan y bailan con envidiable agilidad; algunas muchachas, vestidas de la misma manera y con una pandereta en la mano, circulan repartiendo sonrisas y alegría, mientras piden dinero. Nos acercamos para verlos de cerca mientras un grupo niños nos empuja para pasar y correr alrededor de ellos, mezclándose como si formaran parte del grupo, colgándose de los zancos sin pensar en el peligro que puede correr el hombre que los usa. A la distancia, un par de viejas sentadas en los portales y vestidas con trajes típicos, fingen fumar unos tremendos habanos para ser fotografiadas y recibir algunos pesos. Los turistas se aglomeran y algo molestos por los empujones, optamos por caminar de regreso, pero al girar, tropezamos con una mujer que llora abrazada a un niño. Aracelis da una exclamación y se acerca a ella.

- Perdón, señora, lo siento mucho, no la vi ¿le hice daño?
- No, soy yo la culpable, estoy tan angustiada que no sé por dónde camino.

La mujer abraza al pequeño que sigue llorando, lo besa en las mejillas mientras lo acurruca contra su pecho.

- No llores, mi amor, ya verás que todo tiene solución.

Vuelvo la cabeza para mirarla; ella no aparenta más de cuarenta años y el muchachito me parece de nueve o diez. Aracelis insiste.

- Disculpe, señora ¿Qué le pasa al pequeño?
- Está enfermo. El médico dijo que padece de insuficiencia renal y necesita un tratamiento. Desgraciadamente no tenemos el dinero.
- Pero tengo entendido que el gobierno les proporciona medicina gratuita.
- Sí, es verdad, pero a causa del bloqueo a que estamos sometidos, el hospital carece de lo necesario y la lista de espera es interminable; necesito encargarlo a Miami.

Aracelis me mira con el rostro angustiado.

- ¿Podemos hacer algo por él? Es sólo un niño ¿Le doy cien dólares?

No estaba seguro de que esa historia fuese verdadera, mucha gente nos había relatado historias tristes para pedirnos dinero. ¿Y si el niño realmente estaba enfermo? Me dio vergüenza y miré sus ropas raídas, sus zapatos gastados, la angustia en sus ojos que ya había visto en otros rostros que pretendían mostrarse alegres mientras cantaban para nuestra diversión. Cien dólares no era mucho, pero para esa mujer era una fortuna y quizás le alcanzara para la medicina. Abrí mi billetera y saqué el dinero, pero no quise ser yo quien se lo entregara. Aracelis se acercó al muchacho, lo besó en la frente y puso el billete en manos de su madre. Yo volví la cabeza hacia otro lado, no quería que ella viera la emoción en mis ojos.

- Esto es para usted – murmuró Aracelis – no es mucho, pero de algo le servirá ¿verdad?

Un rayo de luz cruzó por sus ojos llorosos mientras Aracelis y yo nos alejábamos rápidamente.

La Plaza Vieja, rodeada por restauradas casas, se abre ante mis ojos como una gaveta llena de recuerdos y la memoria comienza a funcionar cual cámara de cine, trayendo esos momentos que creía olvidados, regresando al pasado, reconstruyendo muros deteriorados, imágenes perdidas, sabores olvidados, escenas cotidianas deshinchadas en el tiempo, embriagando la memoria con la nostalgia de esa juventud que fue quedando atrás casi sin darme cuenta. Algunos niños juegan con sus perros mientras un par de mujeres coquetean con los turistas instalados en las mesas del restaurante, lanzando sonrisas y contoneando sus cuerpos, esperando ser invitadas. Me doy cuenta de que, a pesar de la prohibición, la prostitución ha tomado una nueva forma. Un pequeño grupo de músicos callejeros circula entre las mesas tocando sus instrumentos y entonando boleros para luego

pedir una propina; no eran hombres jóvenes, el cansancio de sus cuerpos acusaban los años y las canas adornaban sus cabezas, pero sus voces eran jóvenes, llenas de vida, transmitían la dulzura de esas letras, casi todas llenas de amor y nostalgias. Estaba seguro de que en su juventud habían conocido tiempos mejores y que los avatares de la revolución los habían llevado a ese estado lastimoso en que se encontraba todo el pueblo.

Las canciones no me eran desconocidas y comienzo a canturrearlas suavemente tal como lo hacíamos antaño junto a esos amigos que el tiempo se llevó. Me acerco a los músicos para saludarlos, quizás sean los mismos con los que cantaba en mi juventud, también el tiempo ha pasado para ellos; me miran con sorpresa, como preguntándose de dónde había salido este gringo deschavetado, pero luego de palmotearles las espaldas y explicarles que de gringo tengo sólo el acento, pero que soy un sudamericano medio loco que quiere cantar con ellos, rasgúan nuevamente sus guitarras mientras sonrían burlones.

- Bueno, si quiere cantar no se lo podemos impedir, espero que no espante a los clientes ¿conoce este bolero?

“Voy, por la vereda tropical, la noche llena de quietud, con su perfume de humedad” .

Comienzo a cantar, tímidamente primero, para luego lanzar todo el chorro de mi voz; me miran sorprendidos (también yo lo estaba) el más viejo pasa su brazo por mi cintura en un abrazo emocionado.

- Vamos, hermano, eso me gusta, al fin un hombre que se atreve a cantar con nosotros ¿Dónde aprendió?
- Aquí, en La Habana, me gustan los boleros, forman parte de una época de mi vida. Incluso pienso que en más de una oportunidad cantamos juntos.
- Es muy probable, hemos cantado con tanta gente ¿Usted es cubano?
- Casi, viví aquí hace años, al comienzo de la Revolución.
- La Revolución, hermano ¡hay! La Revolución – murmuró dando un largo suspiro - trajo muchas cosas, hermano, pero se llevó otras ¿verdad? Usted lo sabe. Ahora nada es igual, hasta la música fue cambiando, nadie conoce estas canciones, es rico encontrar alguien que las cante. Pero vamos, hermano, siéntese junto a su esposa y pida un mojito, que aquí los preparan muy buenos, no vaya a ser cosa que lo confundan nosotros y nos quite la propina.

Nos instalamos en una de las mesas de la Taberna de La Muralla y pedí un mojito para Aracelis y otros para los cuatro músicos, que aplauden mi iniciativa; mi esposa quería conocer su sabor y lo bebe lentamente mientras los guitarristas no se despegan de nuestro lado e insisten en pedirme que los acompañe; no tienen necesidad de hacerlo, me sentía tan a gusto, con el mismo entusiasmo con que cantaba junto a María Noema o con esos amigos de jarana en que las canciones eran mojadas con abundantes mojitos y las voces se elevaban algo desafinadas por el alcohol, sin pensar en que al otro día teníamos que trabajar. También con Lucrecia Lucía ¿cómo olvidarla? Amiga mía, amor lejano, Lucrecia Lucía, tanto tiempo ha pasado que en mis recuerdos eres como un ser mitológico que nunca existió. Mientras cantaba con esos hombres que me estaban llevando hacia el pasado, me parecía verla nuevamente: graciosa, con esa voz de trueno que llamaba la atención desde lejos y con esa alegría contagiosa que me hacía olvidar mis penas – no confíes en el amor – me decía – es caprichoso y siempre se escapa de nuestro lado.

El llanto de un niño me sobresalta y miro a Aracelis, que se ha puesto pálida. Al otro extremo de las mesas, donde un grupo de alemanes bebe cerveza, la misma mujer llora abrazada a su hijo. Los músicos no le prestan atención; uno de ellos, al notar nuestra inquietud, nos tranquiliza.

- No se preocupe, el niño no tiene nada, está más sano que todos nosotros. Vienen casi todos los días y se ganan sus pesos. Usted sabe, la vida en Cuba es dura.

Comencé en el hospital un día lunes, había mucho trabajo pues los fines de semana se llenaba de enfermos, heridos y borrachos; no sabía cómo llenar las fichas de ingreso, pero los dos muchachos que estaban a mi lado me dieron una ligera explicación de lo poco que ellos sabían. Detestaba estar encerrado en una oficina junto ese par de inútiles que apenas podían escribir un párrafo con buena ortografía y juntar una ficha con otra y que charlaban todo el día sin importarles que las carpetas se amontonaran en desorden, por lo que el trabajo recaía sobre mí. Cada enfermo que llegaba debía ser ingresado con nombre y apellido, dirección, edad y si tenía familiares. El doctor Díaz me visitaba todas las mañanas y luego regresaba por las tardes para invitarme un café. También la señora Dora me traía algunas golosinas, dejando tras ella su risa alegre, que me llenaba de optimismo. Los dos

muchachos hacían comentarios en voz baja, en cierta forma les molestaba ese aparente favoritismo y nunca logramos entablar una relación amistosa. Había conseguido un cuarto bastante mediocre en calle Muralla, casi al llegar a la Plaza Vieja, en pleno centro de la Habana, donde una viuda de mal genio, que parecía escapada de una novela de terror, controlaba mis horas de entrada y salida con la rigurosidad de un cancerbero.

A pesar de mi desilusión con el trabajo que estaba realizando, La Habana me tenía fascinado. Era una ciudad bella y bien planificada que estaba a años luz de todo lo que yo conocía y Santiago de Chile me parecía la ciudad más atrasada del mundo. Calles bien trazadas y los monumentos de bronce y mármol impresionaban por su grandiosidad. Todos los días me instalaba un par de horas en el malecón para conversar con los que se me acercaban. El cubano es amistoso y los extranjeros despertamos su curiosidad; indagan, hacen preguntas difíciles de contestar: como que si estoy de acuerdo con la revolución o si me gusta Fidel Castro ¿qué podría decirles? Si estaba en La Habana era sólo porque estaba de acuerdo, pero ellos insistían en respuestas más largas y detalladas, querían saber mis inquietudes. Luego me contaban sus vidas, hablaban de sus mujeres, de sus hijos y de las esperanzas en el futuro. Son simpáticos y a pesar de sus problemas, son buenos para reír, cantar y bailar, tomarse un par de mojitos y zambullirse en el mar; me divertía escuchando sus vociferantes conversaciones que en algunos momentos me parecían incomprensibles, preguntándome en qué idioma hablaban. Regresaba caminando lentamente para aprovechar la brisa que agitaba los árboles del Paseo Martí, más conocido como el Prado, hasta el Parque Central, que era una simple plaza con bancos de mármol, frente al hotel Inglaterra y al antiguo Centro Gallego, que la revolución convirtió en el Gran Teatro de La Habana. Me detenía frente al Capitolio para contemplar su impresionante cúpula y las magníficas estatuas a ambos lados de la amplia escalera de acceso. La calle Muralla se inicia justo frente a ese edificio y atraviesa la ciudad hasta el mar. Cuando las sombras de la tarde anunciaban la noche regresaba a ese albergue mal oliente donde la vieja patrona espiaba mis pasos para impedir que llegara acompañado. Me parecía obsesivo el celo que demostraba para impedir que tuviera sexo en su casa; parecía que ese impulso de la naturaleza le asustaba recordarlo.

Algunas tardes llegaba hasta la casa del doctor Díaz con el pretexto de saludarlos, me sentaba en el jardín a conversar con la señora Dora mientras María Noema permanecía casi al margen, sin pronunciar palabra. Me desesperaba, quería estar a solas con ella, pero su madre no nos dejaba ni un momento. Creo que María Noema estaba tan angustiada como yo pues al cabo de unos minutos fingía un dolor de cabeza para retirarse, yo hacía lo mismo. La señora Dora se ponía de pie, miraba como yo me alejaba entre los setos floridos y daba un suspiro, creo que de alivio.

Cuando disponía de algún dinero extra, llegaba hasta la Taberna de La Muralla, en la Plaza Vieja para instalarme en una de sus mesas, paladear un mojito y escuchar a los músicos callejeros entonando los boleros de moda, románticamente tristes y apasionados, que yo cantaba con ellos para disipar la nostalgia que llenaba mi corazón. María Noema llenaba mi mente y sólo deseaba verla para dedicarle esas canciones, decirle con esas palabras, todo el amor que por ella estaba sintiendo.

Una tarde de domingo, mientras conversaba con un par de muchachos que se habían instalado en mi mesa para interrogarme de cómo era la vida en mi país, y de paso pedirme que les convidara unos mojitos, divisé a Lucrecia Lucía atravesando la plaza; contemplé como balanceaba sus exuberantes caderas y lanzaba sonrisas hacia todos los que la saludaban, como si fuese una reina de carnaval sentada en su carro alegórico. Alcé la mano para que me viera mientras la llamaba por su nombre, ella dio un grito de alegría y se abrazó a sí misma en un gesto que parecía de cariño para mí; se detuvo para contonearse al ritmo de la música que un par de guitarristas entonaban en medio de la plaza y luego corrió a mi lado, dejándose caer con todo su cuerpo sobre mis piernas, que apenas resistieron el impacto.

- Y tú, chico ingrato ¿Dónde te habías metido?
- No me digas nada, mulata traidora, casi me matas con tu sopa de mariscos, estuve a punto de viajar al otro mundo.
- ¿Cómo dices eso, corazón? Quizás no fue la sopa ¿Por qué me levantas falsos testimonios? ¿Acaso esa es la forma de pagar mi cariño? – murmuraba mientras me cubría la cara a besos - ¿Y estos palurdos, quienes son? – dijo mirando a mis acompañantes.
- Amigos, tú sabes que aquí todos somos como hermanos.

- Sí, mientras tengas dinero para pagar un mojito. Vamos, invítame uno, y ustedes, chicos, es mejor que desaparezcan, tenemos cosas privadas que conversar.

Alcé la mano para llamar al mozo, pero ella se adelantó y con su cristalina voz de campana lo pidió a gritos, estremeciendo el aire a su alrededor, llamando la atención de todos, que comenzaron a reír y gritarle piropos, lo que en vez de molestarla, provocó que se pusiera de pie para contonearse frente a ellos, lanzando besos y sonrisas. Se acomodó en una silla para alivio de mis rodillas y bebió lentamente.

- Me hacía falta – dijo lanzando un suspiro - ¿No has vuelto a Bacuranao?
- No, estoy trabajando en el hospital.
- ¿En el hospital? Valiente revolucionario has resultado ¿Qué haces? ¿Pones inyecciones o finges ser médico?
- Nada de eso, tengo un trabajo horrible en una oficina espantosa.
- No exageres, chico, con todos esos horrores dan ganas de escapar.
- Y tú ¿qué haces en la Habana?
- Estoy trabajando en la tabacalera, nos cerraron el bohío, el gobierno no acepta negocios particulares y menos lugares donde envenenan a la gente.

Se rió de sus propias palabras. No era mentira que en ese lugar envenenaban a la gente, lo había experimentado en carne propia.

Los mojitos se sucedieron uno tras otro y pronto ella comenzó a ponerse cariñosa. Yo seguí el juego, me parecía excitante ese intercambio de caricias, de besos furtivos y el incesante ir y venir de nuestras manos. A nadie parecía importarle y nos pusimos audaces; ella dejó que su blusa se abriera y mis labios rozaron su piel morena, arrancando un suspiro de su boca y carcajadas de la mesa vecina.

- ¿Qué pasa, hermano? – exclamó uno de los hombres – ¿Es que esta mulata te tiene loco? mejor se van a otro lado, aquí corren peligro de armar otra revolución o de morir en un tumulto.

Con los mojitos entorpeciéndonos la lengua y la cabeza dando vueltas, abandonamos el lugar dando tumbos y riendo como dos locos. Caminamos hasta calle Obispo sin saber muy bien hacia donde me llevaba. En la esquina de Mercaderes se detuvo y me pidió que esperara un momento; caminó hasta una puerta y la empujó suavemente, atisbó al interior como si temiera encontrar al demonio, luego me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

- Tenemos vía libre, subamos rápido.

Por una escalera desvencijada que sonaba con cada paso, subimos al segundo piso donde ella tenía un cuarto. No era muy acogedor, adolecía de los mismos problemas que yo tenía en el mío: muros manchados, pintura descascarada, y un olor a humedad que entorpecía la respiración; una ancha cama de fierro llenaba el lugar, donde nos tendimos. Como estábamos borrachos, nos quedamos dormidos, pero al amanecer, aún con la resaca viva, Lucrecia Lucía inició el ataque. Esa mañana no fui a trabajar.

Mientras organizaba una de las carpetas con los datos de los últimos enfermos que habían dado de alta, escuché fuertes voces y carreras por los pasillos; los dos muchachos que trabajaban conmigo asomaron sus cabezas para averiguar qué pasaba.

- ¡Diablos! – exclamó uno de ellos – el comandante Fernández viene para acá.

No tenía idea de quién era ese hombre, pero por la cara de terror que pusieron, supuse que sería alguien importante y temible. Pronto lo pude confirmar.

La puerta se abrió con violencia y la imponente figura de don Feliciano Fernández nos dominó con sus fríos ojos grises, escrutándonos como si fuésemos cucarachas que él

podría pisar en cualquier momento. Con voz de trueno pidió las fichas de los últimos tres días. Mis compañeros, atarantados y sin saber qué hacer, abrieron uno de los cajones y sacaron cualquier cosa, él los miró y dio un grito.

- ¡ Maricones estúpidos! ¿qué significa esto?

Ellos se miraron despavoridos, se arrinconaron tratando de escapar a un posible castigo. Me di cuenta de la furia contenida del hombre y como las fichas que solicitaba estaban en mi escritorio, se las pasé sin decir palabra. Me miró fijo.

- Y tú ¿quién eres?
- Mi nombre es Salvador, soy chileno y vine a trabajar por la revolución.
- ¿Y qué diablos haces metido aquí si vienes a cooperar con la revolución?

- Eso me pregunto yo también. Tenía otras expectativas; estaba en Bacuranao junto a un grupo, pero enfermé y me trajeron al hospital; el doctor Díaz me ofreció este trabajo.
- ¿En Bacuranao? Esos estúpidos no servían para nada, sólo querían tomar mojitos y divertirse. Los he mandado a la zafra; ahí aprenderán a trabajar como hombres.

No entendí lo que quería decir pero opté por cerrar la boca. El hombre parecía temible y ante una situación semejante, era mejor un poco de humildad. No duró mucho tiempo mi incertidumbre, pues el comandante Fernández dio media vuelta y salió con los papeles en la mano. Escuchamos su voz gritando órdenes y luego el silencio. Miré interrogante a mis compañeros de trabajo.

- ¿Quién es ese hombre?
- No te atrevas a pronunciar su nombre – exclamó uno de ellos – es el comandante Feliciano Fernández, lo llaman “Charco de Sangre”
- Que apelativo tan horrible ¿Y se puede saber el motivo?
- Es el fiscal que manda al paredón a los acusados de traición a la patria.
- ¿Y para qué quería esas carpetas?

Ambos muchachos se miraron sin decir nada. Uno de ellos, dándome la espalda, se enfrascó en su trabajo, el otro se sentó frente a mí.

- ¿En realidad quieres saberlo?
- Sí, estoy intrigado.
- ¿Cuántas carpetas le entregaste?
- Diecisiete.
- Cuéntalas cuando regresen, estoy seguro de que faltaran las que indican que el paciente llegó herido de bala.

Quise preguntar el motivo, pero una idea espantosa pasó por mi cabeza. Esos estaban condenados, jamás regresarían. Me senté frente a mi escritorio y traté de razonar. No podía pensar tan ligeramente, quizás las necesitaba para otra cosa. Volví la cabeza y miré a mis compañeros. Estaban en silencio. Una angustia mortal invadió mi alma.

A mediados de Julio de 1959, Fidel Castro acusó al presidente Manuel Urrutia Lleo de actos que bordeaban la traición por su evidente contubernio con la derrotada burguesía batistiana y su resistencia a las medidas de carácter más popular y radical, reemplazándolo por Osvaldo Dorticos Torrado, produciendo un maremoto político en que los colaboradores de Urrutia sólo deseaban pasar inadvertidos. Algunos se exiliaron oportunamente y otros optaron por acomodarse.

Con ese gobierno, dirigido de facto por Fidel Castro como Primer Ministro y fuertemente influido por Ernesto Che Guevara, la política comienza a radicalizarse como revolución social con miras a la Reforma Agraria, que había sido aprobada el 7 de Mayo de 1959. Se abrieron entonces los expedientes de expropiación que afectaban a la clase alta. Simultáneamente se inició el despido de los sectores moderados que se oponían a las medidas que consideraban extremas, siendo reemplazados por personas que estaban más cercanas al régimen. Los dueños de los grandes ingenios azucareros, viéndose privados de todo apoyo, iniciaron un éxodo masivo hacia Miami, en busca de asilo político. Para dar el ejemplo y acallar las protestas de algunos sectores, Fidel Castro ordenó la expropiación de las tierras de su familia. Las protestas de su madre y de su hermana Juanita se escucharon en todo el palacio, pero sus gritos no sirvieron de nada, las tierras fueron expropiadas. Nunca pudieron perdonarlo, desde ese momento pasaron a la oposición, convirtiéndose en enemigas de la Revolución y asilando a los perseguidos.

21 de Octubre de 1959. Había abandonado mi trabajo con deseos de sentarme un rato en el Malecón, conversar con la gente y juntarme con Lucrecia Lucía, pero las cosas se complicaron y no pude hacer ninguna de las dos cosas. La brutalidad interrumpió mi paseo y sembró de dolor una tarde que parecía maravillosa. La luz se derramaba como un baño de oro sobre las casas y el cielo parecía más azul que nunca, llenando mi pecho de optimismo. Era feliz ¿Qué más podía pedirle a la vida? Apuré el paso, quería llegar luego. Un destello inesperado me hizo levantar la cabeza, parecía el flash de una máquina fotográfica, pero me di cuenta que el sol había rebotado en el ala de un avión que sobrevolaba La Habana a muy baja altura causando la expectación de la gente. Me quedé mirando como un idiota, ¿qué hacía ese avión sobre la ciudad? ¿de dónde había salido? De repente otro avión apareció casi a su lado, despertando el entusiasmo de los niños que corrían saludando a

gritos como si los aviadores estuviesen realizando una demostración para divertirlos. También yo me detuve para disfrutar de su vuelo rasante. Repentinamente, uno de estos aviones se lanzó en picada sobre la multitud, mientras una descarga de metralla barría las calles matando a dos pequeños y dejando un grupo de mujeres heridas. El otro avión realizó una maniobra similar, ametrallando la calle. El pánico obligó a la gente a correr a guarecerse en el dintel de cualquier puerta. También yo me protegí de esos disparos, sin saber lo que estaba sucediendo. A lo largo de las calles fueron quedando los cuerpos de muchas personas. Después contabilizamos cuarenta y cinco. Cuando los aviones se perdieron a la distancia, abandoné mi escondite y corrí a socorrer a los que estaban más cerca. Una mujer había sido alcanzada en una pierna y sangraba profusamente; sabía que tenía que estancar la sangre y como no tenía con qué hacer una venda, rompí mi camisa y amarré fuertemente la herida, luego corrí a ayudar a un niño que lloraba, afortunadamente la bala sólo había rozado su hombro. Pronto llegaron los auxilios y pude apoyarme en un muro para centrar mi mente en lo sucedido.

Corrí al hospital tratando de ser útil, pero fui confinado a la oficina y pasé el resto de la tarde escribiendo fichas con el nombre de los heridos que llegaban y contestando preguntas a los inquietos familiares. En algunos momentos no sabía qué decir y me escabullía. Me sentía desconcertado, perdido, prefería no pensar. Al otro día la afluencia de familiares se duplicó, mis compañeros de trabajo trataban de calmar a los parientes mientras yo daba explicaciones que ni siquiera comprendía del todo. Faltando pocos minutos para que terminara mi trabajo, me encerré en el baño, estaba tan alterado que cualquiera nueva pregunta habría desatado mi histeria. Cerré la oficina y fui en busca del doctor Díaz para saber cómo estaban los heridos. Él estaba sentado tomando una taza de café, a su lado, un par de médicos tan cansados como él comentaban lo sucedido, la señora Dora, rodeada de un grupo de enfermeras, daba algunas instrucciones. Me detuve indeciso, no quería interrumpir. Don Vicente me vio y alzando la mano me llamó a su lado.

- ¿Qué te trae por estos lados?
- Quería conversar con usted, pero veo que está ocupado, le ruego me disculpe.
- No seas tonto, no me molestas. Ven, vamos a dar una vuelta.

Después de despedirse de sus colegas, cogió mi brazo y salimos al jardín.

- Es mejor que nadie se entere de nuestras conversaciones, no todos te tienen confianza, tú eres como un bicho raro injertado en la revolución. Dos de mis colegas viven espiando a los demás, a cada rato creen encontrar traidores al régimen. Yo prefiero hacerme el tonto, es lo mejor. Ellos me respetan porque soy el médico jefe y por mis buenas relaciones políticas, de otro modo también me estarían vigilando.
- Don Vicente ¿Sabe usted lo que pasó? Si no me refugio a tiempo, quizás estaría entre los heridos.
- Bueno, tengo algo de información. Esos aviones partieron de Ponpano Beach, en La Florida. No entiendo el motivo de ese cruel ataque. Si el propósito era desestabilizar el gobierno, no tenía sentido atacar a la población civil. Mi informante dijo que uno de los pilotos era Pedro Luis Díaz Lanz, un militar cubano que desertó hace cuatro meses. Aunque te parezca estúpido de mi parte, lo que más me molesta es que ese tipo lleve mi apellido.

- ¿Puedo ayudar en algo?
- No, muchacho, vete a descansar. Pero ten cuidado, las calles están llenas de militares ¿Tienes tu identificación contigo? Es importante, en momentos como éste te los pueden solicitar.

Efectivamente, las calles estaban patrulladas por los militares que controlaban a los transeúntes. Un grupo de ellos me detuvo y después de exhibir mis documentos me dejaron continuar, con la recomendación de regresar a casa, y a pesar de mi deseo de tenderme un rato en el Malecón para disfrutar la brisa de la noche, me vi obligado a encerrarme en mi sórdido cuarto y respirar ese malsano olor a humedad. De espaldas en mi cama, miraba el cielo raso sin dejar de hacerme preguntas. Me dormí sin darme cuenta.

El nuevo día me sorprendió vestido sobre la cama, tenía el cuerpo dolorido, como si me hubiesen golpeado. A duras penas me senté y miré a mi alrededor, no podía centrar mis pensamientos; el recuerdo de lo sucedido me llegó como una bofetada que me arrancó una exclamación de sorpresa ¿había sido realidad o un mal sueño? Moqué mi rostro para despertar del todo y me asomé a la ventana. La calle estaba inusitadamente silenciosa.

La vida del hospital giraba en torno a los heridos y el llanto de algunas mujeres me exasperaba. Para no escucharlas, cerré la puerta mientras confeccionaba las nuevas carpetas. Algunos heridos habían sido dados de alta y los más graves seguían en sus camas.

María Noema llegó acompañada por su madre. Traían una pequeña fuente con platanitos fritos y una sonrisa subyugante; mi corazón comenzó a saltar en el pecho, con tal fuerza, que temí caer desmayado. Me apoyé en mi escritorio y agradecí el obsequio.

- Mañana es mi cumpleaños – dijo – me gustaría que fuese a comer con nosotras.

No me atreví a decir palabra. Estaba seguro de que si abría la boca le diría que me tenía loco, que su belleza era un atentado a mi tranquilidad, que sólo deseaba apretarla contra mi cuerpo y besarla hasta quitarle el aliento. La señora Dora la tomó de un brazo y se dirigió a la salida, mientras me entregaba un paquete.

- Después de lo sucedido, no teníamos intenciones de celebrar, pero el padrino de la niña ha insistido y no podíamos decirle que no. Mi marido lo pasará a buscar; aquí le dejo una camisa especial, espero que la luzca en la fiesta.

Las miré salir como si se llevaran mi corazón con ellas. María Noema estaba de cumpleaños y yo no tenía nada que regalarle, sólo mi amor ¿estaría ella dispuesta a aceptarlo? Cogí el paquete sin atinar a abrirlo, mis compañeros insistían en saber su contenido, tenían más curiosidad que yo. Una guayabera blanca, con alforzas y bordados se desplegó ante mis ojos.

- Parece que te quieren mucho – exclamó uno de mis compañeros – quizás dónde consiguieron esa guayabera, es muy hermosa.

La noche de la fiesta fue una constante sorpresa, para empezar, la casa estaba llena de gente. Parecían muy importantes y se saludaban entre ellos con grandes demostraciones de afecto; hablaban en voz alta para que todos escucharan sus estúpidas disertaciones sobre la política mundial y los programas del gobierno. Me escurrí entre los mozos que circulaban con bandejas de champaña y salí al jardín; María Noema estaba sentada a orillas de la piscina con los pies metidos en el agua. Me acerqué suavemente para sorprenderla, pero ella escuchó mis pasos y giró su rostro.

- ¿También usted se fugó de la fiesta?
- Sí, no conozco a nadie, me sentía incómodo.
- Yo también. Se supone que la fiesta es mi honor, pero la verdad es que mi papá tiene que festejar a los nuevos jefes. Es la única forma de sobrevivir. Venga, meta sus pies en el agua, aquí estaremos mejor que allá dentro.
- Usted parece que no está de acuerdo con la revolución – dije, mientras me sacaba los zapatos y me sentaba junto a ella.

Agachó la cabeza y guardó silencio, una lágrima se escurrió por su mejilla, luego me miró desafiante.

- En un comienzo todos estábamos felices, parecía que venía un cambio, pero cuando comenzaron las persecuciones, los fusilamientos, y las restricciones, muchos perdieron la fe.
- ¿De qué restricciones me habla? Ustedes tienen de todo.

- Sí, es verdad, pero nosotros estamos dentro del grupo de los privilegiados. Mire a los que están en la fiesta ¿Alguno de ellos tiene cara de pasar miserias? ¿Y en Muralla? Usted vive allá, conoce las calles de La Habana ¿No ha notado como vive esa gente?

No supe que decir, en verdad, no me había fijado. El lugar estaba lleno de personas que hablaban a gritos, que peleaban todo el día y de niños que corrían por las calles molestando a la gente; la basura se amontonaba sin que a nadie le importara y por las noches casi no podía dormir con el estruendo de las radios encendidas a todo volumen. Lo único que quería era escapar de ese sitio.

- Es un lugar espantoso, desgraciadamente no gano lo suficiente para ir a otro lado. Nunca me he preocupado de sus necesidades y tampoco me interesa.

- Conviene que se fije, Salvador, la revolución prometió que todos seríamos iguales y eso lo ha cumplido, pero nadie dijo que seríamos nivelados en la pobreza. También se prometieron elecciones libres y una nueva democracia, ¿usted cree que esto es democracia? yo aún no se mucho de política, pero tengo miedo.
- María Noema, no hable así, alguien la puede escuchar. Usted sabe, es peligroso.
- ¿También te has dado cuenta? Claro que hablar de más es peligroso, pero eres tú el que se debe cuidar; yo tengo a mi padre y a mi padrino, que me protegen, en cambio tú eres un ser solo y si desapareces, nadie se daría cuenta.

Un estruendo de vehículos y voces que gritaban órdenes me sobresaltó. Miré interrogante a María Noema.

- No te asustes, Salvador, debe ser mi padrino, el real dueño de esta fiesta que yo no quería. Siempre llega metiendo bulla para que todos lo noten. No le gusta pasar desapercibido. Tampoco a mí me gusta su forma de ser, pero ¿Qué quieres? Es amigo de mi padre y se ha transformado en nuestro protector. Sin su ayuda, creo que seríamos como todos. Ven, acompáñame a recibirlo.

Mientras nos poníamos los zapatos, pensaba. Por primera vez, ella me había tuteando, ¿había dejado de ser un extraño para convertirme en un amigo? eso me dio fuerzas para abrirle mi corazón. Era mi regalo, lo único que yo le podía dar. Tomándola de un brazo la retuve. Ella me miró con los ojos llenos de luz.

- ¿Qué pasa, Salvador?
- Por favor, no te ofendas, tengo algo que decirte.

No pude seguir, tenía un nudo en la garganta, me daba miedo ser rechazado. Ella me miraba expectante, como si adivinara mis pensamientos.

- No tengas miedo, dime lo que sea, no me voy a enojar.
- Estoy enamorado de ti. Desde el primer día, cuando bajo la glorieta escuché cantar al sinsonte y corté esa rama de bugambillia.

Me sentí estúpido, no era la forma, tampoco sabía cómo enfrentar esa situación, mi experiencia con las mujeres siempre fue casi mercantil, primero Laura, con la que cualquiera podía tener sexo, luego Beatriz, maravillosa mujer que se aferró a mí en un momento difícil de su vida, creo no fue una gran conquista y luego Lucrecia Lucía, que era un tiro al aire. Me puse rojo de vergüenza y luego pálido, el corazón me latía con tanta fuerza que no podía respirar. Bajé la cabeza mientras retrocedía un paso.

- Te ruego me disculpes, creo que no debí decir nada.

Ella me miró a los ojos y sonrió. Se volvió lentamente y quedamos de pie, uno frente al otro. Nos miramos en silencio.

- Es el mejor regalo de cumpleaños que he recibido.

Sin darnos cuenta nos tomamos las manos y nos acercamos peligrosamente. Quedamos tan cerca que nuestros pechos se tocaron. María Noema cerró los ojos y la besé. Ella respondió el beso. Luego, y como si quisiera escapar de sus propios sentimientos, corrió hacia la casa para saludar a su padrino; yo corrí tras ella.

Desde un recodo del jardín vi a don Vicente y doña Dora parados en la entrada para recibir al ilustre visitante. Al divisarlo, me detuve como si hubiese visto al diablo; me volví hacia María Noema y le pregunté, tratando que la sorpresa no se notara en mis palabras.

- ¿Ese es tu padrino?
- Sí ¿Lo conoces?
- Estuvo en el hospital hace unos días, pidió algunos expedientes que no han sido devueltos.
- Pasan muchas cosas y prefiero no saber, ahora déjame, no quiero que te vean conmigo.

Y soltándome la mano, corrió hacia la casa para saludar a don Feliciano, que parecía encantado por el recibimiento. Yo opté por quedarme en el jardín, tenía miedo de enfrentar esos ojos escrutadores y tener que explicar mi amistad con la familia, pero los acontecimientos se precipitaron como si el destino se hubiese confabulado para que volviéramos a encontrarnos.

Cuando todos entraron en la casa, caminé de regreso hacia la piscina donde me detuve un instante. El perfume de María Noema llenaba mis sentidos y lamentaba la llegada de don Feliciano que la había apartado de mi lado; me sentía perturbado y opté por tenerme en el césped para mirar las estrellas y pensar en ese beso que estaba cambiando mi vida. La música me llegaba en sordina y el bullicio de los invitados me recordaba el zumbido de un panal de abejas y por un momento pensé en lo peligroso que era un enjambre cuando atacaba en masa. Un escalofrío me recorrió ante esa comparación, preferí cerrar los ojos y hacer abstracción mental para no escucharlos. Creo que en algún momento me quedé dormido; abrí los ojos sobresaltado cuando una sombra cayó sobre mí, alcé la mirada y ahí estaba don Feliciano; me puse de pie sin saber que decir.

- ¿También a usted le aburren las reuniones sociales? – preguntó con una sonrisa en los labios, mientras sostenía un humeante Montecristo en su mano.

Nervioso miré hacia ambos lados esperando ver su escolta, pero estábamos solos. Me di cuenta de que él no me había reconocido y eso me tranquilizó.

- No, lo que pasa es que no conozco a nadie.

Me miró fijo, como si mi voz hubiese traído a su memoria nuestro encuentro en el hospital; sus palabras sonaron inquietantes y amenazadoras, como si sospechara estar frente a un enemigo de la Revolución.

- ¿Y si no conoce a nadie, se puede saber qué hace aquí?
- El doctor y su señora me invitaron, desde que nos conocimos han sido muy gentiles conmigo.

Dio una exclamación de sorpresa y dejando de lado su tono glacial, puso su mano sobre mi hombro.

- Ya me decía yo que te había visto en alguna parte. Eres el chileno que trabaja en el hospital ¿Verdad? Veo que te estás cubanizando.
- Sí, don Feliciano, veo que me ha reconocido, y perdóneme si le recuerdo que aún no me ha devuelto los expedientes – dije tratando de parecer simpático.
- ¿Los expedientes? ¡Ah! Los había olvidado, le recordaré a mi secretario que los devuelva ¿Por qué tanto interés?
- Es mi trabajo, debo tenerlo todo en orden.
- Veo que te preocupas y eso me gusta, los otros dos, bueno, esos – carraspeó como si dudara de lo que pensaba decir – son un par de mariconcitos ¿no te habías dado cuenta? Uno de estos días, el Che se los lleva al paredón por inútiles. Pero no hablemos más de ellos y volvamos a lo nuestro, esos pobres seres jamás me han pedido la devolución de ninguno, creo que tampoco se atreverían. ¿Qué haces metido en el hospital?
- Fue el único trabajo que conseguí, algo tenía que hacer. Vine a luchar por la revolución y dejé atrás tantas cosas que me hacían feliz. A veces es triste recordar – dije con tono apagado – pero las cosas se han dado de una manera que no me agrada.
- ¿Dónde estás viviendo?
- En Muralla.
- ¿En Muralla? ¡Dios mío! ¿Cómo lo aguantas?
- ¿Qué cómo lo aguanto? Créame que no lo sé, pero usted sabe que el hombre es un animal de costumbre, o se amolda o muere.
- Trata de no morir – dijo riendo – sería una pérdida para la revolución.

- No se burle, por favor – dije tratando de disimular mi molestia por la ironía de sus palabras.
- Dime ¿Dónde estabas durante el atentado del otro día?
- En la calle, por milagro no fui baleado; vi morir a dos niños. Fue horrible.
- ¿Y eso te parece normal?
- ¿Normal? Por favor, don Feliciano ¿Cómo puede decir eso? Fue espantoso. Aún no me puedo recuperar del impacto.
- ¿Si logramos capturar a esos hombres, crees que deberían ir al paredón?
- Nunca me ha gustado la idea de matar a otra persona, pero esos dos no sólo merecen ir al paredón, sino que también al infierno.

Sin darme cuenta había alzado la voz y me sorprendí gritando, una furia demencial me agitaba al recordar esos niños muertos y tantas personas inocentes que habían sucumbido a las balas. Me detuve temblando. Feliciano Flores me miraba estupefacto.

- Perdón, don Feliciano, no me di cuenta.
- Está bien, no te preocupes, todos gritamos en más de una oportunidad, ¿no me has escuchado? Grito más que tú, ya tendrás tiempo de comprobarlo. Me parece que eres un buen revolucionario y mereces una oportunidad para demostrarlo, no sólo con palabras.
- Para eso vine – dije esperanzado.
- Creo que tengo algo para ti – dijo con un tono dudoso, como si lo estuviera pensando - ¿Qué te parecería trabajar para mi?
- ¡Fantástico! – exclamé
- Bueno, primero tengo que conversar con Vicente, quizás a él no le parezca una buena idea. Mejor volvamos a la fiesta.

Caminamos hacia la casa mientras él preguntaba por los motivos que me habían impulsado a abandonar mi país. Me estaba interrogando disimuladamente, pero no importaba; mi vida no tenía secretos que ocultar, además, su gentileza había disipado mi desconfianza y olvidé los malos comentarios que había escuchado. Pensé que los contrarrevolucionarios podían inventar muchas cosas para desprestigiarlo. Lo único que llamaba mi atención fue la facilidad con que me ofreció trabajar para él ¿Acaso esperaba de mi algo que los cubanos se negaban a hacer?

Don Vicente perdió el color cuando don Feliciano le comunicó la noticia. Luego me miró interrogante; yo volví la cabeza hacia otro lado.

- ¿Así que raptas a mi muchacho? – dijo tratando de parecer tranquilo – Es el único que ha podido poner orden en ese archivo.
- Justamente por eso, también yo necesito alguien que ponga orden en los míos.
- Veo, Salvador – dijo mirándome fijo - que estás dando un paso hacia el corazón de la revolución. Mi compadre es la llave que abre todas las puertas.

Como primera medida, don Feliciano me ofreció un pequeño departamento en El Vedado, cosa que me pareció de maravillas. Estaba con todos sus muebles, sólo faltaban algunas cosas sin importancia. Aureolas en los muros indicaban la desaparición de un cuadro o una fotografía ¿A quién habrá pertenecido? Quizás a un exiliado político que se había fugado a Miami. Los cajones de los muebles estaban vacíos, no encontré nada que pudiera darme una luz sobre su antiguo dueño, pero no era mi trabajo cuestionar al gobierno, tenía que disfrutar de mi nuevo alojamiento. Abandonar Muralla fue un momento de alegría y el primer paso hacia una mejor situación, desgraciadamente el trabajo que me ofreció no me hizo feliz.

- Como eres extranjero, no infundes sospechas – dijo con una sonrisa que pretendía ser cálida – tienes libertad de hacer lo que quieras, puedes ir a la playa o sentarte en un banco de la plaza, siempre con una cámara fotográfica en la mano y un mapa en la otra. Eres turista, no lo olvides. La gente conversará contigo. El cubano es curioso y preguntón y quizás necesiten desahogar sus corazones con un desconocido que no represente un peligro. Quiero saber lo que piensan. Ese es tu trabajo.
- ¿Convertirme en soplón? – exclamé sobresaltado – perdón, pero eso está en contra de mi conciencia.

- ¿Con qué derecho te permites tener conciencia? - gritó mientras se ponía de pie - ¡Aquí mando yo! Sólo deseo saber lo que piensa el pueblo y delatar a los que te parezcan peligrosos. Espero lealtad de tu parte, de otro modo, tu suerte podría cambiar. La zafra necesita brazos y el paredón más sangre.

Su tono frío y amenazador me hizo estremecer. Su amenaza de enviarme a la zafra me estremeció, estaba seguro de no poder resistir el trabajo de cortar cañas de azúcar; el hospital estaba lleno de trabajadores agotados, deshidratados, sin fuerzas para vivir, que demoraban mucho tiempo en recuperar sus fuerzas. La zafra era como una condena a trabajos forzados donde muchos morían ¿y qué había querido decir con eso de que el paredón necesitaba más sangre? ¿era una nueva amenaza? Si quería sobrevivir, estaba

obligado a convertirme en espía, pero por otro lado, me tranquilizaba el hecho de no tener la obligación de denunciar a nadie; sólo escucharía opiniones.

El mes de Octubre de 1959, fue fatal. Sólo habían pasado siete días del ametrallamiento de La Habana, cuando otra noticia estremeció a Cuba. Camilo Cienfuegos, el héroe de Yaguajay, había muerto en un accidente aéreo el día 28. Después del primer impacto, todos quisimos saber los pormenores, pero los rumores eran contradictorios. Cada persona tenía una versión diferente. Unos decían que era mentira, que no existía tal accidente, otros alegaban que los había atacado otro avión enviado por Fidel para derribarlo, otros, que había caído en el mar y no faltó quien dijo que se había fugado a Miami. Me fui a casa del doctor Díaz, que siempre estaba bien informado, para enterarme de los detalles. Lo encontré sentado en el jardín con la vista perdida en la distancia, apenas alzó la cabeza cuando me acerqué a él.

- Perdón que lo moleste, don Vicente, estoy impactado con la noticia ¿usted sabe algo?
- No mucho. Fidel envió a Camilo Cienfuegos para detener a su amigo Huber Matos. Creo que debe de haber sido un dolor muy grande para Camilo.
- ¿Detener a Huber Matos? Cómo es posible, él es uno de los grandes triunfadores de la revolución. Casi tan importante como Fidel.
- Justamente por eso, los hombres importantes son los primeros en desaparecer. La historia está llena de ejemplos. Basta una sola palabra, no participar de una idea o estar en desacuerdo. Sí, tienes razón, era tan importante como Fidel, pero Huber era uno de los más fuertes opositores a la entronización de un nuevo dictador. Tenía la esperanza de elecciones libres, para eso había luchado.

Poco a poco me fui enterando de cosas que no llegaban a la opinión pública. Huber Matos había sido el comandante de la 9° Columna de la revolución cubana. Antes de la revolución era maestro de escuela en Manzanillo y poseía una pequeña plantación de arroz. Junto con Fidel pertenecían al Partido Ortodoxo, que predicaba en contra del comunismo y a favor de la democracia participativa. Cuando en Abril de 1959 apareció en el diario Verde Olivo las primeras manifestaciones de que la revolución caminaba hacia el socialismo, Huber Matos viajó a La Habana para entrevistarse con Fidel para aclarar esa situación que le era incómoda y presentar su renuncia por no estar de acuerdo con el socialismo. No era eso lo que él esperaba, temía que por ese camino, la revolución se convirtiera en una nueva dictadura. Camilo Cienfuegos tampoco estaba de acuerdo con el camino que estaba tomando la revolución y lo acompañó en esa entrevista.

Se encontraron en el Hilton Hotel de La Habana, Fidel Castro estaba en uno de sus mejores momentos pues había tenido una reunión con miles de campesinos a los cuales les había prometido la tierra, ya que se había aprobado la ley de Reforma Agraria. Escuchó a Huber y se rió de sus aprensiones, cogiéndolo de un brazo lo llevó a un lugar apartado donde se sentaron a conversar.

- Tu renuncia es inaceptable en este momento, tenemos mucho trabajo que hacer. Admito que Raúl y el Che coquetean con el marxismo, pero soy yo quien controla la situación. Olvídate de renunciar, ahora bien, si ves que la situación no cambia, tienes derecho a marcharte. Cuba no va camino al socialismo, pronto seremos una democracia.

Camilo Cienfuegos acompañó a su amigo hasta la salida tratando de tranquilizar su inquietud – Fidel no miente – le había dicho. Huber Matos regresó a su trabajo, sólo para darse cuenta, tiempo después, que había sido engañado. Volvió a presentar su renuncia

alegando no estar de acuerdo, que el socialismo no estaba en los planes revolucionarios – *Hemos luchado por una democracia, por elecciones libres y no para instaurar una nueva dictadura* - bajo esas circunstancias, prefería retirarse del país. Por toda respuesta recibió una orden de detención; Raúl Castro y el Che Guevara eran partidarios de llevarlo al paredón, pero Fidel se opuso, no quería hacer de él un mártir que la gente pudiera recordar. Luego fue juzgado por sedición y traición a la patria, y a pesar de que todos sabían que se trataba de un juicio político y no criminal, fue condenado a veinte años de prisión en la Isla de Pinos, paradójicamente, esa misma isla había servido de prisión a Fidel Castro en 1953.

- Era un hombre inteligente, yo lo conocí. Me gustaba su conversación y pasamos muchas horas juntos. Era un poeta, también escribía lindos cuentos. Podría haberse convertido en un gran escritor si hubiese querido

- Pero él luchó por la libertad, quizás esperaba una convocatoria a elecciones. Ese no es motivo para su detención.
- No, hijo, la política es muy sucia, se olvidan las lealtades y la ambición es más fuerte. En todo esto está la influencia del Che Guevara y de Raúl, ambos comunistas que están concientizando a Fidel. Por otro lado, Huber y Camilo eran demasiado importantes y hacían sombra a Fidel.

Di una exclamación de horror ¿Qué me había querido decir don Vicente? Me dejé caer sobre una silla a su lado y lo miré angustiado, mi rostro era una máscara de estupor.

No me mires de ese modo, no puedo asegurar nada, pero es lo que pienso, la imaginación vuela frente a los sucesos inexplicables y cuando nuestros líderes comienzan a desaparecer en extrañas circunstancias, tenemos derecho a tejer historias y muchas veces tenemos razón. Camilo Cienfuegos era tan popular como Fidel, me atrevería a decir que un poco más. Cuando ambos aparecían en alguna concentración, el pueblo aplaudía con más entusiasmo a Camilo. Tenía dos grandes enemigos, el Che y Raúl, la envidia es mala consejera y llena la cabeza de deseos malignos, eso le sucedía a esos dos hombres que miraban con rabia la popularidad de Camilo; siempre discutían, Camilo estaba en contra de los masivos fusilamientos, pero esos dos sólo querían sangre y eso no era bueno para él.

- ¿Entonces la muerte de Camilo Cienfuegos y la detención de Huber Matos son parte de un plan?
- Quizás, yo no sé más que tú ¿Cuántos días han pasado desde la desaparición de Camilo? Muy pocos ¿verdad? Y sin embargo las versiones son totalmente contradictorias. De una sola plumada han desaparecido los dos líderes más importantes de la revolución.
- ¿De dónde ha sacado toda esa información? ¿No se da cuenta de que es peligrosa? Todo puede ser falso, sedicioso, me niego a creerlo.

Se agarró la cabeza con ambas manos y gimió como si tuviese un gran peso en el corazón, yo guardé silencio, me sentía desconcertado. Después de un instante alzó la cabeza y me miró.

- Quizás Camilo no esté muerto. Pobre hombre, estoy seguro que algún día le harán un monumento, para eso sirven los líderes, para dar su nombre a calles, plazas y escuelas, pero la verdad jamás saldrá a la luz pública.

La búsqueda del avión accidentado movilizó a todas las fuerzas militares y el pueblo de Cuba se hizo parte de esa búsqueda. Desgraciadamente, jamás fue encontrado. El avión había desaparecido, lo que facilitaba las especulaciones de una fuga. La noticia oficial decía que el accidente fue causado por una tormenta, pero todos sabían que en esos días no se había registrado ni siquiera una nube en toda la isla. Los más imaginativos decían que Cienfuegos estaba vivo, que había sido detenido por estar coludido con Huber Matos en contra de Ernesto Che Guevara y Raúl Castro, que pretendían llevar el país a un régimen comunista. Las especulaciones eran tantas, que terminé desconcertado, no sabía que pensar; todo indicaba que la revolución se estaba destruyendo a sí misma y que esos principios de libertad por los que habían luchado, estaban siendo olvidados, mientras una sorda lucha de poder envolvía a los más destacados revolucionarios. Opté por cerrar los oídos y no hacer caso a lo que la gente decía.

Siempre me he preguntado si Raúl Castro estaba al tanto de los comentarios sediciosos que corrían y qué medidas habría tomado para acallar esos rumores. Las cosas a nivel de los gobiernos nunca son claras y se pueden tergiversar los hechos. Lo único cierto es que el 13 de Noviembre de 1959, el Capitán Cristián Naranjo, amigo íntimo de Camilo Cienfuegos, que había iniciado una investigación al respecto, apareció muerto, sin que se pudiera determinar quién lo había hecho, mientras una serie de amigos de Naranjo y personas relacionadas de alguna manera con la presunta muerte de Cienfuegos, desaparecieron sin que se volviera a saber de ellos.

También me preguntaba si Ernesto Che Guevara tenía conocimiento de esas misteriosas desapariciones ¿Y qué opinaba Fidel al respecto? Misterio. Todo eso ha quedado en el limbo de la duda y la historia tiene una deuda pendiente con la verdad; en

todo caso, las palabras del Che, en un homenaje al desaparecido líder de la revolución, emocionaron cuando dijo:

“Camilo fue el compañero de cien batallas, el hombre de confianza de Fidel en los momentos difíciles de la guerra y el luchador abnegado que hizo siempre del sacrificio un instrumento para templar su carácter y forjar el de la tropa. Camilo era Camilo, señor de la vanguardia, guerrillero completo que se imponía por esa guerra con colorido que él sabía hacer”.

Para olvidar todas las dudas que don Vicente había metido en mi cabeza me dediqué a mi trabajo y durante un par de meses escuché las opiniones de los cubanos; palabras de amor y de odio, protestas por la demora para tener elecciones libres, cada uno de ellos tenía su candidato y esperaban confiados ese momento clave de la nueva democracia. Otros tenían dudas, sufrían pensando que habían luchado por nada y lo único que deseaban era escapar hacia Miami, pero en general, los cubanos se sentían felices, amaban a Fidel y sólo deseaban el triunfo de la revolución que los llenaba de esperanzas, y en esas esperanzas incluían muchas cosas que nunca se les dio, pero que en ese momento aún no lo sabían. Yo era más optimista que ellos y sostenía largas conversaciones sentado en el Malecón o en la Plaza de la Catedral, frente al antiguo palacio del Marqués de Aguas Claras, fingiendo ser un turista despistado en busca de amistades con quien pasar un rato agradable, pero cuando les preguntaba que pensaban de la desaparición de Camilo Cienfuegos, las respuestas se volvían evasivas, dudaban, me miraban interrogantes, como si sospecharan de mí, luego se alejaban.

Como disponía de mi tiempo y María Noema se quedaba sola en casa, yo aprovechaba para visitarla sin importarme la cara de pocos amigos con que me recibían las empleadas. Jugábamos en la piscina, la besaba sorprendentemente mientras ella reía de mi audacia y en varias ocasiones nos escapamos hasta Santa María del Mar para zambullirnos en las tibias aguas. Las cosas comenzaron a complicarse, tantos juegos amorosos me tenía excitado pero no me atrevía a dar ese paso que tanto anhelaba, también ella estaba nerviosa e irritable, trataba de controlarse pues no entendía lo que le sucedía pero ya adivinaba su deseo, el sexo nos llamaba y a pesar que ambos luchábamos contra ese perturbador estado de casi demencia, no lo pudimos resistir; una de esas tardes de playa, tendidos bajo las palmeras en medio de los matorrales, toqué sus pechos mientras la besaba. Ella movió su cuerpo bajo el mío, acomodándose para sentir la fuerza de mi deseo. Fue la primera vez. A partir de ese momento nos vimos envueltos en una vorágine que no podíamos detener. Todos los días, apenas el doctor y su señora abandonaban la casa rumbo al hospital, ella me abría la puerta para encerrarnos en su cuarto donde dábamos rienda suelta a nuestra pasión, sin preocuparnos si alguna de las sirvientas nos escuchaba. Las cosas estuvieron de ese modo hasta que una de ellas dio aviso de lo que sucedía.

La mañana en que quedamos al descubierto, esperé tras un árbol que el automóvil del doctor abandonara la casa; luego me escabullí entre las plantas del jardín hasta la puerta trasera donde ella me esperaba, convencido de que hasta ese momento nuestros encuentros secretos eran desconocidos por todos. Subimos a su cuarto despojándonos de nuestra ropa. Para nuestro espanto, al abrir la puerta, el doctor y su esposa estaban dentro. María Noema dio un grito de estupor mientras yo trataba rápidamente de ponerme la camisa y arreglar el

desorden de mi ropa. Nos quedamos petrificados, sin saber qué decir. También ellos nos miraban fijamente, pero no había dureza en su mirada, sólo dolor y lágrimas. La señora Dora se dejó caer sobre la cama y cubrió su rostro con las manos, el doctor se sentó junto a ella.

- Don Vicente – murmuré – permítame explicarle.
- ¿Qué me podrías explicar? Te abrí las puertas de mi casa, te di mi confianza y mira como me pagas. No tengo fuerzas para discutir contigo, por favor, vete.
- No, papá – gimió María Noema – hemos actuado mal, lo sé, pero nos amamos y nos queremos casar.

Hasta ese momento no había pensado en esa posibilidad. Casarnos. La miré sorprendido. Yo nunca se lo había pedido y el que ella lo mencionara con tanta liviandad me produjo un impacto para el que no estaba preparado.

- ¿Casarse? ¿Tú crees hija que para casarse hay que saber de antemano cómo funciona el marido? ¿Y tú, Salvador, no tienes nada que decir?

Estaba mudo. Miré a mis futuros suegros sin saber qué hacer. En ese momento todas las palabras estaban de más. La señora Dora alzó sus ojos llorosos hacia mí y María Noema me miró interrogante.

- Salvador, por favor, di algo.
- Perdón, estoy tan impactado que se me han olvidado las palabras.
- Di al menos que te quieres casar conmigo.
- Sí, me quiero casar contigo.
- Parece que lo estuviera diciendo por obligación – acotó don Vicente – hablemos claro ¿Quiere usted casarse o no con mi hija?
- Sí, don Vicente, le ruego una vez más que me perdone, me siento torpe y estúpido, pero le pido permiso para casarme con su hija.

María Noema dio una exclamación de alegría. Doña Dora un suspiro de alivio y don Vicente tomó un calendario, poniéndolo frente a mis ojos.

- Sería bueno fijar la fecha. Aquí tienes un calendario.

Me sentí acorralado. No puedo negar que estaba enamorado de María Noema, pero la idea de casarme tan apresuradamente me asustaba. Tomé el calendario y di vuelta las hojas; no sabía qué decir. Opté por dejarlo sobre la mesa.

- No sé. Le ruego que usted fije la fecha.
- Bien ¿Qué te parece el próximo mes?
- ¿El próximo mes? – intervino la señora Dora – no me dará tiempo para preparar nada ¿Qué te parece si lo fijamos para dos meses más? Recuerda que tenemos que hablar primero con Feliciano. Así todos nos hacemos a la idea y podremos preparar una linda fiesta.

Respiré aliviado, la señora Dora, sin querer, me estaba dando un plazo para acostumbrarme a la idea del matrimonio.

- Está bien – dijo don Vicente – será dentro de dos meses, mientras tanto, le ruego, Salvador, que se mantenga alejado de mi hija.

Salí de la casa tambaleando como un borracho, me sentía atrapado en una red que yo mismo había tejido, no podía escapar, y eso me indignaba contra mí mismo. Había sido un estúpido, el amor es una locura, nos caza como si fuésemos las presas de un safari y no lo podemos evitar. Otra vez estaba entrando a ese mundo del que había escapado, el matrimonio ¿acaso las personas no pueden mantener una relación sin tener que prometerse amor y fidelidad para toda la vida? Todo eso daba vueltas en mi cabeza, pero me consolaba pensando que realmente estaba enamorado de María Noema y esperaba que ese amor durara más que el anterior. Corrí hacia el Malecón, necesitaba respirar el aire del mar, contemplar las tranquilas aguas y comenzar a reconciliarme con la idea del matrimonio.

Como de costumbre, el Malecón estaba lleno de mulatitos que saltaban desde las rocas. Ese lugar era la única posibilidad de zambullirse en el mar para los que no podían movilizarse hasta las playas de Bacuranao o Santa María del Mar, donde las grandes extensiones de arena invitaban al ocio. Descendí con dificultad entre las irregulares piedras hasta la orilla y quitándome los zapatos, metí los pies en las aguas, cerré los ojos y pensé que nuevamente estaba a punto de cometer una locura.

Esa tarde, Feliciano Fernández me llamó a su despacho. Por un momento pensé que el tema sería mi inevitable matrimonio con María Noema, pero se trataba de otro asunto.

- ¿Sabes hablar francés? – preguntó apenas entré a su escritorio.
- No, señor, sólo lo que aprendí en el colegio, que en verdad, no es mucho.
- Tendremos dos visitantes ilustres, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, necesito una persona que hable francés fluidamente, por un momento pensé en ti, pero veo que no me sirves.
- Es verdad, señor, no le sirvo, creo que María Noema sabe ¿no le gustaría que fuese ella la que reciba a sus visitantes?
- No lo creo, un hombre sería mejor pues tiene que acompañarlos en un recorrido por todo el territorio. Ahora te puedes retirar.

- Perdón, señor, quisiera darle una noticia.
- Bueno, habla pronto, no tengo mucho tiempo.
- Dentro de dos meses me casaré con María Noema.
- ¡Qué! –exclamó - ¿Acaso alguien me ha consultado? Ella es mi ahijada y creo tener derecho a saberlo con anticipación.
- Disculpe, es algo que se decidió sólo esta mañana, aún no han tenido tiempo para avisarle.

Se puso de pie y caminó por el cuarto, se detuvo frente a la ventana y guardó silencio. Yo no sabía qué hacer, si retirarme o permanecer esperando su reacción. Luego se volvió y sus fríos ojos grises se clavaron en mi rostro.

- Está bien, lo conversaré con Vicente. ¿Dentro de dos meses? Bueno, hay tiempo para arrepentirse ¿verdad?
- Verdad, señor, pero no creo que me arrepienta, amo a María Noema.
- ¡Amor, amor, amor! ¿por qué tengo que escuchar tantas estupideces? Todo el mundo habla de amor y después terminan lanzándose los platos por la cabeza. Parece que no me queda otra cosa que aceptarlo. Tendremos que preocuparnos de darte un futuro mejor, no quiero que mi ahijada viva como una pordiosera, déjame pensarlo, muchacho, parece que te estás convirtiendo rápidamente en un ciudadano de Cuba.
- Gracias, señor ¿me puedo retirar?

No me contestó, pero hizo un gesto para despedirme mientras se dejaba caer en su asiento y se agarraba la cabeza a dos manos, como si esa noticia lo hubiese impactado.

Parecía un globo a punto de reventar. Por una parte me sentía feliz de casarme con María Noema, pero por otro lado estaba aterrorizado; mi matrimonio anterior había creado anticuerpos matrimoniales que me costaba vencer. Caminé por Empedrado hasta La Bodeguita del Medio para tomar un mojito. No sé cuantas horas estuve metido en ese lugar cantando boleros junto a los guitarristas y bebiendo no sólo mojitos, sino que además grandes sorbos de ron. Perdí la cuenta del tiempo y de la cantidad de vasos que me sirvieron, sólo recuerdo que entre dos amigos me llevaron hasta mi cuarto, donde me dejaron tendido. Cuando desperté, había olvidado que debía casarme y durante un par de minutos, fui feliz en mi inconsciencia hasta que la verdad irrumpió en mi conciencia como una bofetada.

A pesar de la prohibición de don Vicente de ver a su hija, extrañaba a María Noema y pensaba como llegar a ella sin que su negra chaperona me viera, pero siete días después, y sin previo aviso, María Noema llegó a verme. Estaba pálida y llorosa, lo que me sobresaltó.

- María Noema? ¿Qué pasa, amor?
- Tenemos que casarnos antes, estoy embarazada.
- ¡Qué! – exclamé dando un grito de sorpresa - ¿Embarazada?
- Si, el médico dijo que tengo dos meses.
- Cómo no te diste cuenta antes.
- No lo sé – gimió estrujando sus manos desesperadamente.
- ¿Qué le diremos a tus padres?
- Ese es el problema. Piensa algo, por favor. Ahora me tengo que ir.

Me dio un beso furtivo y salió apurada. Me dejé caer en una silla tratando de tranquilizarme. Me parecía que la historia se estaba repitiendo. También Laura me había anunciado en el peor momento de mi vida que tendríamos un hijo, y ahora María Noema volvía a darme esa noticia ¿De qué me servía ser padre si nunca había tenido

responsabilidad como tal? Ni siquiera recordaba a mis hijos chilenos y ahora me nacería un cubanito. No me gustaba la idea de ser padre nuevamente y pensé que un aborto podría solucionar el problema. Salí a la calle sin saber a dónde ir. Pensé en Lucrecia Lucía, era mi única amiga en La Habana, quizás ella me pudiera dar un buen consejo. Caminé rápidamente hasta la tabacalera donde trabajaba y esperé su salida. Apenas me vio dio uno de sus gritos de sirena y se abalanzó sobre mí.

- ¡Salvador, mi amor! ¿Qué haces por estos lados?
- Esperándote, mujer ¿Tienes tiempo para un mojito?
- No sólo para uno ¿Dónde vamos a ir?
- A la Bodeguita del Medio ¿Te parece?

Durante todo el trayecto, Lucrecia Lucía no paró de hablar. Su voz me llegaba en sordina, como si estuviera muy lejos. Yo, metido en mis pensamientos, casi no la

escuchaba, hasta que un golpe en mi cabeza me trajo a la realidad.

- Y tú ¿Donde estás metido? Hace una hora que hablo y hablo y no dices nada.
- Perdón, Lucrecia Lucía, estaba distraído.
- ¿Algún problemón, chico?
- Algo así, ya te contaré. Mira, ahí está la Bodeguita, vamos a entrar.

Nos acomodamos en el segundo piso y pedimos nuestros mojitos. Un par de guitarristas cantaban un bolero y Lucrecia Lucía unió sus voces a ellos

“voy viviendo ya de tus mentiras / sé que tu cariño no es sincero / sé que mientes al besar / y mientes al decir te quiero...”

Escuché en silencio y sentí deseos de decirle que nunca le había mentado, que mi cariño por ella era sincero y que nunca la había besado falsamente, pero que tampoco ella era el amor de mi vida. Su voz se volvió susurro mientras ondulaba al ritmo de la música, coqueteando con los guitarristas, luego dio una exclamación, como si se hubiese cansado de cantar, besó en la mejilla a uno de los músicos y se acomodó frente a mi, estiró sus manos y tomó las mías.

- ¿Qué te pasa, chico? Tienes una cara de funeral que asusta.
- María Noema está embarazada.
- ¿Y quién es María Noema, se puede saber?
- ¡Que idiota soy! nunca te había contado de ella. Es la hija del doctor Díaz.
- Bueno ¿Y que tiene que ver contigo?
- Me tiene enamorado y nos vamos a casar.
- ¿Te tiene enamorado y te vas a casar? No seas canalla, y yo ¿dónde quedo?
- Tú eres algo diferente. Nunca hemos hablado de amor ni de compromisos, somos dos buenos amigos.
- ¡Buenos amigos! ¿Pero qué diablos crees tú que soy yo? ¿Una puta? Claro, es muy cómodo para el caballere te acostarse conmigo y casarse con otra.

La sorpresa me tenía atónito. Jamás pensé que Lucrecia Lucía reaccionara de esa forma ¿Acaso pensó alguna vez que nuestra aventura pudiera tener una importancia mayor? No era virgen cuando la conocí, tampoco una señorita púdica a la cual yo hubiese seducido, además, siempre había sido ella la que tomaba la iniciativa, no podía vivir sin sexo y no era el único en su cama, de eso estaba seguro, pero había algo que yo, como hombre, había pasado por alto: era mujer y con las mujeres nunca se sabe. Lo que para un hombre es algo simple, para ellas es una catástrofe. A lo largo de mi vida pude comprobarlo infinidad de veces. En una oportunidad, estando yo en Puerto Rico conviviendo con una preciosa mulata, al regresar a casa la encontré frente al espejo arreglando su cabello recién cortado. Ella preguntó cómo se veía; contesté que maravillosa, entonces volvió a preguntar si me gustaba más con el cabello largo o corto. Sin saber lo que pretendía, y suponiendo que la haría feliz diciéndole que estaba mejor ahora, opté por decirle justamente eso. Abandonó el espejo y poniéndose frente a mi, gritó – Entonces, cuando tenía el pelo largo y me decías que te gustaba, estabas mintiendo. Desconcertado, no supe que decir, me enredé en las palabras tratando de explicarle, pero la tormenta se había desatado y ya no había forma de calmarla. Desde entonces tengo mucho cuidado en dar mi opinión frente a ese tipo de consultas. Suspiré resignado, tomé un trago de mi mojito y esperé que se calmara.

- Me parece Lucrecia Lucía que estás haciendo una tormenta en un vaso de agua. Tú eres mi amiga y no mi novia. Espero que te quede claro. Nunca hemos hablado de amor ni de compromiso, tú pides sexo y yo te lo doy sin hacer preguntas. Estoy seguro de que no soy el único hombre en tu vida y me extraña el escándalo que me estás haciendo. Te aviso que me voy a casar dentro de un par de meses.
- ¿Eso te parece justo? – murmuró con voz llorosa – te he dado todo mi cariño ¿y así me pagas?
- Tranquilízate, mujer, el hecho de que yo me case, no significa que no nos sigamos viendo, eres mi amiga y te quiero mucho.
- ¿De verdad me quieres?
- Sí, tontita.

- Y si me quieres ¿Por qué te casas con otra? – se puso de pie, furiosa, y tomando el vaso con su mojito lo arrojó a mi cara – ¡Ya veremos si te casas! Conmigo no se juega.

Y sin darme tiempo para reaccionar, bajó la escalera dando gritos de rabia y salió a la calle. El mozo se sentó frente a mi y sonrió.

- ¡Mujeres! ¿Quién las entiende? Verdad, hermano. Sólo sirven para la cama y para complicarnos la vida. No le haga caso. Aquí, todos los días, alguna mujer hace un escándalo. Estamos acostumbrados.

El berrinche de Lucrecia Lucía me dejó preocupado, era una mujer impulsiva y temía que se dejara caer en el hospital para contarle al doctor Díaz mi aventura con ella. A decir verdad, esa era el menor de los temores; el doctor Díaz comprendería que un hombre joven como yo tenía necesidades que debía satisfacer y que las mujeres formaban parte de esas necesidades, pero ¿y si iba con el cuento donde María Noema? O lo que sería peor, donde doña Dora. Me imaginaba el escándalo que ella me haría, pero al final, creo que optaría por el silencio y que, como buena mujer, mi suegra guardaría esa injuria en un rincón del corazón, esperando el momento de un traspie, para lanzarme a la cara mi supuesta traición. Confiaba que ese momento no llegara jamás ¿Y María Noema? Quizás ella no lo entendiera, para las mujeres el sexo estaba relacionado con el amor, con esa necesidad tan femenina de sentirse amada, deseada, protegida; también con un sentido de pertenencia: el hombre pasa a ser de su propiedad, no puede mirar a otra mujer y si lo hacen, el castigo podría ser terrible. En cambio para nosotros, es una cuestión de higiene, una necesidad como lavarse los dientes o darse una ducha, tener sexo con una mujer cualquiera, sin siquiera saber su nombre, no significa nada, no destruye sentimientos ni derrumba matrimonios. Todo es cuestión de saber manejar la situación, pero en ese momento, yo me sentía vulnerable y si María Noema se enteraba, era capaz de confesar su embarazo y no casarse conmigo. Afortunadamente los días pasaron sin que Lucrecia Lucía diera señales de vida, lo que me tranquilizó. Dos días después Feliciano Fernández me llamó a su despacho.

- ¿Y cómo van los preparativos para esa boda?
- No lo sé, la señora Dora se encarga de todo.
- Como tú sabes, la próxima semana llegan Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir y queremos que su estadía sea muy agradable. He pensado que si asisten a una boda cubana, vivirían una grata experiencia. Voy a conversar con Vicente y Dora para que ustedes se casen esa misma semana.
- Señor – exclamé espantado - ¿Cómo se le ocurre? No tienen nada preparado.
- Eso no tiene importancia, yo me haré cargo. Puedo movilizar a todo el personal del Hotel Nacional, para ellos será una fiesta de bienvenida y para ustedes una linda boda ¿tienes padrino?
- No, señor .
- Bueno, yo seré tu padrino, ahora vete, no tenemos nada más que hablar, mañana me preocuparé de tu ropa para el matrimonio.

No tenía escapatoria y debía resignarme, prepararme psicológicamente para que ese día fuese feliz y sin problemas, además solucionaba el problema del embarazo, ya no podía pensar en un aborto y en cierta forma, me tranquilizó. Mi matrimonio no era una fiesta para nosotros, sino un evento especial en honor a tan ilustres visitas. No me cabía la menor duda de que el doctor Díaz y la señora Dora aceptarían de buen grado la imposición del comandante.

Fue como caer en medio de un tornado, y a pesar de mantenerme alejado de esa vorágine, no pude distraerme del todo. No sé con qué acto de magia, Feliciano Fernández apareció con un traje de alpaca inglesa para mi y un maravilloso vestido de novia para María Noema. Traté de rechazarlo alegando mi imposibilidad de pagarlo, pero sólo recibí una de sus duras miradas y un grito que me obligó a bajar la cabeza.

- Nadie te está preguntando si lo puedes pagar o no, sólo tienes que usarlo y quedarte callado.

También la nueva casa acaparó nuestro tiempo. Feliciano consiguió para nosotros una casa en El Vedado, con amplios cuartos amoblados finamente y un amplio jardín.

- Esta casa es mi regalo de matrimonio. Lógicamente, no les pertenece, pero la podrán ocupar de por vida.

María Noema estaba entusiasmada, sólo pensaba en su nueva morada sin darse cuenta que le había sido arrancada a otros seres que construyeron sus vidas en torno a ella.

Yo tenía un dolorcillo inexplicable en mi corazón ¿Cuántas alegrías, cuántas penas, cuántas ilusiones encerraban esos muros? también esa casa había sido el hogar de alguna familia que dejó todo abandonado para escapar del paraíso, y digo del paraíso, pues eso era Cuba para mi, con un árbol del bien y del mal que nos tentaba con sus frutas prohibidas y que gravitaba sobre todos nosotros, sin darnos cuenta que también ese árbol contaba con su respectiva serpiente, que sospechaba que algún día nos podría atacar.

La señora Dora llegó con un grupo de mulatas dispuestas a transformar la casa en un lugar habitable, acomodar los muebles y agregar los que faltaban. A ella no le importaba a quien había pertenecido, había aceptado las reglas del juego y trataba de amoldarse a ellas. Sabía que nada ganaba con protestar y tampoco quería arriesgar su tranquilidad. Mi vida estaba cambiando a pasos agigantados, el matrimonio con María Noema era como el *ábrete sésamo* y yo estaba entrando en esa caverna llena de tesoros que nuestro padrino ponía a nuestra disposición.

La llegada de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir produjo un despliegue de seguridad en torno a ellos y de paso, un aceleramiento de los preparativos para la fiesta de recepción, que pretendía ser la de mi boda.

No tuvimos ceremonia religiosa, desde el comienzo de la revolución la iglesia había comenzado a quedar postergada y nadie se atrevía a romper esa orden no escrita pero que gravitaba sobre el pueblo como si el ojo de Fidel los estuviera vigilando; sólo un oficial civil nos tomó el juramento matrimonial. El hotel estaba atestado de gente que nunca habíamos visto y que tampoco se interesaban en la ceremonia; todos conversaban, bebían y se cambiaban de lugar como si la ceremonia no tuviese ninguna importancia. La verdad es que no la tenía ¿a quién lo podría haber importado si todos sabían que nosotros éramos sólo una decoración extra en ese salón? María Noema y yo parecíamos dos figuras anacrónicas en medio de esa recepción en honor a nuestros visitantes. Afortunadamente no fuimos ignorados del todo, el comandante Fernández se encargó de sentarnos en la mesa junto a los escritores franceses y a los ministros del régimen, Armando Hart y Raúl Castro. María Noema y mi suegro, que hablaban un fluido francés, se encargaron de mantener la conversación con Jean Paul Sartre y Simone.

- Me extraña que Guevara no esté presente – dijo Sartre mirando a su alrededor.
- Es un hombre con mucho trabajo – respondió mi suegro – no tiene horarios, duerme a cualquier hora y se levanta cuando todos descansan.
- Me he dado cuenta. Tuvimos una entrevista con él a una hora inusitada. Nos recibió en el fuerte de “San Carlos de La Cabaña” después de la media noche. Se veía fresco, como recién bañado y con un suave aroma a lavanda. Su sonrisa nos cautivó de inmediato. Me pareció un ser extraordinario, con ideas claras y una mentalidad ágil. Confieso que el Che, como ustedes lo llaman, me gustó muchísimo.
- Estamos de acuerdo, el Che es un hombre extraordinario ¿Sabía que fue el primero en llegar a La Habana provocando la fuga de Batista? Fíjese que entró caminando al fuerte sin que ninguno de los 3.000 hombres que estaban en ese lugar se atreviera a disparar sobre él. Decididamente, usted tiene razón, es un hombre excepcional.
- Me llama la atención de que todos sean tan jóvenes; están alrededor de los treinta años.

- Es la edad de los revolucionarios, si fueran mayores, quizás no la habrían hecho.
- Tiene razón. Puesto que la revolución era necesaria, la juventud fue la encargada de hacerla y sólo la juventud experimenta suficiente cólera para emprenderla y tiene la suficiente pureza para llevarla a cabo. Pero mire usted, Ernesto Guevara acaba de entrar.

Efectivamente, Ernesto Che Guevara había entrado al recinto y con paso firme se dirigió a la mesa donde estaban los visitantes, los saludó en perfecto francés, luego se disculpó por no poderse quedar y dio media vuelta para marcharse. Feliciano Fernández lo interceptó.

- Ernesto, discúlpame, pero necesito hablar acerca de un nombramiento.
- No me *jodás* la vida, che, este no es el lugar más apropiado. Lo podemos conversar en mi oficina, *hablá* con mi secretario para que te fije una hora, pero no me *hagás* perder el tiempo que tengo mucho *laburo*.

Sin decir más, giró hacia la puerta y salió tan rápido como había llegado. Feliciano se quedó atónito, miró hacia todos lados como buscando una mirada amiga, alguna palabra de apoyo, pero nadie parecía haberse dado cuenta del desaire que había sufrido, me miró sonriendo como si nada hubiese ocurrido y se acomodó en su asiento.

María Noema resentía que nuestro matrimonio se hubiese convertido en una farsa para agasajar a los visitantes y sólo deseaba retirarse de la fiesta, pero no se atrevía; se acercó a mi oído y murmuró.

- No aguanto más este circo, estoy cansada y me quiero ir.
- Yo también estoy harto, pero me preocupa lo que piense tu padrino, no olvides que somos el pretexto para la fiesta.
- ¡Pero estoy agotada! – exclamó poniéndose de pie.

Todos la miraron como si hubiese cometido un desacato, Feliciano Fernández se acercó a ella y murmuró algunas palabras a su oído, no sé lo que le dijo, pero María Noema se puso pálida, luego roja, la vi vacilar pero luego dijo que necesitaba ir al baño, lo que tranquilizó a nuestro padrino, que regresó a su asiento. Jean Paul comentó algo a Simone y ella asintió, luego de disculparse, se pusieron de pie para retirarse.

- Perdón por abandonarlos tan temprano, pero mañana tenemos una cita con Nicolás Guillén; No podemos irnos de Cuba sin conversar un par de palabras con ese poeta maravilloso, me sé de memoria su poema “*Sóngoro songo*”
- Cada vez que lo escucho, me dan ganas de bailar – dijo riendo Simone – tiene el ritmo del Caribe.

Todos los imitaron, Raúl Castro y Feliciano Fernández los acompañaron hasta el ascensor, pues estaban alojados en el mismo hotel. Me pareció que ellos se habían dado cuenta de la incomodidad de María Noema y optaron por facilitarnos el camino. Cuando María Noema regresó del baño, la tomé de un brazo y nos fuimos a nuestro cuarto.

Teníamos pensado partir de luna de miel a Pinar del Río, pero Feliciano Fernández dijo que tenía otros planes para nosotros y por el momento no podía alejarme de La Habana. Traté de indagar sus motivos, pero sólo obtuve una respuesta enigmática.

- Se trata de tu futuro. Yo te avisaré el momento.

Durante varios días estuve a la espera de su llamado sin que nada sucediera. María Noema estaba desilusionada, ella soñaba con su Luna de Miel y se impacientaba, no entendía lo que su padrino pretendía; Se acomodaba frente a una ventana mirando la calle con la esperanza de ver llegar a don Feliciano, pero esa espera infructuosa desataba su mal humor. Para no soportar sus gritos me escapaba hacia el Malecón donde me sentaba a contemplar el mar y a soñar con una vida mejor. Cuando habíamos perdido la esperanza, llegó un mensajero con la orden de esperarlo al otro día a las seis de la tarde. Me pareció una hora inusitada para hacer cualquier trámite, pero como no sabía lo que él pretendía, me di un baño y esperé pacientemente.

Justo a esa hora el automóvil se detuvo frente a mi casa; él abrió la puerta y me gritó que entrara, luego dio orden al conductor que se dirigiera el fuerte de “San Carlos de la Cabaña”. No me atreví a preguntar el motivo de ese viaje al otro lado de la bahía. El me miró con el ceño fruncido, como si estuviese molesto, se acomodó en su asiento y no me dirigió la palabra en todo el trayecto.

La imponente fortaleza de “San Carlos de La Cabaña” domina, junto a la fortaleza de Los Tres Reyes, la entrada a la bahía de La Habana. A esa hora de la tarde, el sol estaba declinando y el cielo manchado de rojo iluminaba con un resplandor dorado el horizonte en llamas. El vehículo se detuvo en el interior del recinto y descendimos frente a una construcción que parecía diferente. Era la Casa del Gobernador donde Ernesto Che Guevara había instalado su oficina. Uno de los guardias nos indicó el camino. Entramos a un recinto con baldosas blancas y negras, como un tablero de ajedrez, me sentí como un alfil pronto a ser destruido. La oficina de Ernesto Guevara era larga y angosta, embaldosada de la misma forma, a un costado, grandes ventanales que dan sobre una amplia terraza desde donde se domina toda la ciudad. Los muebles eran oscuros, casi negros, el escritorio, ricamente tallado. Ernesto Guevara estaba sentado escribiendo y no alzó la cabeza cuando entramos. Tras él una puerta cerrada, a un costado un mueble alto con varios cajones, sobre una mesita baja habían dos teléfonos y la bandera cubana en un mástil de metal dorado. Feliciano Fernández esperó pacientemente que Ernesto Guevara alzara la cabeza. Yo jugaba con mis dedos, nervioso, sin imaginar el motivo de mi presencia en ese lugar.

- Bien, Feliciano – dijo Guevara mirándonos fijamente – leí tu solicitud para la Inspectoría del puerto. No me parece que un extranjero sea el más apropiado.
- Discúlpame, Ernesto, también tú eres un extranjero y eso no ha sido un impedimento para que ocupes un lugar importante dentro del gobierno.

Un rictus de furor cruzó el rostro del hombre que se puso de pie, amenazante, Feliciano se mantuvo impassible y no hizo ni un gesto, yo sólo retrocedí un paso.

- ¿ Acaso *pensás che*, que no tengo los suficientes méritos como para ser cubano? Dejé de ser extranjero hace mucho tiempo.
- Nadie discute tus méritos, Ernesto, y tú lo sabes, sólo quise recalcar que cualquier persona capacitada puede realizar bien su trabajo.
- *Vos sos un majadero che, para qué jodés tanto*. Pronto partirás como embajador, veo que *querés* dejar en buen pie a tu protegido – dijo, mientras volvía a sentarse.
- Agradezco el nombramiento como Embajador, pero me parece más un castigo que un premio ¿cómo se les ocurre enviarme a Estocolmo? Me voy a morir de frío.
- Bueno – contestó con voz dura – si no te agrada la *podés* rechazar, pero no es a mí a quien *tenés* que decirle eso che. Ahora *habláme* de tu protegido.
- Creo que mi protegido, como tú dices, es capaz de asumir el cargo con responsabilidad. Tú eres el mejor ejemplo de que no se necesita ser cubano para amar el país. También este joven ha venido voluntariamente para trabajar por la revolución.

Ernesto Guevara volvió a ponerse de pie, salió detrás de su escritorio y caminó por el lugar examinándome como si fuese animal exótico.

- Así que *vos*, chileno, *querés* ser inspector de puerto.

Estaba tan sorprendido que no sabía qué decir. Jamás había pretendido ese puesto y ni siquiera sabía que estaba vacante.

- Perdón, señor Guevara, la verdad es que esto es una sorpresa para mí. Nunca he pretendido un puesto de importancia, pero si se me concede el honor, lo desempeñaré correctamente.
- *Tenés* un buen discurso, che. Bravo. *Labia* no te falta. Ustedes los chilenos, que viven fingiendo humildad, siempre quieren tener la última palabra. Me parece, Feliciano, que esto *lo tenés* que conversar con Fidel. Yo no estoy de acuerdo. Ahora *andáte che* y no me *jodás* la vida ¿no ves que estoy ocupado?

Feliciano Fernández salió mascullando en contra, caminamos hasta el automóvil y nos acomodamos en silencio. Con voz de trueno ordenó al conductor que regresase a La Habana.

- Mañana mismo pediré una entrevista con Fidel ¿Qué se ha imaginado ese argentino prepotente, que puede disponer de nosotros a su antojo? Es humillante la forma en que nos trató, ni siquiera nos ofreció asiento.
- ¿Me puede explicar lo que está sucediendo? No entiendo nada.

- Sucede que el puesto de Inspector de Puerto está vacante y lo quiero para ti. No porque seas santo de mi devoción, lo hago por María Noema, que es mi ahijada y quiero darle una buena vida; además, creo que eres capaz de realizarlo bien.

La idea comenzó a gustarme. Inspector de Puerto. A pesar de que aún no sabía en qué consistía el trabajo, me ilusionaba pensando en todas las cosas que podría hacer desde ese lugar, pero los días pasaban, mi luna de miel estaba quedando atrás y Feliciano Fernández aún no conseguía una entrevista con Fidel Castro. Tres semanas de espera que para mí fueron como tres años; al fin Feliciano me envió un mensajero.

- Don Feliciano me encargó decirle que tiene una entrevista con don Fidel y que lo espere mañana a las diez de la mañana en la plaza Antonio Maceo, junto al monumento.

El nerviosismo me quitó el sueño y durante toda la noche di vueltas en mi cama esperando el amanecer. A las ocho de la mañana me estaba bañando y a las nueve ya estaba parado frente al monumento. El sol caía con fuerza y a pesar de estar acostumbrado a ese calor inmisericorde, necesitaba guarecerme bajo un árbol; miré mi reloj, aún faltaba media

hora para que Feliciano llegara, opté por caminar hacia un grupo de árboles donde me senté a la sombra para gozar de la brisa que siempre corre en La Habana. Desde ese lugar se divisaba el espléndido palacio de gobierno que a causa de su inmensa cúpula, había confundido con la catedral.

A la hora indicada apareció Feliciano Fernández para indicarme algunas normas de conducta, insistiendo en que debía mantener una actitud respetuosa, guardar silencio y no mirar fijamente a los ojos al guerrillero dueño de nuestros destinos. Con paso rápido caminamos a través del amplio espacio arbolado hasta la entrada del palacio donde un par de guardias nos detuvieron. Feliciano mostró el pase que le franqueaba la entrada y subimos por una impresionante escalera de mármol blanco, digna de cualquier palacio europeo. Gigantescas lámparas de lágrimas colgaban en los pasillos y sobre pedestales de mármol, bustos de los próceres cubanos y de otros países americanos.

La oficina de Fidel era más larga que ancha, con dos mesitas redondas rodeadas de sillones de caoba tapizados en cuero, donde se podía sentar para tomar un café o conversar más íntimamente. A un costado de la sala, un sofá también forrado en cuero. El escritorio de caoba era sostenido por bellas esfinges talladas en la misma madera y tras él, un busto de Martí en mármol blanco enmarcado por dos puertas ventanas con cortinas de terciopelo granate oscuro y una bandera en un mástil de bronce; un par de estantes altos completaban el mobiliario. El cielo raso tenía finos dibujos pompeyanos.

Fidel Castro nos esperaba de pie y nos tendió la mano cordialmente. Me llamó la atención el contraste entre el recibimiento que nos dio Ernesto Guevara y el de Fidel. Con una sonrisa nos indicó un par de sillas frente a su escritorio. Esperamos a que él se sentara para hacerlo nosotros. Luego, y sin mayor preámbulo tocó el tema.

- ¿Este es el joven que postulas para el cargo?
- Sí, Salvador es chileno y ha viajado especialmente a Cuba para trabajar por la revolución. Creo que es un buen elemento.
- Siempre he confiado en tu criterio, Feliciano, por eso te he encargado trabajos difíciles, como la de llevar al paredón a tantos traidores a la patria y contrarrevolucionarios; quiero darte en el gusto, a pesar de que mi amigo Ernesto, se opone. Has sido un leal servidor del estado ¿Y tú, joven, qué piensas al respecto?
- Perdón, señor, no me atrevía a dirigirle la palabra. En verdad he viajado desde Chile por admiración a usted. No quiero halagarlo, pero su ejemplo me ha motivado. Agradezco la confianza, no lo defraudaré, estoy dispuesto a dar la vida por la revolución.

Me quedó mirando con una sonrisa en los labios; guardé silencio y no me atreví a levantar la mirada hacia él. Ya me lo había advertido Feliciano de no mirarlo a los ojos, por eso me quedé sorprendido cuando dijo.

- ¿Por qué bajas la mirada? No soy un ogro ni te voy a comer, mírame a los ojos, sólo así podemos descubrir lo que pasa en el fondo de las almas.

Alcé mi cabeza y lo miré fijo. Una sonrisa nos iluminó el rostro a ambos y sentí que había ganado la batalla. Feliciano no sabía qué actitud tomar.

- Me gusta tu muchacho – dijo Fidel – sabe sonreír con sinceridad y tiene luz en los ojos, daré orden que le entreguen una lancha a motor y un pase para que circule libremente .

Abandonamos el palacio casi corriendo, estábamos felices. Feliciano por haber logrado su propósito y yo por mi nuevo cargo.

- Gracias, padrino, usted me ha abierto las puertas del cielo ¿cómo se lo podré agradecer?
- Siendo un buen marido con mi ahijada. Pasará algún tiempo antes de que la vuelva a ver y quiero saber que ella es feliz. La próxima semana parto hacia Suecia, es mi primera misión diplomática.
- Me alegro, pero ¿no lo asusta el cambio? Viajar del calor del trópico al frío de Escandinavia.
- ¿Crees que no lo he pensado? Pero ya he encargado la ropa necesaria, soy un soldado y cumplo con mi deber.

Antes de partir, Feliciano me acompañó hasta la oficina de la Capitanía de Puerto para presentarme a mi jefe directo que estaba en antecedente de mi nombramiento. Aproveché de indicarme cual era mi lancha de patrullaje y quienes serían mis acompañantes y en qué

consistía mi trabajo, también para entregarme las credenciales que me convertían en el nuevo inspector.

- Entre otras cosas, debe controlar todo tipo de embarcación que entre o salga de los puertos y exigir los permisos correspondientes; vigilar los balseros, y si es posible, capturarlos para entregarlos a la justicia. Hay que tener mucho cuidado con los contrabandistas.

Me di cuenta de que mi trabajo era mucho más complejo de lo que había imaginado, pero me alegraba tener una tripulación de cuatro hombres que me ayudarían en la tarea.

Como primera medida, aprendí a manejar mi embarcación, que era mucho más grande que el resto de las lanchas atracadas en el muelle; tenía una amplia cabina donde había una mesa empotrada al muro y una litera con colchoneta y frazada; también una cocinilla pequeña y algunos enseres domésticos; eso me hizo pensar que podría pasar algunos días sin problemas cuando me enviaran en alguna misión algo más lejos. Tras una pequeña puerta, el retrete. Parecía cómoda y acompañado de un instructor, salí de la bahía para recorrer las playas cercanas. Me fue fácil aprender y al cabo de una semana ya podía patrullar sin problemas. Mis acompañantes rotaban cada cierto tiempo como medida de seguridad. Quizás para no entablar una amistad que nos llevara a cometer algún ilícito.

La partida de nuestro padrino produjo un fuerte cambio en nuestras vidas. Mi suegra se quejaba de lo difícil que se le hacía conseguir los productos de primera necesidad que antes le suministraba Feliciano. También nosotros teníamos los mismos problemas. La libreta de racionamiento era nuestra única forma de conseguir algunas cosas. María Noema estaba obligada a hacer largas filas para lograr una ínfima porción de carne o pan y nos vimos obligados a prescindir de la ayuda de una empleada, pues no podíamos alimentarla. Mi nuevo trabajo fue una puerta de escape a los problemas cotidianos. Todos los días debía patrullar frente a las playas y visitar las pequeñas caletas. A las siete de la mañana abandonaba el puerto rumbo a las costas cercanas. Algunas veces llegaba sólo hasta Bahía Honda, pero en otras oportunidades tenía que llegar más lejos, como Minas de Matahambre o Arroyos de Mantua donde debía quedarme patrullando un par de días. También viajábamos hacia Matanzas o Corralillo y las costas cercanas. No siempre seguíamos las instrucciones pues consideraba exagerado interrogar a la gente para averiguar si conocían algún balsero. Esas personas me daban pena, arriesgar la vida sobre unas precarias tablas me parecía el colmo de la estupidez, y todo para llegar a Estados Unidos a pasar hambre y miserias y de paso, tener que aprender otro idioma tan diferente al nuestro. Me parecía una exageración pues en la isla estábamos bien. Al menos eso era lo que pensaba en esa época. No me daba cuenta de que yo tenía una situación de privilegio y que no todas las personas disfrutaban de un trabajo como el mío. Mis compañeros compartían mis ideas y si divisaban algún balsero, preferían mirar hacia otro lado, no les hacía ninguna gracia atraparlos, sabían que irían a parar a la cárcel. Creo que más de alguno les hubiese gustado acompañarlos. Sólo en un par de oportunidades, cuando cambiaban mis acompañantes, interceptamos un par de ellos y con gran dolor de mi corazón, los entregamos a la policía.

Según mi instructivo, debía alejarme aún más de mi centro de operaciones y recorrer la costa norte de una punta a la otra, lo que me hubiese demandado mucho tiempo, pero María Noema estaba cerca de la fecha de parto y temía que eso sucediera en mi ausencia.

En febrero de 1960 nació mi hija y la bautizamos con el nombre de sus dos abuelas, Dora Cristina. Cuando ella se aferró a mi dedo y ronroneó como una gatita, me robó el corazón, aprisionándome con una cadena de amor que no rompería ni la muerte; estaba más preparado para ser padre que en la primera oportunidad y sentí un fuerte dolor por el olvido en que tenía a mis dos hijos chilenos. No tenía noticias de ellos; ignoraba como eran, que deseos tenían, que nostalgias llenaban esos corazones de niños abandonados y mis ojos se humedecieron con esas lágrimas tardías que nada remediaban. A pesar de no haberme preocupado jamás de tender un puente por donde pudiera transitar el amor de padre, sentía la necesidad de tenerlos a mi lado. María Noema tomó mi mano y sonrió, seguramente pensando que toda mi emoción la causaba la pequeña que tenía en mis brazos, no quise herir sus sentimientos diciéndole que era la nostalgia de aquellos pequeños que habían quedado en el pasado. Mis padres no me habían escrito y tampoco yo lo había hecho. Arrepentido de mi indiferencia, envié una carta con las fotografías de mi esposa y mi hija. Estaba seguro de recibir una respuesta que alegraría mi corazón.

Los domingos salía con mi familia a pasear por las playas para tendernos al sol y dejarnos acariciar por las olas. María Noema era feliz y su felicidad me contagiaba. El

resto de la semana era poco el tiempo que me quedaba para dedicárselos, pero mi suegra, después del hospital, pasaba un par de horas con ellas.

Una tarde, al regresar a casa, escuché los gritos histéricos de María Noema y su madre. Un gallo negro colgaba en la puerta de mi casa. Lo arranqué de un tirón, molesto al darme cuenta de que eran tan supersticiosas como el resto de los cubanos. Entré en casa dispuesto a calmarlas; estaban abrazadas, temblando, como si estuviesen amenazadas por un monstruo espantoso.

- ¡Por Dios, mujeres! ¿Qué pasa? ¿Acaso ese gallo negro es una amenaza?
- ¿No te das cuenta de que alguien nos quiere hacer daño? Eso es vudú, magia negra, puede causar la muerte.
- No sean supersticiosas, esas cosas existen sólo en la cabeza del que cree en ellas. Es el miedo el que mata.
- ¿Qué hiciste con el gallo?
- Lo dejé botado fuera ¿Por qué? ¿Prefieren cocinarlo?

Mi suegra dio una exclamación y se persignó dos veces, luego trazó la señal de la cruz en la frente de mi hija.

- Hay que proteger a la niña de todo mal, envuelve ese bicho y mételo en una bolsa, voy donde un brujo para que haga un sahumero en contra.

Era mejor cerrar la boca ¿Qué podría decirles? ¿Qué estaban equivocadas? Esas supersticiones ancestrales cuesta arrancarlas del alma de los pueblos y todo el Caribe vive contagiado con ellas. En algunas oportunidades me ha sorprendido que algunas personas, consideradas cultas, con firmes creencias religiosas, hayan manifestado su temor frente a esos ritos – Aunque no hay nada de cierto – decían para justificarse – la maldad existe, es mejor estar atentos, no vaya a ser cosa que esas brujerías resulten.

Dos días después encontré un muñeco de trapo clavado con alfileres ¡Malditas supersticiones ! Exclamé. Luego de envolverlo en un papel, caminé hasta el Malecón y lo lancé al mar. Era preferible que María Noema no se enterara. Si el gallo muerto le había causado un ataque de histeria, ese muñeco la volvería loca. Me quedé pensando ¿Quién podría desearnos tanto mal como para hacernos brujerías? Llegué a la conclusión que sólo Lucrecia Lucía podía estar detrás de todo eso. No la había vuelto a ver desde el día en que arrojó el mojito a mi rostro y me había amenazado por mi matrimonio. Tenía que verla para aclarar las cosas. No podía estar jugando con la tranquilidad mental de mi esposa, pensé ir a buscarla a la tabacalera, pero me enviaron a patrullar cerca de Arroyos de Mantua, donde se había informado que un grupo de balseros estaban dispuestos a lanzarse al mar. Confieso que partí de mala gana, interceptar balseros no me hacía feliz, pero los cuatro hombres que pusieron a mi lado estaban excitados con la idea de atraparlos y no sólo enviarlos a la cárcel, sino que incluso darles muerte. Ante tanto entusiasmo, preferí callar, eran hombres

peligrosos y no quería arriesgarme con ellos. Cuando las ideologías llevan al fanatismo y destruyen el criterio de los seres humanos, es mejor mantenerse al margen y eso lo estaba aprendiendo rápidamente. Afortunadamente, durante los cinco días que estuvimos rondando el lugar, no divisamos ningún balsero. Seguramente se habían dado cuenta de nuestra presencia.

En los primeros días de marzo, mi jefe me llamó a su oficina para informarme que debía extremar la vigilancia, pronto llegaría el barco “Le Coubre” procedente de Amberes, con un cargamento de armas, y que debía vigilar el entorno para que no sucediera nada que entorpeciera la maniobra. Otras cuatro lanchas ocupadas por militares se habían habilitado para rondar en torno a la isla. Me llamó la atención tantas precauciones, eso significaba que podría existir un peligro. Lo que más me extrañaba era que fuesen armas, el país sufría la prohibición de comprarlas.

Después de terminar mi jornada me fui directamente al hospital, pasé por mi antigua oficina para saludar a los muchachos; me llamó la atención que estuvieran trabajando, los saludé en voz alta, ellos dieron una exclamación cuando empujé la puerta.

- Que sorpresa – exclamé – ustedes trabajando ¿qué ha pasado?

Inquietos se miraron uno al otro.

- El Che nos tiene sentenciados, no le gustan las personas como nosotros, está haciendo una redada – se miraron inquietos - dijo que estábamos listos para el paredón.

No supe qué decir, no eran los únicos amenazados, el Che y Raúl vivían buscando víctimas, traté de tranquilizarlos, pero de nada servían mis palabras, pobres chicos, el terror los tenía paralizados, desde que se había iniciado la persecución contra los homosexuales, ninguno de ellos estaba seguro. Me despedí y fui en busca de mi suegro que estaba de turno; quería compartir con él mi inquietud. Sentados frente a una taza de café le comuniqué la pronta llegada del barco.

- ¡Esa sí que es noticia! Pero no te pongas a contárselo a todo el mundo. Jamás pensé que llegarían.
- ¿Qué jamás llegarían? ¿acaso usted sabía de su existencia?
- Por supuesto. Esas armas fueron compradas a Bélgica por Batista en 1958. Estados Unidos había declarado públicamente que no entregaría armas al tirano, pero bajo cuerdas, entregaba armas a los dictadores de República Dominicana y Nicaragua y gestionaba con Bélgica para que nos vendiera los modernos fusiles FAL, pero sin aparecer ellos en ninguna de las conversaciones previas. Tú sabes, típico de los gringos. Después de muchas presiones, se logró que Bélgica accediera. El triunfo de la revolución impidió que ese cargamento llegara a manos de Batista, pero como ya estaban pagadas y los compromisos firmados, se vieron obligados a enviarlas aún en contra de la presión con que Estados Unidos trató de impedirlo. Ahora le pertenecen a la revolución.

La explicación dejó en claro que existía un peligro. Si esas armas las había pagado Batista y Estados Unidos estaba en contra, cualquier cosa podría ocurrir, desde un atentado terrorista hasta la destrucción del barco en alta mar. Ahora me explicaba todas las precauciones tomadas. Debía patrullar y poner atención. A partir de ese día me internaba mar adentro para otear el horizonte en busca de cualquiera embarcación desconocida. Por las noches regresaba a casa, agotado e inquieto; en algunas oportunidades presentía que alguien me seguía, pero cuando giraba rápidamente para sorprenderlo, me daba cuenta de que sólo mi sombra se alargaba hasta el infinito. Mis nervios me estaban traicionando y la inquietud por la llegada del barco alteraba mi tranquilidad.

“La Coubre llegó a puerto el 3 de Marzo de 1960 y fue fondeado en el antiguo muelle de Pan American Docks, donde comenzaron de inmediato a descargarlo. Me llamó la atención que ordenaran al administrador, señor Neme Oms, antiguo funcionario que conocía perfectamente su trabajo, abandonar el lugar, para substituirlo por Ascolí Tequechel, un individuo que, para mi, era desconocido y que algunos compañeros aseguraban que nunca había visitado el puerto. Como el señor Tequechel ignoraba la rutina portuaria, algunos se ofrecieron para asesorarlo, pero él se mantuvo al margen. Traté de averiguar si era algún experto en armas, como para justificar su presencia, pero nadie supo

darme una respuesta. Como era algo que no debía importarme, traté de olvidar el asunto, pero una inquietud extraña me carcomía la mente ¿por qué el señor Tequechel se había hecho cargo del desembarco? Era una pregunta que no podía contestar. Inquieto, fui a conversar con mi suegro, quizás él podría darme una respuesta. Para mi sorpresa, sólo me miró desconcertado, nada sabía al respecto, pero le dejé la inquietud.

- ¿El barco está en el puerto? Eso no puede ser. Me parece muy extraño, no se están cumpliendo los protocolos establecidos, ese barco no se puede descargar en el puerto. Esto no me lo esperaba y esos cambios me dan mala espina, algo puede pasar.

También a mi me parecían extraños esos cambios, pero una vez en el puerto, el barco estaba protegido, nadie podría atentar en su contra, pero una pregunta seguía rondando en mi cabeza ¿quién era el señor Tequechel? Me despedí de mi suegro con la sensación de un inminente desastre.

Mi intención de aclarar las cosas con Lucrecia Lucía no la había olvidado, y como mi labor de vigilancia se había cumplido y tenía dos días libres, envié un recado a la tabacalera para que se encontrara conmigo en la Plaza Vieja, a las tres de la tarde del otro día. Era un lindo lugar de encuentro, podríamos tomar un par de mojitos y conversar. A esa hora estaba sentado bajo los arcos de la antigua casona que me protegían de un sol que caía con fuerza, haciéndome maldecir mi ocurrencia de citarla a una hora tan poco apropiada, lo ideal hubiese sido al atardecer, pero por otro lado, tampoco podía justificar mi

ausencia a una hora que debía de estar en casa. Lucrecia Lucía gritó mi nombre desde el otro lado de la plaza, alzó su brazo en señal de saludo mientras iniciaba sus acostumbrados movimientos de bailarina, agitando sus caderas como si estuviera en una pista de baile; contesté del mismo modo, alzando los brazos y saltando como un macaco mientras luchaba por contener la risa que su actitud de niña me provocaba. Al verla tan jovial y transparente, con la misma sonrisa de siempre, envuelta en esa brisa de encanto que me subyugaba, descarté de mi mente la idea que fuese ella la que nos estaba lanzando maldiciones. Atravesó la plaza sin apuro, contoneándose como de costumbre, sonriéndoles a los hombres que le lanzaban piropos, se sentó a mi lado y me abrazó.

- Chico malo, al fin te acordaste de mi existencia – murmuró mientras estampaba un sonoro beso en mi mejilla.
- Ya era hora de verte, espero que no me lances otro mojito a la cara y no vuelvas a colgar otro gallo en la puerta de mi casa.

Me miró con cara de pena, hizo algunos gestos que me provocaron risa.

- ¿Estás enojado? Fue sólo una broma.

Había sido ella, me dio rabia, pensé en llamarle la atención, hacerla sentir que ese tipo de bromas no se pueden hacer, y menos conociendo el supersticioso espíritu cubano, pero no alcancé a decir ni una sola palabra, pues una fuerte explosión estremeció la ciudad, como si una bomba hubiese explotado sobre nosotros. Nos quedamos petrificados sin saber lo que ocurría. Una espantosa idea cruzó por mi cabeza.

- “ Le Coubre” – exclamé.
- ¿Qué es eso? – preguntó Lucrecia Lucía.
- Corramos – dije – vamos al puerto.

Una muchedumbre corría a nuestro lado mientras los gritos de socorro llegaban a nuestros oídos. Mi temor a un atentado se había cumplido sin que nadie lo hubiese podido detectar. Antes de llegar se notaban las huellas del desastre; varios heridos estaban tendidos mientras algunas personas trataban de ayudarlos. Abracé a Lucrecia Lucía tratando de impedir que contemplara la dantesca visión. La dársena estaba sembrada de cadáveres y heridos que clamaban auxilio.

- Vete – le dije mientras la empujaba suavemente – es un lugar peligroso, no sabemos lo que puede suceder.
- ¿Estás loco? Mira esas personas, alguien tiene que ayudar.

Sin hacer caso a mis palabras, Lucrecia Lucía se inclinó para socorrer a un hombre; rompió el ruedo de su falda y comenzó a vendarla la frente que sangraba mientras murmuraba palabras de consuelo. Sentí deseos de besarla, pero opté por correr hacia la oficina del administrador en busca de instrucciones. En ese momento una nueva explosión terminó por barrer el muelle lleno de heridos. La onda expansiva me lanzó lejos, estrellándome contra un muro y dejándome atontado, traté de ponerme de pie, de recuperarme, pero la cabeza me daba vueltas, no me podía centrar y perdí el conocimiento;

no sé cuanto rato estuve tendido, sólo recuerdo que alguien mojaba mi frente y musitaba palabras de aliento. Abrí los ojos sin recordar donde estaba; me dolía el cuerpo y un ligero temblor en mis piernas me impedía ponerme de pie. Me afirmé en el muro y con ayuda de la muchacha que me socorría, logré pararme, tambaleaba; mi cabeza sangraba y ella desgarró la manga de mi camisa para improvisar una venda.

- Calma – me dijo – no camine, se puede desmayar nuevamente.

Angustiado, pensé en Lucrecia Lucía, ella había quedado atrás socorriendo a un herido. Desprendiéndome del brazo que me sostenía, me arrastré en su búsqueda, orando para que ella hubiese escapado a tiempo. Grupos de socorro corrían impidiéndome el paso, trastabillaba, apoyado en los muros y sorteando los cadáveres, logré llegar al lugar donde la había dejado. En el primer momento sólo vi escombros, cuerpos esparcidos, gemidos y desolación, luego descubrí su pierna bajo una plancha de fierro, di un grito, traté de correr pero sólo me pude arrastrar a su lado. Traté de empujar hacia un lado el planchón metálico que la aprisionaba, pero estaba tan caliente que quemé mis dedos. Un par de hombres llegaron en mi ayuda y con unas varas de metal, logramos empujarla. Su rostro era una masa informe. Me dejé caer a su lado llorando sin consuelo. Un grupo de socorristas llegó al lugar y me obligaron a levantarme mientras recogían el cuerpo de mi amiga para lanzarlo en un camión junto a tantos otros, quise protestar, pero una enfermera me cogió de un brazo para curarme las heridas.

- Calma, joven – murmuró dulcemente – ha tenido suerte, sus heridas son leves.
- Mi amiga está muerta – gemí – yo tengo la culpa, la cité en este lugar.

- No es culpa de nadie, así es la vida, tiene que calmarse.

Me limpió la sangre antes de aplicar un desinfectante, cubriéndolas con una gasa y esparadrapo, luego me empujó suavemente hacia un vehículo que transportaba heridos al hospital. No quise subir, otros lo necesitaban más que yo.

Abandoné el lugar tambaleando, me sentía en las nubes, mis ojos me traicionaban pues el camino zigzagueaba y tenía miedo de volver a desmayarme, pero estaba preocupado por los heridos ¿Qué podía hacer para ayudar a tanto desgraciado? También yo pude ser una de las víctimas, afortunadamente me había salvado con sólo un par de heridas leves. Caminé como atontado sin saber bien hacia dónde dirigirme, mientras la gente continuaba corriendo hacia el lugar del siniestro.

A pesar de sentirme mareado y débil, caminé hasta la plaza Antonio Maceo y me dejé caer en el prado bajo los árboles, cerré los ojos y me dejé llevar, no quería pensar, tampoco saber, era como si el mundo hubiese dejado de girar y yo fuese sólo una brizna de paja en el aire. Reaccioné cuando un policía se acercó para saber si me pasaba algo; le agradecí su preocupación y opté por caminar hacia mi casa.

El Che Guevara, que se encontraba en una reunión en el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, llegó rápidamente al lugar y se pasó las siguientes horas atendiendo a los heridos. Se estima que murieron más de cien personas.

No sé por qué recordé la explosión del Maine, ocurrido en 1898, también en la bahía de La Habana, que sirvió de pretexto a los Estados Unidos para declarar la guerra a España, que en ese momento luchaba contra los cubanos que pretendían su independencia. ¿A quién había beneficiado esa tragedia? Estados Unidos siempre negó su participación en el hecho, pero fueron los únicos que lograron lo que querían: inmiscuirse solapadamente en un conflicto que no les pertenecía e iniciar la primera guerra imperialista de la época, vencer a España y apoderarse de Cuba, Puerto Rico, las islas Guam e incluso Filipinas. Cuba pasó de ser colonia de España a neocolonia de Estados Unidos. Y ahora ¿Qué se pretendía con esta masacre? ¿Acaso Estados Unidos esperaba algún beneficio? Apuré el paso y casi corriendo, logré llegar a mi casa, para caer en brazos de María Noema, quien, espantada por lo que estaba ocurriendo, sólo atinó a abrazarme y llorar desconsolada.

Al otro día traté de ver a mi suegro para saber más detalles. El siempre tenía buenos informantes, pero fue imposible. El hospital estaba custodiado por el ejército y no permitían la entrada a ninguna persona ajena al establecimiento. Por lo demás, desde la llegada de los heridos, él no había salido ni un instante.

Los funerales masivos fueron impresionantes. El pueblo caminó tras el cortejo, la cabeza gacha y los brazos caídos mientras lágrimas silenciosas bañaban los rostros. Sólo se escuchaban sollozos, tenues suspiros y los leves pasos de la multitud. En uno de esos

ataúdes estaba Lucrecia Lucía, mi primera amiga en la isla, el primer ser que me brindó cariño y diversión, la mujer con la que compartí risas y alegrías; las lágrimas mojaban mi rostro y no podía calmarme; María Noema me acompañaba en silencio, sin comprender el motivo de mi llanto. ¿Cómo decirle que con Lucrecia Lucía se iba parte de la ingenuidad con que había llegado a la isla y la esperanza de tiempos mejores?

Fidel Castro, de pie frente a la multitud que esperaba sus palabras, parecía una estatua trágica. Alzó las manos pidiendo silencio. A su lado, Raúl y Ernesto Guevara.

...Y sin inmutarnos por las amenazas, sin inmutarnos por las maniobras, recordando que un día nosotros fuimos doce hombres solamente y que, comparada aquella fuerza nuestra con la fuerza de la tiranía, nuestra fuerza era tan pequeña y tan insignificante, que nadie habría creído posible resistir; sin embargo, nosotros creíamos que resistiríamos entonces, como creemos hoy que resistiremos cualquiera agresión. Y no sólo sabremos resistir cualquiera agresión, sino que sabremos vencer cualquiera agresión, y que nuevamente no tendríamos otra disyuntiva que aquella con que iniciamos la lucha revolucionaria: la de la libertad o la muerte. Sólo que ahora libertad quiere decir algo más todavía: libertad quiere decir patria. Y la disyuntiva nuestra sería "Patria o Muerte".

En ese momento, Fidel acuñó la frase "patria o muerte" con la que desde ese momento, terminaría todos sus discursos.

Un fuerte sentimiento anti norteamericano embarga la isla y los que aún estaban renuentes a aceptar las nuevas políticas del gobierno se manifiestan de acuerdo. Sólo muy pocas personas piensan en la inocencia de Estados Unidos, pero no se atreven a

manifestarlo públicamente. Tampoco saben a quién culpar. Pero todos estaban de acuerdo en que ese sabotaje fue preparado por alguien que tenía mucho que ganar.

La conmoción por lo sucedido duró un largo tiempo, era el comentario obligado y cada uno tenía una versión propia de la tragedia. Perdí contacto con mi suegro, pues apenas salía del hospital y la señora Dora no tenía tiempo para visitas; María Noema tampoco quería salir pues tenía miedo, en cada esquina veía un asesino y el temor a nuevos atentados la mantenía encerrada en casa. Mis heridas curaron y regresé a mis obligaciones. Yo sólo estaba preocupado de mi familia y cumplir con mi trabajo y no quería pensar en las consecuencias de ese atentado, y a pesar de mis deseos de conversar con mi suegro, mi trabajo no me daba tiempo para visitarlos.

Don Vicente y la señora Dora tampoco nos visitaban y María Noema se mostraba inquieta. Un manto de angustia cubría la ciudad y el optimismo parecía hacer desaparecido de nuestras vidas, creo que en la mente de todos, seguía rondando la misma pregunta: ¿quién, por qué?

Como no podía comunicarme con mi suegro en busca de información, comencé a rondar cerca del lugar donde estaban los restos del barco, tenía la esperanza de encontrar alguien que tuviese alguna idea, que conociese alguna persona que me pudiera aclarar lo sucedido, pero mi obsesión se estrellaba contra un muro de silencio, nadie sabía nada. Me llamó la atención que un grupo de buzos norteamericanos revisaran el casco del barco, también me llamó la atención el férreo control que ejercían para que nadie se acercara a ellos. Una tarde en la que me detuve a mirarlos a media cuadra de distancia, vi como mi amigo Pascual Ortega, otro de los capitanes de puerto, especialista en explosivos, discutía con uno de los buzos que no le permitía acercarse; esperé hasta que él, fastidiado, diera media vuelta y se alejara del lugar, entonces lo abordé, estaba seguro que él tenía alguna información; lo alcancé rápidamente y cogiéndolo de un brazo lo invité a tomar unos tragos, sabía que después de un par de copas de ron, la lengua se vuelve loca por contar secretos .

- Oye, Pascual – empecé después de un par de tragos - ¿No te parece raro lo sucedido con “Le Coubre”
- Todo es muy raro, chico, pero ¿Cuál es tu interés?
- No, hermano, ninguno, sólo curiosidad.
- La curiosidad te puede llevar al paredón.
- Bueno, si no sabes nada, mejor te callas.

Me miró sonriendo, se tomó otro trago y lanzó una carcajada.

- ¿Qué no sé nada? No me provoques, cabrón ¿qué quieres saber?
- No, nada – dije haciéndome el indiferente – pero siempre es bueno estar informado.
- Todo es muy raro, chico, fíjate que el barco no llegó en un viaje directo, primero estuvo en Miami para dejar dos pasajeros, un sacerdote dominico y un periodista norteamericano llamado Donald Lee Chapman.
- ¿Donald Lee Chapman? No puede ser, a ese hombre lo arrestaron aquí, en La Habana, horas después del atentado.
- Eso lo sé muy bien, y también sé que lo dejaron en libertad a las pocas horas por la presión de la Embajada Norteamericana. La pregunta es ¿cómo es posible que haya desembarcado en Miami y hubiese aparecido justo en el muelle al momento de la explosión?
- No me mires con esos ojos interrogantes ¿qué te puedo decir? Sé menos que tú.
- Y eso no es todo, después atracó durante dos días en el muelle N° 8 de Newport News, Norfolk, Virginia. Seguramente ahí le pusieron los explosivos.
- Pero si el barco traía explosivos, ¿para qué le iban a poner más?

Puso una cara como diciendo que yo era un estúpido.

- Escucha bien, tontito, soy experto en explosivos: sospecho que colocaron un moderno artefacto explosivo entre las cajas de granadas antitanques, el cual se activó al momento de retirar el peso de encima.

- ¿Estás seguro?
- ¿Cómo voy a estar seguro? No estoy seguro de nada, son sólo conjeturas basadas en mi experiencia; es lo que yo habría hecho.

Lo que había dicho no carecía de lógica, pero era una lógica basada en un sentimiento anti norteamericano. Pero no me parecía equivocado del todo y pensé que una vez más los Estados Unidos se mezclaba en turbios asuntos, interfiriendo en el libre albedrío de los pueblos en forma solapada, desatando el caos sin aparecer directamente ligado a ello, sembrando la duda, dejando en la sombra al verdadero culpable y dándole a la imaginación la oportunidad de elucubrar y buscar por otros senderos. Pascual Ortega me miraba con una sonrisa socarrona en sus labios.

- ¿Qué pasa, chico? Te has quedado con una cara de idiota que da risa.
- ¿Qué quieres? Todo lo que me has dicho es muy fuerte ¿tú crees que es llegar y decir: fueron los norteamericanos. ¿Acaso no pudieron ser otras personas interesadas en sembrar la duda en medio del desastre?
- Bueno, eres libre de pensar lo que quieras, pero fíjate en un detalle, hay un grupo de buzos norteamericanos examinaban el casco del barco y le rinden cuenta sólo a la embajada norteamericana ¿Por qué? He discutido con ellos, pero no he logrado más que un portazo en la cara y el gobierno no hace nada por intervenir.

Un portazo en la cara, esa frase retrataba claramente lo que sucedía: los cubanos estábamos recibiendo un portazo en la cara sin saber quién nos cerraba la puerta. Me despedí de Pascual sin hacer comentarios y decidí cerrar ese capítulo, no quería saber nada más, lo sucedido con “Le Coubre” me estaba trastornando, eran tantos los interrogantes y opté por trabajar en silencio, sin hacer más preguntas.

María Noema tenía pena, sentía que sus padres la habían abandonado. En cierta forma tenía razón, hacía más de dos meses que habíamos perdido contacto: primero fue por la tragedia de “Le Coubre” que acaparó todo el tiempo de mi suegro, después, mi exceso de trabajo y un poco de desidia de ambas partes.

- No te angusties, mi niña, si ellos no pueden venir, nosotros iremos a verlos.

Nos costó llegar a Miramar, la locomoción no era muy buena y el tiempo de espera nos impacientaba. Algunas bicicletas arregladas con un par de asientos atrás y que servía para llevar pasajeros circulaban por la ciudad. Era una idea inteligente para ganar un par de pesos extras. Optamos por esa solución que de todas maneras me parecía cruel, nosotros sentados y el pobre hombre pedaleando bajo la fuerte canícula que amenazaba con deshidratarlo.

La señora Dora nos recibió con gritos de alegría y cogió en sus brazos a la pequeña que comenzó a llorar, asustada ante tanta algarabía. Don Vicente, más serio que de costumbre, se limitó a darle un beso a su hija y estrechar mi mano. Imaginé que algo lo atormentaba y decidí conversar con él apenas las mujeres me dejaran libre. Esto no sucedió hasta después de almuerzo, cuando él salió al jardín para fumar su habano. Me acomodé a su lado y pasando un brazo por su espalda, lo abracé cariñosamente.

- Algo le pasa, suegrito, dígame ¿Qué sucede?
- Nada, hijo, cosas que pasan por esta cabeza y no me dejan en paz.
- Vamos don Vicente ¿Cuándo aprenderá a confiar en mi?

Me miró con una sonrisa irónica en sus labios, luego palmoteó una de mis piernas.

- ¿Quieres que te lo recuerde? Confié en ti y me jugaste chueco.
- No diga eso que me da vergüenza. Pero cumplí con mi obligación ¿verdad? Y ahora todos somos felices.
- ¿Felices? no todos, si miras a tu alrededor, verás más de alguna cara triste, y si pones atención, escucharás palabras que te dejarán sorprendido.
- Tiene razón, la semana pasada detuvimos a unos balseiros, estaban tristes y dijeron cosas que no quise escuchar ¿qué está pasando?
- Lo que está pasando es que nadie puede ponerle cadenas al espíritu del hombre, por eso se van, quizás escapando a las consecuencias de la explosión de “Le Coubre”
- ¿Es que tendría que acarrear alguna consecuencia?

- ¿Acaso piensas que esa tragedia sucedió en una tercera dimensión y que no tiene ninguna importancia? A veces me sorprende tu ingenuidad ¿Crees que eso fue realmente un atentado de Estados Unidos?
- Bueno ¿Quién otro podría ser?
- Quizás sí, quizás no ¿Qué te parece?
- Me parece que usted no me quiere contestar.
- Podría ser el propio gobierno, es una posibilidad ¿no crees? Quizás necesitaba distraer la atención de la gente, hacerla pensar en otra cosa. ¿Qué mejor que semejante brutalidad?
- ¡Dios mío! Parece que no es usted el único que piensa en esa posibilidad, eso dijeron los balseros que detuvimos, nos rogaron que los dejáramos partir, yo quería hacerlo, pero mis compañeros se opusieron.
- Como puedes ver, no soy el único, lo que pasa es que la gente no se atreve a decirlo, no puedo dejar de pensar quien se ha beneficiado con ese crimen. Piensa, hijo ¿No te has dado cuenta de que todo el pueblo está ahora con el gobierno? ¿Te das cuenta de que aquellos que no querían un régimen socialista, ahora están callados y aceptan todo lo que el partido comunista les dice? ¿No te has preguntado por qué sacaron de su puesto al señor Neme Oms, que conocía todo el procedimiento, para reemplazarlo por Ascolí Tequechel, un conocido comunista y activista político? ¿Acaso ignoras que, desde la explosión del Maine, las leyes cubanas no permiten que un barco con explosivos ataque en el muelle y que debe desembarcar su carga alejada del puerto? Bueno, todas estas preguntas me las he estado haciendo desde ese momento y te pronostico que pronto comenzaremos a ver las repercusiones políticas de todo esto y el ganador será sólo el gobierno.

Estaba atónito. Mi suegro culpaba a Fidel Castro, con muy buenas razones y mi amigo Pascual Ortega culpaba a Estados Unidos, también con sólidos argumentos ¿quién tenía la razón? La conversación con mi suegro me dejó muy mal. No podía creer en lo que me había dicho. Mi fe en Fidel tambaleaba preguntándome cómo era posible tanta frialdad para ordenar un sabotaje de estado con tan fatales consecuencias para la vida humana. La explosión del Maine y Le Coubre sólo confirmaban que los atentados perpetrados por los gobiernos no eran historias del pasado y continuaban existiendo sin importarles la vida de las personas, pero ¿era verdad lo que mi suegro decía o eran solamente especulaciones sin fundamento?

Durante la semana, mientras recorría las costas patrullando junto a mi equipo, no podía dejar de pensar. Lo que mi suegro había dicho no carecía de sentido, pero me negaba a creerlo y finalmente opté por interrogar a mis compañeros. Quería saber lo que ellos

pensaban. Para mi sorpresa, sólo recibí respuestas ambiguas y miradas inquietas, todos vigilándose mutuamente, como si entre ellos pudiera existir un delator. Ninguno quiso responder con un planteamiento claro. También tenían dudas y no se atrevían a ponerlas en palabras. Eran demasiadas cosas las que habían sucedido en tan poco tiempo y la angustia de no saber incentivaba la imaginación. Sólo uno de ellos se atrevió a manifestar su inquietud.

- Esto traerá cola, no imagino qué, pero no será nada bueno.

También yo me lo temía, y pronto comenzaron a suceder cosas que fueron cambiando el panorama político de la isla.

Cuando el 29 de Octubre de 1960, el gobierno confiscó las refinerías de Texas Oil Company por negarse a procesar el petróleo ruso, me di cuenta de que las consecuencias de “Le Coubre” estaban comenzando. Lógicamente la respuesta de Estados Unidos no se hizo esperar, decretaron la rebaja de 700.000 toneladas de azúcar cubana y Eisenhower emitió un decreto prohibiendo toda ayuda a cualquier país que confiscara propiedades norteamericanas. Como reacción, el gobierno de Cuba expropió todas las industrias y bienes de Estados Unidos. Había comenzado la guerra.

El 18 de Septiembre, Fidel Castro viaja a Nueva York para acudir al XV período de sesiones de las Naciones Unidas. Mi suegro y yo estábamos esperanzados de que esa visita trajera una relajación de la tirante relación entre ambos gobiernos, pero desgraciadamente las cosas se complicaron. La gerencia del Hotel Shelbourne, donde debía alojarse la delegación cubana, ignorando todas las reglas de la diplomacia, les pide que se retiren por ser visitas no gratas. Los encargados de solucionar el problema sólo encontraron lugar en el

hotel Theresa, en Harlen, que los acoge, donde Fidel recibe la visita de Nikita Jrushchov, de Gamal Abdel Nasser y del primer ministro indio Jawaharlal Nehru, además del dirigente negro Malcom X.

La visita fue un fracaso, la tensión entre Cuba y Estados Unidos se mantuvo y Fidel regresó a La Habana sin la esperanza de un entendimiento, pero altivo y desafiante, como si él solo pudiera hacerle frente al mundo.

La operación Peter Pan fue otra de las consecuencias y tenía a todo el país en un estado que no podía definir si era de alegría o de pesar. No sabía exactamente de qué se trataba, pero en más de una ocasión encontré mujeres llorando abrazadas a sus hijos. Un día que estábamos patrullando como de costumbre, uno de mis acompañantes, Hugo Marín, se apoyó en la borda dejando caer sus brazos al mar. Desde hacía un par de días que lo notaba deprimido y no pudiendo aguantar el deseo de ayudarlo, me acerqué a él.

- ¿Qué pasa, hermano? hace días que te noto deprimido ¿Algún problema?

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Tienes hijos?

- Sí – contesté sin saber el motivo de su pregunta.

- ¿Cómo te sentirías si tuvieras que mandarlos lejos, sabiendo que nunca más los volverás a ver?

No supe qué contestar, tenía dos hijos que nunca había vuelto a ver y en mi corazón no existía la nostalgia, sabía que estaban bien con mis padres.

- Con mi mujer hemos decidido separarnos de nuestros dos hijos.

- ¿Separarte de tus hijos? Hermano ¿qué dices?

- Se van a Estados Unidos en la operación Peter Pan.

El hombre se quebró y dejándose caer sobre el piso de la lancha, lloró desesperadamente. Otro de nuestros compañeros se acercó y sentándose junto a él, trató de consolarlo. Luego me miró.

- Por favor, no nos denuncie, Fidel está acabando con nuestras vidas, si yo pudiera, también me iría.

Eso terminó por desmoronarme ¿cómo podían ellos pensar que yo podría denunciarlos? ¿caso ser Inspector de Puerto me convertía en espía y delator?

Me senté junto a ellos y los abracé. También tenía pena.

- No te angusties, Hugo, hermano mío, puedes partir junto a ellos.

- No diga tonterías, jefe, nosotros no nos podemos ir.

- Ya lo sé, pero mira el mar, es una puerta abierta al mundo, está lleno de balseros, podrías ser uno más.

- ¿Convertirme en balsero? Lo he pensado, quizás, en algún momento. ¡Dios! ¿por qué? ¿usted me detendría?

- No, mi amigo, quizás me vaya contigo.

Diciembre de ese año, faltando poco para navidad, encontré a María Noema abrazada a una amiga que lloraba desconsolada en sus brazos. Me detuve sin saber qué hacer, pero María Noema se desprendió de su amiga para abrazarme y llorar apoyada en mi hombro. De inmediato pensé en la muerte de mi suegro o de algún familiar muy cercano y en la incertidumbre, traté de consolarla.

- Por favor, María Noema, explícame lo que sucede.

- El gobierno de Estados Unidos ha dado visa especial para todos los niños entre seis y dieciséis años para emigrar a ese país, y mi amiga piensa enviar a sus dos hijos. Eso le desgarró el corazón. No sabe cuando los volverá a ver.

Recordé a Hugo Marín, a todas esas mujeres llorosas, los ojos angustiados de tantos hombres y no pude evitar un estremecimiento ¿qué estaba pasando?

- Entonces ¿Para qué los manda?

- ¿Es que no te das cuenta hacia dónde camina este gobierno? Los padres quieren salvar a sus hijos, si pudiera, yo también me iría.

La miré sorprendido, por primera vez, María Noema aceptaba estar en contra de la revolución.

- Bueno, mi amor, si ese es tu pensamiento, abandonemos Cuba, podemos vivir en Chile.

Me miró como si hubiese dicho una estupidez.

- ¿En qué mundo vives? Los cubanos no podemos irnos. Somos prisioneros en nuestro propio país. Los balseros no se van por capricho, se fugan del sistema.

Me dejé caer en una silla y las miré atónito. Realmente yo vivía en un mundo de fantasía pues nada de eso había llegado a mis oídos. Mi suegro, que siempre estaba informado de todo, nunca mencionó esa situación.

- Pero María Noema, tu padre es español, podría irse con su familia.
- Sí, pero es médico.
- Y eso ¿Qué tiene que ver?
- Jamás un médico podrá abandonar la isla.

Estaba atontado con esas revelaciones y como no me podía convencer, salí rumbo al hospital para preguntarle a don Vicente si todo eso era verdad o sólo fantasías de mujeres histéricas. Me recibió en su despacho. La señora Dora estaba con él revisando los diagnósticos de un enfermo. Me senté a esperar que se desocuparan antes de formular mi pregunta. Mi suegro movió la cabeza asintiendo, luego se puso de pie frente a la ventana, como si quisiera olvidarse de darme una respuesta.

- La operación Peter Pan se gestó entre la iglesia católica, algunas instituciones de caridad norteamericanas y agencias gubernamentales; se proyecta rescatar catorce mil niños del caos que todos presienten. Los padres no pueden salir del país. Tampoco yo puedo hacerlo, desde hace algunos meses que he estado solicitando un permiso para viajar con mi familia, pero me ha sido negado, como puedes ver, estoy preso en este país y estoy muy viejo para hacerlo en una balsa.
- Pero don Vicente, este es un país libre. Si en la época de Batista había libertad para entrar y salir de Cuba, ahora con mayor razón.

Mi suegro se volvió hacia mí con el rostro congestionado de ira y sin medir las consecuencias de sus palabras, gritó.

- Batista era un dictador. Fidel un tirano. Cuba no es un país libre, eso entiéndelo de una vez por todas. Si crees lo contrario, eres un ingenuo, y ahora, vete, estoy muy alterado para seguir con esta conversación.

Un tirano. Que palabra tan terrible para catalogar a un hombre. Me negaba a ello. Si aceptaba ese juicio, todas mis ideas se derrumbaban, mi entusiasmo por la revolución se convertía en una estupidez infantil y mi estadía en Cuba era sólo una farsa. Tendría que pensar en la forma de escapar.

Mientras duró el puente aéreo entre Miami y La Habana, catorce mil niños abandonaron el país para ser distribuidos en distintos centros de acogida de los Estados Unidos. Algunos jamás volvieron a ver a sus padres.

Todos estos acontecimientos llevaron a que Washington, finalmente, el 3 de Enero de 1961, rompiera relaciones con Cuba y decretara el embargo que hizo más difícil la vida.

Mi vida en Cuba ya no tenía libre albedrío, estaba supeditado a las decisiones del gobierno. Las filas para conseguir alimento se transformaron en la prioridad de nuestras vidas y mi suegra acompañaba a María Noema, que trataba de conseguir leche para la pequeña. Ya no me gustaba la vida que estábamos llevando y pensaba seriamente en regresar a Chile, pero las nuevas disposiciones impedían la salida de cubanos fuera del territorio, y eso me ataba junto a María Noema y mi hija.

En medio de tantas preocupaciones, decidí solicitar unos días libres para esa luna de miel que nunca tuvimos. María Noema estaba reacia a dejar a Dora Cristina con su madre, pero entusiasmada con la idea de viajar a Pinar del Río, la hermosa ciudad de los capiteles, llamada así por la profusión de capiteles clásicos que decoran sus casas; visitar el orquideario de Soroa y conocer esas milenarias y extrañas formaciones rocosas que llamaban mogotes del que tanto había oído hablar, olvidó sus temores y dejó a la niña con mi suegra. Viajamos en el automóvil de mi suegro. En un comienzo yo no quería aceptar pues pensaba en qué se movilizaría él para llegar al hospital, pero me tranquilizó diciendo que ya lo tenía todo arreglado; desde el hospital lo mandarían a buscar y a dejar todos los días.

Pinar del Río borró de mi mente todas las dudas y volvió a insuflarme de optimismo. El valle de Viñales, verde como la esperanza y amplio como mis sueños, con esa brisa suave que baña toda la isla, me hizo sentir que la vida valía la pena vivirla de cualquier manera y que todos los inconvenientes que se pudieran presentar, eran sólo el pago por el privilegio de compartir las bellezas de Cuba.

A María Noema le impresionaron esas gigantescas formaciones rocosas cubiertas de suave vegetación bautizadas como mogotes y durante un par de días no quería hacer otra cosa que acercarse a ellos para darse cuenta de lo liliputienses que nos veíamos a su lado. También a mi me produjeron una extraña impresión; no imaginaba como habían surgido de la tierra esas enormes moles de piedra y qué mano gigantesca les había dado la forma de animales dormidos, que me hacían pensar que en cualquier momento alzarían sus ocultas cabezas, mirar sorprendidos a su alrededor y lanzarse de regreso al mar. Estas formaciones rocosas son geológicamente las más antiguas del país y parecen enormes animales en reposo, como amenazantes bestias prehistóricas a cuyos pies se han encontrado fósiles marinos y huesos de dinosaurios. Todos los días, María Noema insistía en visitarlos, caminar frente a ellos, tocar la vegetación que los cubría y hacerme preguntas que no podía responder. Yo sólo reía de su entusiasmo. En algunas oportunidades discutía con ella ¿acaso en Pinar del Río no había otras cosas que mereciera su atención? Pero es sabido que es imposible discutir con una mujer, ellas siempre tienen la razón y a pesar de haberla llevado casi a la fuerza a conocer el vivero de orquídeas, ella terminaba regresando al valle de los mogotes. En uno de esos paseos, María Noema sufrió de vértigo y náuseas, estando a punto de caer. Preocupado, insistí en regresar a La Habana para que su padre pudiera hacerle una revisión médica; ella culpó a lo que había comido; trató por todos los medios de hacerme desistir; me molestaba darle la contra e ignorando sus protestas regresamos a La Habana.

Visitamos a Don Vicente en el hospital, él se mostró preocupado por la situación y mientras yo esperaba en una sala, él entró con su hija y una enfermera a un box de exámenes. No fue mucho lo que tuve que esperar, don Vicente salió con una gran sonrisa en el rostro.

- | - No es nada grave – dijo mientras me daba un fuerte abrazo – vas a ser padre.
- ¿Qué? ¿Otra vez? ¡Dios mío!.
- Feliz, deberías decir.
- Sí, por supuesto, feliz.

Con María Noema salimos abrazados del hospital, riendo como dos tontos; éramos felices y ese nuevo hijo que venía en camino me ataba más aún a esta tierra que ya sentía como mía. No me importaba vivir bajo una tiranía, tampoco lo sentía de ese modo. En cualquier parte del mundo la gente tiene problemas y nosotros vivíamos bien. Ingenualmente, pensaba que no necesitábamos nada más. Me bastaba el sol y el mar, también el amor de María Noema y el cariño de mis suegros. Nunca pensé en la libertad, esa libertad que estaba perdiendo, esa libertad que siempre me había permitido moverme de

un país a otro sin tener que pedir permiso para hacerlo. Esa libertad que el pueblo cubano había dejado atrás el día en que triunfaba una revolución que buscaba justamente eso. Libertad.

Extrañábamos a nuestro padrino, también él habría estado feliz con la noticia de un nuevo hijo y con seguridad nos habría brindado esas comodidades a las que nos había acostumbrado. Decidimos escribirle a Suecia para que se alegrara con nosotros.

Pero la felicidad causa envidia en los dioses del destino y las cosas se complicaron para alejarme de mi hogar. Dioses feroces de la destrucción abrieron las compuertas del dolor en nuestras vidas y nos lanzaron por senderos diferentes que jamás volvieron a juntarse.

El nueve de abril me comisionaron para patrullar el otro lado de la isla, un lugar al cual jamás había ido. El encargo era llegar hasta Cienfuegos y estar atento a posibles fugas de balseros. Durante los últimos meses se habían reportado varias embarcaciones y los detenidos de esos frustrados escapes llenaban las cárceles. Me llamó la atención que sucediera justamente en ese lado de la isla donde las playas de Miami estaban más lejos, pero quizás era una forma de eludir la vigilancia y pretendían llegar a las costas de Panamá u otro país centroamericano. Como no era mi trabajo discutir las órdenes y el viaje era largo, elegí a mis cuatro acompañantes entre aquellos que ya conocía bien y con los cuales nos unía cierta forma de encarar la vida; nos aprovisionamos de agua y frutas, más la ración que nos asignaban.

En la madrugada del diez de Abril me despedí de mi esposa y mi hija, corrí al hospital para abrazar a mi suegro y me embarqué, sin imaginar que jamás los volvería a ver. Mi suegra me retuvo un instante para entregarme una medalla de la Virgen de la Caridad del Cobre y me dio un beso en la mejilla. Ahora que lo pienso, tuve la sensación de que ella tenía lágrimas en sus ojos. No sé por qué, pero partí con un dolor en el corazón.

En Minas de Matahambre pasamos la noche; mis compañeros se alejaron para tomar unos tragos de ron, pero yo preferí quedarme en la lancha, estaba cansado y preferí dormir algunas horas antes de seguir el viaje; quería pasar rápidamente por la península de Guanahacabibes para llegar a María La Gorda, al otro lado de la isla, pero la fuerte marejada y las corrientes en contra, retrasaron la marcha, estando obligados a detenernos en el Cabo de San Antonio donde pasamos la noche tendidos en el suelo de nuestra lancha.

A María La Gorda llegamos al medio día, muertos de hambre y dispuestos a comer lo que encontráramos. Nos sentíamos cansados y la comida y el calor nos obligó a dormir una siesta. Pero no podíamos permanecer mucho tiempo inactivos e insistí en reanudar el viaje, afortunadamente mis cuatro hombres se opusieron, lo que me libraba de la responsabilidad de decidir, por lo tanto permanecimos otro día en ese lugar.

Durante dos días recorrimos la costa vigilando las playas y todas las embarcaciones que entraban o salían. Tampoco nos tomábamos muy en serio el trabajo, eso de interceptar balseros no nos hacía feliz. Deteníamos la lancha en cualquier remanso para zambullirnos en el mar y olvidarnos durante un par de horas de toda obligación y en algunas oportunidades, con el motor a media velocidad, mis compañeros nadaban alrededor.

El quince de Abril estábamos en Cienfuegos, donde pensábamos descansar un par de días, pero las noticias que llegaban nos desconcertaron a tal punto que no sabíamos qué hacer y pedimos instrucciones por radio, pero nuestro jefe directo tampoco sabía cómo actuar y nos dio libertad de acción. La alarma obligó a los militares a reunirse en sus cuarteles y a la policía a hacer patrullajes intensos. Estábamos sufriendo un ataque, pero nadie sabía ni cómo ni dónde.

A la media noche del 16 de Abril, los militares estacionados en Playa Larga a cargo del comandante Ramón González Suco, detectaron ruidos extraños en el mar y algunas señales luminosas desde un sector de la costa, que fueron respondidas por una bengala verde que se elevó en el medio de la bahía. En ese lugar había personas que tramaban algo peligroso y esa bengala corroboraba las sospechas, pero estaba demasiado oscuro para distinguir si se trataba de un barco o algún bote. Intentaron comunicarse con el Mando Central, pero la radio no funcionaba; sólo de madrugada se restableció la comunicación y pudieron enviar la señal de alarma. Cuando la luz del día les permitió una buena visión, detectaron algunas lanchas que se acercaban con la intención de desembarcar. De inmediato comenzó un tiroteo entre ambos bandos que desestabilizó en parte a los agresores, que

optaron por alejarse hacia otro lado de la costa. Desgraciadamente el contingente de Ramón González Suco era muy pequeño y optaron por la huída, dejando la playa libre para los invasores.

Esa mañana, ocho aviones norteamericanos con insignias cubanas, bombardearon los aeropuertos militares de Ciudad Libertad, San Antonio de Los Baños y el Antonio Maceo de Santiago de Cuba, causando una gran mortandad entre civiles y militares.

Estábamos seguros de que Estados Unidos era nuestro agresor, una vez más amenazaba la estabilidad política de la nación. Un clamor general se alzó en toda la isla pidiendo una acción armada para vengar a los que habían muerto durante ese primer día de ataque, pero una sombra de desaliento nos invadía por ignorar la magnitud de la agresión. Fidel Castro preside las honras fúnebres de los caídos en el atentado y por primera vez, admite públicamente, que el proceso revolucionario es de corte socialista. De pie frente a la multitud que espera, Fidel se alza orgulloso y desafiante:

“Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos aquí, en sus narices ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de Estados Unidos!”

Un aullido quebrado por el dolor cortó sus palabras. El pueblo de Cuba pedía venganza, pero la agresión aún no había concluido. La situación continuaba siendo grave y las tropas cubanas, desconcertadas hasta ese momento, debían enfrentar a un enemigo que contaba con el apoyo de Estados Unidos, lo que acentuaba la preocupación al no saber exactamente con cuanto respaldo bélico disponían. Las cosas se estaban saliendo de su curso normal y la muerte parecía esperar el momento propicio para correr por esas playas sembrando el pánico.

En la madrugada del día diecisiete, desembarcan en Playa Gijón y Playa Larga, un grupo de 1.500 hombres, dispuesto a barrer con todos los que se pusieran en su camino. Horas después, un grupo de paracaidistas son transportados tierra adentro para ampliar la zona invadida, que ante la nula resistencia, avanzan sin temor.

Aún no teníamos clara conciencia de lo que estaba sucediendo y como no podíamos quedarnos esperando la solución del conflicto, corrimos a ofrecernos como voluntarios para que los militares dispusieran de nosotros y hacer frente al invasor. Tampoco ellos tenían muy en claro la situación, hasta ese momento el desconcierto era general, la falta de información agravaba las cosas. Todos queríamos cooperar, pero nadie sabía cómo.

- No tenemos suficientes armas para los civiles – dijo el capitán- pero pueden atender a los heridos. No puedo ofrecerles otra cosa.

Al otro día se produjo la contraofensiva. Fidel Castro junto a la plana mayor coordina la defensa; el comandante Raúl Castro asume las operaciones en oriente, el comandante Juan Almeida se instala en el centro de Cuba y el Che Guevara asume la defensa de Pinar del Río. El Canciller Raúl Roa es enviado a Estados Unidos para llevar la protesta de Cuba a las Naciones Unidas. Los tenientes Rafael del Pino, Silva Tablada y Gustavo Bursac abordan sus respectivos aviones en San Antonio de los Baños e inician el ataque contra los barcos invasores, logrando dejar en malas condiciones al “Huston” que, al tratar de escapar del ataque, queda encallado sin esperanzas de salir y sin poder desembarcar los soldados y sus pertrechos. Luego el grupo ataca al “Río Escondido”, que se hunde cerca de Playa Larga, perdiéndose todo el armamento que transportaba y los pertrechos para las fuerzas de tierra; además atacan a los aviones, logrando derribar siete de ellos. Silva Tablada es alcanzado por los disparos y su avión cae al mar. Al final del día, los barcos restantes se retiran, quedando sin desembarcar equipos, municiones y hombres. Las tropas invasoras, que controlaban las dos carreteras de acceso a Playa Gijón, son obligadas a retroceder hasta la zona de San Blas; los que no pueden escapar, se rinden a primera hora de esa mañana mientras los restantes invasores, reagrupados en la playa, resienten la falta de municiones y apoyo aéreo. El comandante José Ramón Fernández y el propio Fidel Castro se trasladan a la zona del conflicto para participar en las últimas acciones. La negativa de Kennedy de autorizar una invasión abierta de los Estados Unidos terminó con las últimas esperanzas de los vencidos.

Finalmente, los invasores intentan escapar, algunos en lanchas, otros internándose en los manglares y cenagales de la península de Zapata, sólo para caer rendidos por el hambre y la fatiga. 1.189 hombres son capturados mientras los cuerpos de 115 invasores quedan tendidos junto a los 176 cubanos. La orden del día es: “Muerte a los gusanos”.

Como la situación era un caos y nosotros nada podíamos hacer, optamos por patrullar los caminos rumbo a San Blas, donde encontramos algunos campesinos heridos y otros muertos. En un cruce de caminos descubrimos a una mujer que lloraba. Amparo Ortiz nos miró con desconfianza cuando tratamos de consolarla.

- No sabía lo que pasaba – dijo en medio de sus lágrimas – traté de llegar a mi casa atravesando en medio de los soldados, uno de ellos me cogió de un brazo tirándome al suelo, estábamos en medio de una balacera y yo, estúpidamente, insistía en llegar a mi casa. Un balazo lo mató, justo aquí, a mi lado – las lágrimas le impedían hablar, pero se repuso – en esa esquina mataron a mi hermana y un poco más allá, a mi marido. Miren ustedes, si hasta mi burro está muerto.

La ayudamos a llegar a su casa y luego de dejarla más tranquila, seguimos nuestro camino. Durante dos días reparamos techos caídos y puertas destrozadas, tratamos de consolar a las viudas y curamos heridas. Estábamos agotados. Uno de mis hombres insistió en regresar.

- Sabe, jefe, estoy nervioso, no sé lo que ha pasado con mi mujer y mis hijos, quiero regresar a La Habana.

También yo estaba inquieto pensando en María Noema y mi hija y optamos por el regreso. Subimos a nuestra lancha e iniciamos un nuevo patrullaje, ahora en busca de sobrevivientes o naufragos que necesitasen ayuda. Afortunadamente el mar estaba en calma y no se divisaba persona alguna que socorrer, lo que no dejaba de ser un alivio, pues ¿qué habríamos hecho si rescatábamos alguno de esos ilusos jóvenes que pretendían invadir la isla? Entregarlo a la policía, donde su destino sería, seguramente, el paredón.

Mientras hacíamos el camino de regreso, una orden llegada por radio nos pedía que nos presentáramos en el puerto de La Habana a la brevedad posible. Contesté que ya estábamos en camino.

Poco nos duró la felicidad del regreso. Cuando atracamos nuestra lancha, me llamó la atención la cantidad de policías que llenaban el muelle. No sabíamos lo que pasaba, pero imaginamos alguna tragedia. Nadie se movió de su lugar hasta que estuvimos en tierra, entonces nos rodearon, esposándonos sin que pudiéramos ni siquiera preguntar cuál era el motivo. Atónitos, nos dejamos conducir fuera del recinto donde varios carros esperaban. Nos llevaron separados, quizás para que no pudiéramos coordinar alguna respuesta en conjunto. Por lo demás ¿De qué se nos estaba acusando? No obtuve respuesta a ese interrogante.

Pasé la noche más negra de mi vida haciéndome miles de preguntas. La celda era oscura y fría, sin luz del exterior, lo que aumentaba mi sensación de abandono. A una hora determinada se apagó la única ampolleta del recinto, sumergiéndome en una oscuridad en la que no veía ni siquiera mis manos. Me sentí ahogar y por primera vez en mi vida me di cuenta de que padecía claustrofobia. La desesperación amenazó con hacerme perder la cordura, pero opté por cerrar los ojos y concentrarme en esas preguntas que acosaban mi mente ¿De qué delito se me estaba acusando? ¿Acaso mis compañeros estaban involucrados en alguna conspiración? No lo creía posible, me habría dado cuenta, estaba seguro de que ellos eran tan inocentes como yo. Pero, entonces ¿qué estaba sucediendo? Pensaba en María Noema ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué historias le habrán contado? Tendido en el suelo, esperaba que el sueño me librara de tantos interrogantes.

De madrugada se encendieron las luces y dos hombres me sacaron del calabozo, empujándome con rudeza hacia una sala iluminada por una débil ampolleta. Me sentaron en una silla frente a un escritorio detrás del cual, un hombre me miraba fijamente. Lo miré interrogante.

- ¿Por qué estoy aquí?
- ¿Acaso desconoce los cargos?
- Por supuesto, no he cometido ningún crimen.
- Eso es lo que usted dice. Hablemos claro ¿desde cuándo usted estaba enterado de la invasión?

Lo miré sorprendido ¿Qué estaba sucediendo? ¿cómo podían acusarme con tanta facilidad de algo tan absurdo?

- Esto es ridículo. Nunca estuve enterado.
- ¿Tampoco su suegro?

- ¿Mi suegro? El no tiene nada que ver en todo esto. Somos leales a la revolución.
- ¿Está seguro? Nuestros informes dicen otra cosa.
- Esos informes son falsos.
- ¿Y su esposa? Ella, como buena hija, algo tendría que saber de lo que hacía su padre.

Lo miré espantado. No entendía lo que me quería decir ¿qué podría saber mi suegro y María Noema? La invasión fue una sorpresa para todos. Ningún servicio de inteligencia lo había captado oportunamente ¿por qué nosotros? Moví la cabeza de un lado al otro y guardé silencio. No tenía nada que decir.

- ¿Entonces se niega a cooperar?
- Cooperar en qué, ya le he dicho que no sé nada. Estoy seguro de que mi suegro no estaba al tanto y menos mi esposa. Yo lo habría sabido.
- ¿Y quién me asegura que es así?
- Lo aseguro yo – grité sin poderme controlar – usted está equivocado, todos están equivocados.

Sin moverse de su lugar, el interrogador hizo un gesto y aparecieron dos hombres que, tomándome con fuerza, me desnudaron para luego atarme a una parrilla que estaba en un rincón.

- ¿Cómo puede fingir ignorancia si estaba justo en el lugar de los hechos?
- Cumpliendo órdenes, nos enviaron a patrullar la zona.
- Curioso, sabemos que ustedes eran un contacto, quiero saber para qué.
- Usted no sabe nada – grité furioso.
- ¿Aún se niega a hablar?
- Por amor de Dios ¿qué quiere que diga?
- Cómplices. Queremos sus nombres.

La cabeza me daba vueltas, no podía creer que estuviese viviendo una realidad, parecía una locura kafkiana de la que no podía escapar. Era una venganza de la vida, una venganza cruel por algún pecado cometido ¿Cuál de ellos? Eran tantos. ¿Qué Dios inmisericorde estaba descargando sobre mí tanto dolor? Desvariaba. No podía centrar mis pensamientos, quería orar pidiendo clemencia, pero no podía musitar una plegaria, no sabía tampoco a quién dirigirla. ¿Este era el socialismo que tanto defendía? No podía aceptarlo, estaban equivocados, yo era leal, quise gritarlo pero mi garganta reseca no dejaba pasar mis palabras. Una descarga eléctrica estremeció mi cuerpo arrancándome un grito.

- ¡Dios, basta! – grité - yo soy leal.
- ¿Quiere que sigamos?
- Usted está buscando culpables en el lugar equivocado. Nunca he sabido nada al respecto, más aún, con mis compañeros estuvimos luchando en contra de los invasores. En San Blas reparamos algunas casas de los campesinos. Ayudamos a muchos heridos ¿cómo puede acusarme de traición?
- Sus compañeros ya han confesado. Serán llevados al paredón.
- ¿Confesado? Creo que usted se ha vuelto loco ¿Qué podrían confesar?

Una nueva descarga eléctrica cortó mis palabras para dar lugar a un nuevo grito de desesperación. Esos hombres estaban dispuestos a matarme ¿Qué les podría decir?

Durante una semana estuve sometido al mismo tratamiento; mis fuerzas estaban agotadas y apenas podía resistir; en más de una ocasión perdí el conocimiento, lo que los obligaba a suspender el interrogatorio. Me encerraron en una celda tan pequeña, que sólo podía estar de pie. Era como estar lapidado, aplastado entre el muro y la puerta de hierro, sólo tenía una ventanilla pequeña por donde podía ver el pasillo por el que circulaban los guardias, mientras una gota de agua caía constantemente sobre mi cabeza; en un comienzo no le di importancia, más aún, me gustaba, esa pequeña gota refrescaba mi cuerpo adolorido salvándome del calor, pero poco a poco comenzó a molestarme, parecía un taladro sobre mi cabeza y comencé a esquivarla, pero la gota seguía cayendo, implacable, como si quisiera trepanar mi pobre nuca que había sido afeitada. Apoyado contra el muro, oraba en silencio pidiendo a Dios que me salvara de la tortura. Me orinaba en mis ropas mientras luchaba por contener mi estómago. La humillación de sentirme sucio y mal oliente me desesperaba, hasta el punto de ponerme a aullar como una bestia. Perdí la conciencia de los días, el hambre mordía mis entrañas y sólo esa gota de agua lograba salvarme de la sed.

Llegó un momento en que comencé a gritar como un loco, ya no podía más, sentí que moría lentamente y quise apresurar el final azotando mi cabeza contra el muro; como el espacio era tan pequeño, no podía golpearlo con fuerza y sólo logré hacerme daño. No sé en qué momento me desmayé.

Desperté tendido en una camilla, el médico del penal estaba a mi lado. Tenía un fuerte dolor en mi cabeza vendada. Traté de enderezarme, pero estaba anquilosado; después de tantos días de pie, afirmado en un muro para no caer, mi cuerpo se negaba a obedecer. Cerré los ojos y suspiré. Nada podía hacer más que entregarme.

- ¿Hasta cuándo cree que va a poder resistir la tortura? ¿cómo pudo resistir esos tres días de pie, lapidado, yo habría confesado cualquier cosa? Usted está débil, la falta de comida y agua le juegan en contra. ¿Por qué no confiesa de una vez y se libra de este tormento?

¿Tres días dijo el médico? A mi me parecieron semanas.

- ¿Qué quiere que confiese, doctor? No sé nada.
- Inventa algo, muchacho, di cualquier cosa que los deje tranquilos, tú sabes que no se detendrán hasta arrancarte una confesión o la vida.
- Tiene razón, doctor, pero no sé qué inventar, quieren nombres ¿qué nombres les puedo dar?

Quería ver el rostro del hombre con quien hablaba, su voz serena y su tono amistoso me hacían pensar que él no estaba de acuerdo con la tortura. Me enderecé como pude, haciendo un gran esfuerzo para apoyarme en los codos; sobre la mesa descubrí una bandeja con un vaso de leche y algunas galletas; mi estómago se contrajo ansioso, la imaginé tibia pues humeaba ligeramente. Mi garganta reseca pedía un poco de agua y ese vaso de leche turbó mi mente ¿Cuánto tiempo hacía que no la había probado? No recordaba la última vez, quizás cuando estaba en Chile y mi madre insistía en servirme todos los días una taza de café con leche o quizás cuando María Noema alimentaba a nuestra hija, quizás entonces, no lo sé. Quizás en sueños, cuando dormía tranquilo, sin angustias ni sobresaltos,

quizás entonces llegaban a mi mente esos vasos de leche que dejé olvidados. En medio de tantos sufrimientos los recuerdos se confunden, pero ese vaso de leche parecía gritarme aún con más fuerza mi desgracia. El médico siguió mi mirada.

- ¿Quieres ese vaso de leche?
- Si, por favor.
- Ya sabes lo que tienes que hacer para obtenerlo.

No supe que decir, sólo dejarme caer sobre la camilla donde me habían tendido y llorar desesperadamente. El médico tomó el vaso y lo acercó a mi rostro.

- ¿Aún lo quieres?

Negué con la cabeza, a ese precio no lo quería, pero no podía dejar de llorar. El puso un almohadón bajo mi nuca dolorida, acarició mi frente, estiró su mano con el vaso frente a mi.

- Toma, bébelo rápido, si me sorprenden, me puede costar caro.

Me enderecé con la fuerza de un resorte y tragué el líquido con la desesperación de un condenado a muerte; estaba tibia y dulce, sabía a vainilla y a gloria, mi estómago se relajó agradecido y un estremecimiento de placer me inundó, como si ese vaso de leche hubiese sido el premio a todos mis dolores. Lo miré con los ojos llenos de lágrimas, no necesitaba palabras para decirle lo que sentía; en ese momento todo mi ser era un grito de agradecimiento; creo que él captó lo que quería decir; dio vuelta su rostro y caminó hasta un rincón del cuarto, parecía emocionado.

Volvieron a sacarme, pero esta vez me dejaron en una celda que tenía una pequeña ventana enrejada hacia el exterior, por donde entraba un rayo de luz. Por un momento pensé que me dejarían tranquilo, pero al poco rato me fueron a buscar para un nuevo interrogatorio. Mis verdugos cambiaban cada día y cada uno de ellos tenía una técnica diferente. Unos eran crueles y gozaban maltratándome, otros, suaves y persuasivos, hablaban mal de Fidel y de su gobierno, esperando que yo asintiera, otros optaban por comer frente a mi, ofreciéndome de su plato si yo confesaba. Tenía tanta hambre, que si realmente hubiese sabido algo, habría terminado por confesar, pero nada podía decirles y regresaba a mi celda arrastrándome y con deseos de morir.

La angustia mayor era ignorar la suerte de María Noema. Los interrogadores insinuaban los dolores a los que ella se vería sometida si yo no confesaba, pero nunca aclaraban qué estaba pasando, dejándome en la duda, que resultaba más cruel que los golpes que me daban.

Durante dos meses me maltrataron a diario. Mi cuerpo escuálido estaba lleno de heridas y moretones; botado en mi celda, sólo deseaba morir para librarme de la tortura. Un día me sacaron entre dos hombres que arrancaron los andrajos con que me cubría dejándome desnudo. Estaba tan desfalleciente que ya no me importaba lo que hicieran, supuse que nuevamente me atarían a esa parrilla para aplicarme un golpe de electricidad. Sólo pedía que fuese una descarga lo suficientemente fuerte como para matarme; para mi sorpresa me sumergieron en una tina con agua tibia. Cerré los ojos ante ese agrado tan inesperado, imaginando que después vendría la parte más violenta, estaba seguro que sumergirían mi cabeza hasta ahogarme. Estaba entregado, todo lo que hicieran carecía de importancia; me sentía más allá del dolor y de la esperanza. Sin decir palabra, dieron media vuelta dejándome abandonado; sólo en ese momento miré a mi alrededor. Estaba en una sala donde había varias tinas y una hilera de duchas. Al otro extremo, bajo un chorro de agua, un hombre desnudo estaba de rodillas, lloraba; su desgarrada espalda sangrante acusaba los azotes recibidos; a su lado, un par de guardias que aún conservaban los látigos en sus manos, conversaban animadamente sin importarle el dolor de la víctima. Un alarido rompió el silencio del lugar haciendo reaccionar al hombre que lloraba, que en un impulso instintivo, trató de ponerse de pie, siendo rechazado con fuerza por los dos esbirros. Mi sorpresa casi no me permitía disfrutar del agua tibia de mi baño, pero finalmente reaccioné y comencé a fregar la mugre que me cubría. Con el corazón angustiado, pensaba en ese hombre maltratado y en aquel alarido que denunciaba una tortura brutal, quizás peor de las que yo había sufrido. Después de media hora regresaron a buscarme, me ofrecieron una toalla y ropa limpia. Mi asombro fue en aumento cuando me llevaron a una celda con otros hombres, casi tan destruidos como yo.

No sabía lo que pretendían, tampoco como reaccionar frente a los otros presos que me miraban como si fuese un marciano. Uno de ellos me indicó una litera vacía.

- Es para ti.
- Gracias – dije tratando de sonreír.
- También eres uno de los prisioneros de la invasión.

- Sí – dije, sin saber por qué mentía.
- También nosotros. Seguramente iremos al paredón.

En ese momento me pareció comprender la magnitud de mi desgracia. Después de martirizarme tanto tiempo, me enviaban a la celda de los condenados a muerte. Esos muchachos irían al paredón y yo con ellos ¿Por qué no creí en las palabras de mi padre cuando dijo que los guerrilleros de hoy serían los tiranos del mañana? Pero ya la suerte estaba echada, la muerte llegaría en cualquier momento.

Durante algunos días sólo intercambiamos breves comentarios y después de tanto tiempo recibiendo golpes y privaciones, el dormir en un colchón de paja y comer lo que nos daban, me pareció una maravilla, pero el placer de ese inesperado vaso de leche me persiguió por mucho tiempo y en mi corazón sólo había agradecimiento hacia ese hombre que nunca volví a ver. Espero que a la hora de su muerte, ese vaso de leche incline la balanza a su favor.

Poco a poco empezaron las confidencias. Todos tenían curiosidad por saber a qué regimiento pertenecía, ya que nunca me habían visto. Terminé confesando la verdad, lo que causó un gran alboroto entre ellos. Entonces relaté mi historia sin omitir mi admiración por Fidel, las ganas de trabajar por la revolución y el gran dolor de la desilusión. Recordé entonces las palabras que Beatriz me dijo esa noche en Santiago mientras mi desbocada verborrea lanzaba vítores de entusiasmo por la revolución – “eres un idealista, ten cuidado, los que sueñan más allá de la realidad están propensos a sufrir un gran dolor. Espero que no te suicides.” ¿Cómo supiste Beatriz que llegaría este momento? Si hubiese tenido dos dedos de frente habría aceptado tus palabras y también las de mi padre. Mi padre. ¿cómo olvidarlo en medio de mis penurias? Me salvó un vez, quizás cuantas otras sin que me diera cuenta ¿podría salvarme ahora?

Me había quedado callado, los muchachos me miraban expectantes, esperando que terminara de contar mi historia, pero se daban cuenta de que mi mente viajaba por los senderos del recuerdo y esperaron que regresara a ellos. El silencio que me rodeaba me hizo reaccionar ¿Qué esperaban de mí? Sonreí.

- Mi padre me lo dijo, pero no le hice caso. También mi suegro llenó mi mente de dudas, lamento no haberles creído. Soy culpable, las cosas que me han pasado ha sido sólo por mi testarudez. Ahora, lo único que deseo, es escapar de este paraíso convertido en infierno.
- También nosotros, pero es un sueño imposible, Fidel no nos dejará partir – dijo uno de ellos – para él somos invasores sin derechos a esta tierra. La idea era rescatarla de su dictadura y disfrutar lo que por herencia nos pertenece, pero ya ves, ahora iremos al paredón y nuestros cuerpos dormirán en ella, para convertirnos en polvo y ser olvidados.

Cuando salíamos al patio, nos sentábamos en un rincón a conversar mientras otros jugaban; querían saber de Chile, los motivos que me habían impulsado a viajar a Cuba para trabajar por una revolución que no era la mía. No sabía qué contestar. Sentía que la revolución había fracasado, que las ideas de libertad se habían transformado en esclavitud y que todo mi entusiasmo había naufragado en un mar de penas. Entonces sonreía con los ojos llenos de lejanías, miraba esos horizontes imaginarios que llenaban mi mente y optaba por cambiar la conversación ¿Qué podía responder? Sólo que había sido un iluso. También Beatriz tenía miedo, el mismo miedo que tengo yo ahora, pero no le creí. En ese momento sólo tenía una idea fija. Llegar a Cuba. Ahora sólo quería escapar.

Los meses pasaron sin que me interrogaran nuevamente; recuperé mis fuerzas y la amistad con los chicos prisioneros en mi celda, se hizo más intensa. Todos nos hacíamos confidencias, nos contábamos nuestras penas y nuestras esperanzas. Descubrí que no eran esos gusanos que debíamos destruir, sino jóvenes inexpertos que habían sido usados por una mentalidad maquiavélica en un experimento sin éxito.

- Y yo que pensaba regresar con las barbas de Fidel en mi mano – dijo uno de ellos - Ahora es él quien nos tiene a nosotros agarrado de las nuestras.

Durante el día nos soltaban en medio de un patio donde disfrutábamos del sol y jugábamos a la pelota bajo la atenta mirada de los guardias apostados en las troneras. No existía ninguna posibilidad de evasión. Al otro extremo del patio, separados por una reja, un grupo de jóvenes.

- Son los homosexuales – me informó un guardia – el Che ordenó eliminarlos a todos. Es un vicio capitalista, una vergüenza para Cuba.

En Diciembre, un guardia me llamó por mi nombre. Alcé la mano, indicando que era yo.

- Tiene visita, salga.
- ¿Visita? ¿quién? ¿mi esposa?

No respondió y tomándome de un brazo me condujo a una sala donde había una mesa. A un lado de ella estaba Feliciano Fernández. Di un grito de alegría y pretendí lanzarme en sus brazos, pero el guardia me mantuvo firme.

- Prohibidas las demostraciones – dijo – siéntese al frente del Comandante.

Feliciano Fernández me miraba fríamente, en su rostro no existía ni un gesto de alegría ni de conmiseración. Me senté frente a él.

- Gracias a Dios que ha venido, padrino, usted puede decirles que soy inocente.
- Escucha con atención lo que voy a decirte y no me interrumpas. La noche del 20 de Abril, tus suegros cometieron la estupidez de socorrer a dos gusanos heridos. Estaban escondidos en el jardín y Vicente los entró a su casa para curarlos. Alguien lo delató y la policía irrumpió en la casa y sin preguntar, los mataron a todos.
- ¡Qué! ¡Dios mío!
- Cállate, te pedí que no interrumpieras. Por ese motivo tú fuiste arrestado, también María Noema.
- ¿María Noema? Ella es inocente.
- ¡Cállate, por favor o me voy! – exclamó enojado – Me enteré de todo esto hace sólo dos semanas, cuando me avisaron de mi traslado a la Embajada de Francia, por eso estoy aquí. He logrado sacar a María Noema hacia Jamaica.
- ¿Y mis hijos?
- ¿Cuáles hijos? A causa de los golpes, ella abortó y la pequeña está muerta.

Un grito escapó de mis labios sin darme cuenta, los muros de la cárcel parecían desplomarse sobre mi cabeza mientras las lágrimas brotaban de mis ojos. No lo podía creer. Los fríos ojos de mi padrino me miraban sin expresar conmiseración alguna. Apoyé mi cabeza en la mesa sin poder contener mi dolor. No podía creer tanta crueldad.

- ¿Muerta, padrino? ¿Cómo es posible? No sea cruel, dígame que es mentira.
- Es verdad, la pequeña enfermó y no pudo ser salvada, pero aún no he terminado – dijo fríamente – he logrado tu divorcio de María Noema, ya no eres más su esposo y espero que jamás la vuelvas a ver. He declarado a tu favor porque sé que eres inocente. También tu suegro era inocente, pero cometió una estupidez. Lo que suceda contigo, no me interesa.
- Por favor, padrino, sáqueme de aquí.
- Ya no soy tu padrino – se puso de pie y llamó – guardia, la visita ha terminado, llévese al detenido.

Casi no podía caminar del dolor. Mi mundo de había desmoronado y no tenía fuerzas para soportarlo. El guardia me arrastró hasta la celda donde me dejé caer en mi litera llorando a gritos, a punto de enloquecer; mi hija muerta ¿Cual había sido la causa? ¿Qué brutalidad cometieron con esa pequeña? ¿Y María Noema? ¿Acaso se había divorciado presionada por su padrino o por su propia voluntad? Las preguntas se agolpaban en mi afiebrada mente sin que jamás obtuviera respuesta. El único que podía aclarar todo esto era Feliciano Fernández, pero él se había marchado dejándome sumido en la indefensión. ¡Qué corazón de piedra! Con razón lo llamaban “Charco de sangre”. Todos me miraban sin atreverse a intervenir. Ahí me quedé durante largo rato. María Noema lejos de mi, divorciada, mi pequeña muerta y yo sin poder hacer nada más que gemir. Ya no me importaba lo que sucediera conmigo, ojala me llevaran pronto al paredón.

Pero no me llevaron al paredón y tampoco a ninguno de los jóvenes de mi celda. Nos acostumbramos a las raciones mínimas de comida y a conversar sin preocuparnos por el paso de los días. No nos dimos cuenta como pasó el año y como llegó el próximo. A finales de 1962 comenzaron a sacarlos de las celdas. Nos despedíamos con pena, pensando que los llevaban a la muerte. Uno de los guardias me tranquilizó.

- No, han sido canjeados por alimentos y medicinas con los Estados Unidos.
- ¿Y qué pasará conmigo?
- Paciencia, ya te llegará el turno. Si hubieses sido un gusano, estarías en camino a la libertad.

Me quedé solo en la celda. El no tener con quien hablar me desesperaba. Los días se me hicieron eternos y para entretenerme, cantaba. Cada mañana abría los ojos con la esperanza de encontrar alguna persona a mi lado, alguien con quien conversar, un ser humano tan desgraciado como yo, pero sólo la fría penumbra de la celda me recibía de regreso a ese nuevo día que prometía ser eterno, entonces cerraba los ojos, me acurrucaba en posición fetal y soñaba que estaba de nuevo en el vientre de mi madre esperando nacer en un mundo venturoso, listo para cortar el cordón umbilical y empezar una nueva vida. Apoyado en el muro me deslizaba lentamente hasta el suelo y soñaba con un mojito para calentar mis huesos, con un rayo de sol que penetrara a través de las rejas, con María Noema acariciando mi rostro; escuchaba su voz suave, cariñosa, tratando de consolarme, diciéndome que todo era mentira, que pronto estaríamos juntos. También me llegaba la voz de mi suegro, grave y acompasada, con la dureza de la ira, con el dolor de la pérdida, recordándome que yo era un ingenuo. Quería decirle que ya no más, que había abierto los ojos, que la vida me había castigado, que mis torpes ideales no habían sido otra cosa que una ilusión de niño y que pedía perdón. Perdón, perdón, por favor, perdóneme. Terminaba llorando, aferrado a mí mismo, sin esperanzas, clamando por un poco de ese amor que había perdido.

Hacía ya mucho tiempo que la noción de los días se había borrado de mi mente; no sabía si era lunes o domingo, la verdad, tampoco importaba, pero ahora, que estaba solo, inventaba juegos estúpidos relacionados con la semana. Un día cualquiera se convertía en lunes, a otro lo bautizaba como martes, así, hasta llegar al domingo, entonces me arrodillaba para orar y pensaba que estaba en misa. Cerraba los ojos y sentía el olor a incienso, mientras mi mente evocaba los cánticos. No dejaba de ser divertido, ya que antes, cuando era un ser libre y feliz, jamás lo había hecho. Dios nos sirve sólo en los momentos tristes, en las derrotas, cuando nos despeñamos en un abismo sin fondo y el mundo nos aplasta. Entonces El está ahí, esperando que lo recordemos, para vengarse por todos esos años de olvido, cuando éramos felices y la risa llenaba nuestros labios sin modular su nombre.

Una mañana me pareció escuchar el trino de un ave, me aferré a los barrotes tratando de descubrirla ¿qué hacía ese pajarillo en nuestra prisión o sólo eran sonidos escondidos en mi mente? Me dejé caer en el suelo, me cubrí el rostro con mi camisa y soñé que nuevamente estaba en la glorieta cubierta de buganvillas, junto a María Noema, escuchando al sinsonte ¿Cuándo había sucedido? parecía un siglo ¿había sido real o era un sueño de mi mente desquiciada?

En Mayo de 1963 me sacaron de la celda y me llevaron a los baños.

- Báñese y vístase con esta ropa. Cuando esté listo me avisa.

Miré la ropa para descubrir que era mía. Seguramente la habían sacado de mi casa, pero no entendí lo que harían conmigo. Me despojé a la ropa que usaba en el presidio y me paré bajo el chorro frío de la ducha. Dejé que el agua corriera por mi cuerpo sintiendo un placer casi sensual; el pequeño jabón terminó casi deshecho entre mis manos. Un grito del guardia amenazando con cortar el agua si no me apuraba, me sacó de mi arrobamiento. Me enjuagué rápidamente antes de envolverme en una raída toalla. Cuando estuve vestido llamé al guardia. Me indicó que lo siguiera. Caminamos por un largo pasillo hasta la oficina del alcaide. El guardia esperó en la puerta.

- Bien, joven, el tribunal ha determinado que usted es inocente de los cargos y me han ordenado su libertad. Puede abandonar el penal.

La noticia me dejó en blanco, no sabía cómo reaccionar. Un sollozo cortó mi voz al dar las gracias. El guardia me tomó de un brazo y me condujo a la salida.

- Está libre, joven, desgraciadamente su casa está clausurada y será asignada a otra persona, no podrá entrar en ella.
- Entonces ¿dónde iré?
- Ese no es asunto mío, sólo cumplo con advertirle que si intenta entrar, será detenido.

La puerta se cerró a mis espaldas con un siniestro chirrido de goznes oxidados que me hicieron sentir un escalofrío de terror. Estaba siendo expulsado del tártaro para sumergirme en un lugar desconocido que no me infundía confianza. Ya no era el paraíso, me lo habían cambiado por una escenografía que pretendía ser lo que no era. Di unos pasos inseguros sin saber hacia dónde dirigirme. Después de tantos meses encerrado en una

pequeña celda, el mundo se me antojaba demasiado grande y esa inmensidad me aplastaba. Me apoyé en el muro y pensé lanzarme al mar, nadar como un delfín, remontar las olas y alejarme hacia otros horizontes, donde la libertad fuese un derecho del que nadie me pudiese privar. La inmensidad del cielo me envolvió con la fuerza de una amante reconquistada y el sol, que parecía más cálido que nunca, me obligó a cerrar los ojos con su luz cegadora. Abrí los brazos como queriendo aletear y emprender el vuelo, me sentía un pájaro que ha escapado de su jaula y que quiera saber si aún puede remontar las nubes, pero que indeciso, se aferra a los barrotes que lo aprisionan, como si temiera que esa libertad maravillosa fuese sólo un espejismo. Aún desconcertado y sin saber qué camino tomar, me apoyé en el muro, tal como lo hacía todos los días encerrado en mi celda, deslizándome lentamente hacia el suelo, donde permanecí sentado.

Un chirrido de fierros me trajo a la realidad. La puerta del presidio se abrió con una lentitud amenazante, y ese siniestro sonido del averno logró erizar mis cabellos de terror ante la funesta aparición de mis esbirros y temiendo que me volvieran a apresar, me puse de pie y corrí alejándome todo lo posible. Vi salir cuatro hombres macilentos, que caminaban con pasos cortos, como si temieran tropezar. Miraron alrededor tan desconcertados como yo, perdidos en esa libertad que también a ellos parecía abrumarlos. En un comienzo no los reconocí, estaban flacos, demacrados, envejecidos. Sus ojos apagados acusaban los dolores sufridos, las torturas físicas, la destrucción de sus almas. Uno de ellos cayó al suelo y alzó el rostro anegado en lágrimas. Corrí hacia él.

- ¡Rubén! – exclamé - ¿Qué haces aquí?
- ¡Jefe! – murmuró desfalleciente - ¿Acaso no ve que estamos saliendo del infierno?
- También yo acabo de salir ¿Estuvieron todo este tiempo en la cárcel?
- Sí, sometidos a tortura para que confesáramos – dijo Rubén mientras me miraba de un modo que no supe comprender - No sé que querían que dijéramos esos hijos de puta. Gozaban cada vez que gemíamos. Dígame, jefe ¿por qué nos detuvieron?
- No lo sé.

- Creo que sí lo sabe – replicó José María mirándome agresivamente - ¿usted tuvo algo que ver con la invasión? Eso fue lo que dijeron.
- No, muchachos, soy tan inocente como ustedes, pero les diré la verdad.

No tenía ganas de contar lo sucedido con mi suegro, pero ellos tenían dudas y era necesario aclararlas. Nos sentamos en el suelo y sin mayor preámbulo, narré lo que sabía.

- Esa es la verdad, por lo menos lo que Feliciano Fernández me contó.
- Si ese hombre se lo dijo, tendremos que aceptarlo, pero el dolor y la tortura no la podremos olvidar.
- Mire mi brazo – dijo Pablo, el mayor de todos – está marcado con un fierro caliente, como si fuese una bestia.
- También yo estoy marcado – acotó Dionisio – ya no soy un hombre, me quemaron los testículos con la electricidad. No tengo nada que hacer en este mundo, hubiese sido mejor que me enviaran al paredón.
- ¿Qué vamos hacer ahora?
- No sé – dijo José María – vamos a sentarnos al Malecón, mirar el mar, saber cómo se mueven las olas, hace tanto tiempo que no lo veo que ya olvidé hasta su aroma.

Abrazados unos con otros, caminamos tambaleando como borrachos rumbo al Malecón. El sol del medio día nos besaba con fuerza pero la brisa suave que venía del mar apaciguaba la canícula. Teníamos hambre, pero carecíamos de dinero y no sabíamos a quien recurrir. Rubén pensó en su hermano.

- Vamos a casa de mi hermano, quizás él nos pueda ayudar.

El hambre era más fuerte que el deseo de sentarnos en el Malecón y emprendimos la caminata. El hombre vivía lejos y nuestras escuálidas fuerzas no nos permitían apurar el paso. Dos horas largas nos demoramos en llegar. La casa se veía silenciosa, parecía que nadie vivía en ella. Rubén nos miró extrañado.

- ¡Qué raro! – exclamó – me asusta tanto silencio. Mi cuñada siempre tenía la radio prendida.

Por toda respuesta, José María dio un par de golpes en la puerta. Nadie contestó. Volvió a golpear con más fuerza. Se escucharon pasos vacilantes y un hombre viejo, apoyado en un bastón, nos miró disgustado.

- ¿Qué quieren?
- Busco a mi hermano, Rolando Torres.
- No sé quién es Rolando Torres, aquí vivo yo con mi mujer. Pregúntele a la policía.

Nos quedamos desconcertados, Rolando era nuestra última esperanza y no sabíamos dónde encontrarlo. Sin saber qué camino tomar, nos apoyamos en un muro mirándonos unos a otros, como esperando que alguno tomara una decisión.

Una voz en sordina, que llamaba a Rubén, atrajo nuestra atención.

- ¡Rubén...Rubén!

Rubén miró hacia todos lados sin descubrir de quien era la voz que lo llamaba.

- Rubén...aquí, en la ventana.

Todos nos dimos vuelta al mismo tiempo; agazapada detrás de la ventana, una mujer hacía señas. Nos acercamos expectantes.

- ¡Que gusto verte, Rubén! Siempre pensé que estabas vivo ¿buscas a tu hermano, verdad?
- Sí, señora Mariana ¿usted sabe dónde está?
- Sí, el pobre lo ha pasado muy mal, la policía lo sacó de su casa acusándolo de no sé qué cosas, pero después lo dejaron libre y le dieron una nueva dirección. Toma, aquí la tienes anotada. No digas que yo te la di.
- Gracias, Señora Mariana ¿Por casualidad no tiene un pan? Estamos muertos de hambre.
- Hijo por Dios ¿cómo se te ocurre pedir eso? Ojalá tuviera un pan para mí. Ahora vete, no quiero que te vean conversando conmigo, estoy muy vieja para aguantar tormentos.

Nuevamente emprendimos la marcha. No recuerdo cuantas horas caminamos, tampoco nos podíamos apurar. Cada cierto tiempo nos deteníamos para descansar pensando que nunca llegaríamos. El sol comenzó su lento descenso hacia el ocaso mientras las horas

pasaban sin que nosotros alcanzáramos nuestra meta y el desaliento nos hacía vacilar. Nos mirábamos en silencio, los ojos lagrimosos, nuestras bocas mudas y la mente llena de interrogantes.

El hermano de Rubén ocupaba una casa que compartía con varias familias. Eso había dispuesto el gobierno, ahora nadie podía vivir donde se le diera la gana y las casas eran repartidas según el criterio del que estaba de turno. En un patio central rodeado de puertas pintadas de distintos colores, un grupo de niños pequeños jugaban con un par de perros; cuando nos vieron aparecer, se quedaron mudos y corrieron asustados llamando a sus madres. Una de ellas apareció en la puerta y nos miró interrogante.

- Busco a mi hermano, Rolando Torres – dijo Rubén
- En el segundo piso, por esa escalera ¿Ve esa puerta verde? Ahí es.

Subimos lentamente, como siuviésemos miedo de llegar; frente a la puerta, Rubén se detuvo indeciso, yo me adelanté y di dos golpes con fuerza. Escuchamos un ruido de pasos apresurados, la puerta se abrió y apareció una mujer desgreñada que nos miró con temor, como si la pudiésemos agredir.

- Silvia ¿No me reconoces? soy Rubén.
¡Rubén! – exclamó la mujer cubriéndose la boca con las manos; miró hacia todos lados, como si temiera que alguien nos viera, luego nos empujó dentro.
- ¿Dónde diablos te habías metido? pensamos que estabas muerto.
- Casi muerto. Estábamos en prisión. Nos acusaban de cooperar con los gusanos.
- Eso dijeron. Rolando lo pasó muy mal, también a él lo interrogaron, pero como estaba inscrito en el partido, no le hicieron nada, sólo nos quitaron la casa y nos trasladaron a este lugar. Bueno, ¿se puede saber qué es lo que quieres? No vengas a meternos en líos.
- ¡Como se te ocurre! Sólo quiero hablar con Rolando.
- No está. Llega en media hora.
- Silvia, estamos muertos de hambre ¿Nos puedes dar algo?

La mujer nos miró espantada, como si el pedido fuese algo inusitado, miró hacia la cocina y luego a nosotros. Éramos demasiados y quizás tenía comida sólo para ella. Adivinando su conflicto, Rubén la cogió de un brazo.

- No te asustes, Silvia, sé que no tienes mucho, pero aunque sea sólo un pan. No tenemos dinero ni sabemos dónde ir. Tú y mi hermano son mi última esperanza.

Silvia entró a la cocina y demoró un rato largo; reapareció con unas tazas de té y unos trozos de pan. No era gran cosa, pero imaginamos que ella estaba haciendo un sacrificio. Nos sentamos a esperar. Los minutos pasaron lentos, como gotas de agua en una clepsidra que goteaba sobre nuestros nervios alterados sumiéndonos más y más en la angustia. Cansados, apoyábamos nuestras cabezas en el hombro de los otros, como si estuviésemos a punto de colapsar. Cuando escuchamos pasos que se acercaban, nos alzamos inquietos ¿Qué pasaría si Rolando no nos quisiera ayudar? Rolando empujó la puerta y una exclamación de espanto escapó de sus labios al ver a tantos hombres amontonados alrededor de su mesa. Silvia salió a su encuentro y Rubén se puso de pie.

- Rolando, soy yo, tu hermano.

Rolando lo miró un instante sin creer en lo que veía, se acercó para mirarlo de cerca.

- Hermano ¿Dónde has estado? – dijo mientras lo abrazaba – dijeron que estabas muerto. Nunca lo creí. Pero tenía miedo de preguntar. Desde la invasión a Bahía Cochinos han pasado tantas cosas, la vida ya no es igual.
- Esa invasión cambió nuestras vidas ¿Qué puedo hacer ahora? Mira, hermano, estamos como llegados de otro planeta, perdidos, sin un horizonte ¿Tú sabes lo que pasó con mi mujer y mis hijos?
- Nadie lo sabe. La policía los dispersó por la isla. Cambiaron sus nombres, no ganarías nada con buscarlos.
- ¿Con mi familia pasó lo mismo? – preguntó José María.
- Seguro que sí – respondió Dionisio – yo ni siquiera intentaré saber dónde está mi mujer ¿Para qué? Quemaron mi sexo, ya no soy un hombre.
- No digas estupideces – rugió Pablo – el que te hayan quemado los testículos no quiere decir que hayas dejado de ser hombre. Se nace y se muere hombre No vuelvas a repetirlo que me da mucha rabia.
- Yo no tengo ni mujer ni hijos – murmuré en voz baja – a mi niña la mataron, mi mujer se divorció de mi y abortó el hijo que esperaba ¿Acaso podemos esperar algo de este gobierno que tanto defendimos? No sé cómo, pero de alguna forma me iré.

Silvia comenzó a llorar. Rolando la abrazó tratando de consolarla.

- También nosotros perdimos a nuestra hija, dicen que se calló al mar y nadie se dio cuenta. Estoy seguro de que alguien la raptó, pero ¿qué podemos hacer? Ni siquiera podemos preguntar. En Cuba, hermano, se terminó el derecho de expresión, sólo tenemos que agachar la cabeza.

Nuestras palabras parecían haberse convertido en una lápida de plomo que nos obligó a guardar silencio. En el cuarto sólo se escuchaba el sollozo entrecortado de Silvia y nuestros suspiros. Rubén apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y ambos lloraron abrazados mientras Pablo trataba de consolar a Dionisio, que no podía resignarse a la pérdida de su virilidad. Rolando se puso de pie y nos pidió que lo siguiéramos.

- Aquí no se pueden quedar, los llevaré a un lugar donde podrán encontrar ayuda y quizás la forma de escapar de la isla.

Salimos de la casa con paso rápido y nos dirigimos hacia el centro de La Habana. Estábamos cansados de caminar, pero Rolando apuraba el paso. En calle Tejadillo se detuvo frente a una casa de tres pisos y empujó la puerta.

- Rápido, suban hasta el último piso.

Corrimos escaleras arriba para caer rendidos al llegar frente a una puerta. Rolando dio dos golpes que sonaron como una clave. La puerta se abrió y un hombre alto, de frondosa barba negra nos empujó adentro sin siquiera preguntar.

- Camilo – dijo Rolando – este es mi hermano, estuvo preso los últimos dos años acusado de estar coludido con los gusanos. Nada tuvo que ver con la invasión. Estos hombres fueron torturados y no tienen dónde ir. Te ruego los asiles mientras deciden qué hacer.
- Tú sabes que aquí estarán seguros, amigo, vete tranquilo, ellos ahora tienen que salir de Cuba, el sistema los ha dejado de lado y nadie los acogerá. La próxima semana tengo tres balseros, quizás se puedan ir con ellos.

Rolando y su hermano se abrazaron en silencio; ambos sabían que era una despedida, quizás para siempre. Recordé mi despedida de María Noema, con un beso suave, una caricia leve, como si esa separación por tan pocos días no tuviera importancia,

también el beso de mi suegra, la humedad de sus ojos, como si fuesen lágrimas ¿acaso ella tenía algún mal presentimiento? Ninguno sabía que era un adiós definitivo, en cambio Rolando y su hermano lo sabían, ese abrazo y ese beso era el último, para recordarlo toda la vida, como un apoyo en las horas de soledad. Para ellos no dejaba de ser un consuelo, en cambio para mí, el dolor de ese adiós estaba pendiente, necesitaba esa última mirada y un último beso. Dimos vuelta el rostro hacia otro lado, no queríamos mirarlos, teníamos un nudo en la garganta y no podíamos hablar, sólo atinamos a alzar la mano en señal de despedida. Rolando salió rápidamente y cerró la puerta tras él; escuchamos sus pasos corriendo escalera abajo. Rubén de dejó caer sobre una silla y ocultó el rostro entre sus manos, lloraba. Camilo se dirigió a la cocina y puso una olla al fuego.

- Siempre tengo comida lista para algún prófugo. Todos los días estamos asilando a alguien que quiere escapar. No todos lo consiguen. Afortunadamente, hasta ahora, nadie me ha delatado.

En silencio comimos ese plato de lentejas que tenía sabor a libertad y a cariño; mi mente estaba lejos, soñando con María Noema y mi hija, pero tenía una idea fija: escapar, correr hacia la libertad, regresar a Chile y olvidarme de Cuba y del infierno vivido. Camilo nos indicó donde dormir; no eran más que unos colchones tirados en el suelo, pero para nosotros, que durante los últimos años lo habíamos hecho sobre la fría loza de la celda o en colchones de paja, era como tenderse sobre espuma. Esa noche dormimos en paz. Nos sentíamos seguros.

No queríamos convertirnos en una carga para ese hombre y al otro día, mientras Camilo salía en busca de provisiones, lo conversamos.

- Aquí no podemos quedarnos eternamente y la idea de escaparnos con los balseros no me gusta. Camilo tiene razón. En Cuba no tenemos futuro – dije Cuando fui inspector, normalmente sorprendíamos a alguno tratando de llegar a Miami. Esos pobres terminaban en la cárcel. Muchos murieron en el intento. Vamos al puerto, quizás aún esté mi lancha y podamos usarla.
- ¡Tú estas loco, chico! – exclamó Rubén - ¿Después de dos años preso? ¿Tú crees por casualidad que aún te han conservado el puesto?
- No, pero tenía amigos, no creo que ellos me hayan olvidado; conozco el sistema, sé donde están las lanchas. En la noche se retiran las llaves, pero a las seis de la mañana todas están puestas mientras los tripulantes reciben las últimas instrucciones, quizás podamos robarnos alguna. Voy a ir al muelle a dar una mirada, quiero estar seguro de que todo sigue igual. De madrugada hay poca vigilancia, sólo uno o dos guardias que hacen el recorrido por los muelles. Esta noche dormiremos aquí y mañana, a las cinco, saldremos a intentarlo. Si no logramos nada, regresamos.

Abandoné la casa y me dirigí al puerto, caminé lentamente, observando atento todos los cambios. No había ninguna lancha a la vista, seguramente todas estaban circulando alrededor de las costas. Tampoco había muchos guardias. Desde lejos divisé un par de ellos que conversaban apoyados en un muro. Me acerqué al lugar donde normalmente me estacionaba, observé el entorno, todo estaba en calma y eso me tranquilizó. Regresé con la convicción de lograrlo.

Le explicamos nuestro plan a Camilo que nos escuchó con una sonrisa en los labios. No dijo nada, sólo movió la cabeza, como si nos creyera locos por intentar un imposible.

- Es una locura, pero les deseo buena suerte. Pero, por favor, si los apresan, ustedes no me conocen.
- Nunca te hemos visto – dije mientras lo estrechaba entre mis brazos.

Esa noche casi no dormí, la tensión nerviosa me tenía al borde del colapso, la angustia me mordía con fuerza y la incertidumbre de no saber lo que sucedería con nosotros me obligaba a dar vueltas de un lado al otro. A las cuatro de la mañana no aguanté más y salté de la cama. Camilo estaba sentado junto a la mesa, tampoco había podido dormir.

- Que mala noche ¿verdad? Llegó el momento de la verdad ¿crees que lo lograrás?

- No sé. Perdóname, Camilo, pero estoy tan nervioso que no puedo coordinar mis ideas. Pero ya no me importa lo que pase, después de tantos sufrimientos, quizás sería mejor recibir un balazo.

Camilo nos ofreció un café que tomamos en silencio, luego abrió la puerta, palmoteó nuestras espaldas y nos dejó salir.

Caminamos hacia el puerto. Para no llamar la atención, hicimos dos grupos. Rubén y Dionisio por un lado, Pablo y José María por otro y yo solo. Caminé delante como si no los conociera. En el puerto me dirigí hacia donde estacionaba normalmente mi lancha. Ahí estaba, limpia, como si la hubiesen lavado recién. Bajé lentamente los peldaños hasta llegar a la plataforma de embarque. Me paré a su lado y miré alrededor en busca de algún vigilante, afortunadamente no había nadie a la vista. Me dejé caer dentro y vi la llave del motor puesta, como si estuviese pronta para zarpar. Asomé la cabeza temiendo que alguien me sorprendiera, pero sólo la brisa marina alborotó mis cabellos. Sobre el puente de mando divisé a Marcelino Soto, uno de los muchachos que había trabajado conmigo; su mirada pareció detenerse un instante en mi rostro y un destello de luz iluminó sus ojos, pero luego pasó sobre mí y siguió hacia el otro lado. Respiré aliviado; por un momento temí que me hubiese visto, pero parecía no haberse dado cuenta de mi presencia pues caminó en sentido contrario para detenerse a conversar con otro hombre que se dirigía justamente hacia nosotros. Me pareció un maravilloso golpe de suerte, pues si ese hombre hubiese completado su caminata, nos habría descubierto. Mis amigos se acercaron tímidamente, como si dudaran en emprender la aventura. Alcé la mano y los llamé. Mientras corrían para lanzarse dentro de la embarcación, encendí el motor e inicié la marcha. Ellos saltaron uno tras otro mientras aceleraba hacia la salida de la bahía. Era un trayecto largo y para no llamar la atención, disminuí la velocidad. Sobre el puente de mando, Marcelino Soto estaba solo y alzó su mano en señal de despedida. Nos había visto y nos dejó partir, quizás él tenía los mismos deseos. Quise gritarle -¡Gracias, Marcelino! – pero sólo alcé mi mano mientras

mis ojos se llenaban de lágrimas. Eran las seis de la mañana. Estaba seguro que tendríamos sólo una hora de ventaja. A las siete, el nuevo Inspector de Puerto se daría cuenta que le habían robado la lancha. Me preguntaba si nos perseguirían o nos dejarían escapar.

Pasamos frente al Cristo que vigila La Habana para enfrentarnos al Fuerte de San Carlos de La Cabaña donde un grupo de trabajadores agitó sus manos en señal de saludo. Respondimos en la misma forma, riendo, como si estuviésemos de paseo. No me sentía seguro hasta no salir a mar abierto y perder de vista las costas de Cuba. Rubén se tendió boca abajo mirando como la ciudad quedaba a nuestras espaldas, Pablo y José María lloraban mientras Dionisio se metió en la cabina para tenderse en el sofá cama, donde permaneció hasta que Cuba, nuestro paraíso y nuestro infierno, desapareció en el horizonte.

Ya en mar abierta, nos sentimos seguros y aceleramos la marcha; quería alejarme lo más posible antes de que se dieran cuenta del robo de la lancha e iniciaran nuestra persecución. La lancha estaba lista para zarpar, de otra manera no se justificaba que la llave del motor estuviese puesta y seguramente ya se había dado la voz de alarma. No podía dejar de pensar en Marcelino Soto ¿Qué podría sucederle? Estoy seguro de que sería interrogado y yo ya tenía experiencia en esos interrogatorios. Cada cierto tiempo miraba hacia atrás, atento a cualquiera señal de persecución, temía que trataran de capturarnos antes de llegar a Miami; que nos persiguieran en otra lancha me parecía improbable; pasó una hora sin que nada sucediera, lo que me devolvió la tranquilidad.

De repente escuchamos el sonido de un avión. Alcé la cabeza, preocupado, y miré hacia todos lados sin saber de dónde provenía. Dionisio salió de la cabina y miró hacia el cielo.

- Hay un avión cerca - dijo - ¿Serán los norteamericanos?
- Ojalá, pero me extrañaría que fuesen ellos ¿Qué podrían estar haciendo?
- Vigilando – contestó Rubén, sin dejar de mirar el cielo.

En ese momento lo descubrimos; estaba casi sobre nosotros. No podíamos distinguir de donde era y nos quedamos mirando hacia arriba sin saber qué hacer. El avión giró en redondo y comenzó a bajar. Nunca pensé que nos persiguieran en esa forma. En ese momento supe que venía a darnos muerte. Di un grito de advertencia.

- Nos van a matar, muchachos, lancémonos al mar.
- ¿Cómo se te ocurre? – protestó Pablo, son cubanos, no pueden asesinar a sus compatriotas a sangre fría.
- ¿No? ¿Y qué crees que han estado haciendo todos estos años? ¿te olvidaste del paredón?

No me hicieron caso y cogiendo una camisa blanca comenzaron a agitarla en señal de rendición cuando una lluvia de balas cayó sobre nosotros. Una alcanzó a rozar mi hombro y otra impactó en Rubén, que se desplomó en el piso. Sin pensarlo dos veces, me lancé al mar, ocultándome bajo la lancha. Asomaba la cabeza para respirar y volvía a sumergirme. Ahí permanecí largo rato, escuchando atentamente los sonidos del avión que se alejaba, daba una vuelta y regresaba, seguramente vigilando que todos estuvieran muertos. Cuando el silencio volvió a reinar sobre el océano, salí temeroso. Me colgué del borde y haciendo un tremendo esfuerzo, logré subir. Ahí estaban los cuatro, tendidos en charcos de sangre. Rubén fue el primero en caer, tenía tres impactos; a Pablo le habían destrozado la cabeza; José María estaba perforado por todos lados, como si se hubiesen ensañado con su cuerpo y Dionisio aún gemía. Comencé a limpiarle la sangre para descubrir sus heridas para curarlo de alguna forma, pero el pobre no tenía fuerzas y nada podía hacer. Tenía el estómago perforado. Murió mientras lo sostenía en mis brazos.

Me quedé sentado, como una estatua de piedra sin sentimientos, el corazón frío y los ojos secos. La lancha estaba deteriorada y a la deriva, afortunadamente el casco no había sido destruido, pero el motor estaba inservible. Una suave columna de humo emergía de entre los fierros ametrallados.

Llegó la noche, fría y negra como la muerte que navegaba a mi lado. No tenía agua ni comida. Temblando, me envolví en la manta que estaba sobre el sofá cama y me acurrugué esperando el nuevo día. Las estrellas lejanas parecían reír de mi desgracia y un silencio de plomo envolvió la noche mientras mi alma navegaba por mares de locura, preguntándome en qué momento moriría. Me dormí sin darme cuenta y soñé con María Noema y mi hija. Desperté llorando cuando el sol comenzaba a calentar mis huesos fríos.

Mis compañeros de fuga aún estaban en sus charcos de sangre coagulada. No podía seguir con ellos frente a mí, terminaría enloqueciendo; confieso que me costó tomar la decisión de lanzarlos al mar y esperé hasta el atardecer, cuando el sol se estaba ocultando, como si tuviese vergüenza de ese acto horrible. Cogí a Rubén y lo dejé caer. Se hundió con un sonido sordo pero luego flotó arrastrado por la corriente. Pablo fue el siguiente; José María lo siguió para unirse a ese sanguinolento grupo y a Dionisio lo dejé caer suavemente, luego cogí un balde que llené con agua de mar y lavé la cubierta. Me senté a mirarlos como flotaban, alejándose lentamente. Cerré los ojos y oré.

A lo largo de mi existencia he cometido tantas estupideces que me es imposible recordarlas todas. Lo más lamentable es que siempre alguien salió perjudicado, pero de alguna manera, también lo fui yo, e imitado a Dante puedo decir: “ *a mitad del andar de nuestra vida, extraviado me vi por selva oscura, que por vía directa era perdida*” pero como el razonamiento nunca fue mi fuerte, seguí por esa selva oscura sin medir las consecuencias hasta llegar a esta encrucijada fatal.

Esos hombres aún estarían vivos, tratando de rehacer sus vidas en La Habana, si no los hubiese arrastrado en esta descabellada aventura. Una vez más, soy culpable. Temo que ha llegado el momento de decir adiós, no sólo a mis locuras, sino que además a la vida. A mi alrededor se extiende la inmensidad del océano y la sensación de desamparo me agobia. La soledad de las aguas que se mecen burlonas parecen esperar el desenlace fatal y tengo miedo ¿Cómo es posible, Fidel, que hayas llenado mi corazón de ilusiones, sólo para terminar fugándome del paraíso, como si fuese un delincuente?. Llegué a La Habana dispuesto a dar la vida por la revolución. Todo parecía tan simple y la esperanza de contribuir se abría como un abanico de posibilidades. Fui uno más de los que aullaban en las concentraciones, sintiendo que eras un Dios, mientras tú nos envolvías con tu grandilocuente verborrea.

El sol se oculta rápidamente tiñendo de rojo el horizonte y las ya rojas aguas con la sangre de mis amigos, cuyos cadáveres flotan a la deriva devorados por un grupo de tiburones. No quiero mirar ese deprimente espectáculo. Les advertí a tiempo de que ese avión no venía en nuestro rescate, sino que a darnos muerte.

Tengo frío y tiemblo, la herida de mi hombro ha dejado de sangrar pero el dolor es intenso. Acurrucado en un costado de la lancha, espero.



Gerardo Machado y Morales nació en Santa Clara en 1871. Fue un destacado militar que luchó durante la guerra de independencia de Cuba (1895-98) alcanzando el grado de General del ejército rebelde. Acabada la guerra se dedicó a los negocios, colaborando con los norteamericanos y alcanzando una cuantiosa fortuna. En política, llegó a liderar el Partido Liberal para luego ser elegido presidente de la República.

Su primer mandato (1925-29) fue de gran progreso para la isla, su lema: “agua, carreteras y escuela” se cumplió a cabalidad: fundó escuelas, amplió la Universidad de La Habana, construyó caminos y la gran carretera central, además centros sanitarios. La obra más grande y que aún persiste es el magnífico Capitolio con la segunda cúpula más grande del mundo y un diamante incrustado en el piso, marcando el kilómetro 0.

Luego, la ambición lo hizo perder su norte, llevándolo a manipular los poderes legislativos y judicial, sometiendo a la oposición y encarcelando a los que se atrevían a levantar la voz en su contra, llevando su gobierno a una solapada dictadura.

A pesar de que la constitución Cubana prohibía un segundo mandato, Machado manipuló la situación para obtener su reelección.

Su segundo mandato estuvo marcado por la crisis económica de 1929 y la represión. El descontento de la población se hizo sentir con algunas protestas, pero Machado apretó el puño hasta convertir su gobierno en un régimen abiertamente dictatorial y la represión se hizo cotidiana, llenando las cárceles con los dirigentes políticos opositores.

Como la situación amenazaba con llevar el país a una caótica dictadura que no favorecía los intereses de Estados Unidos, Washington intervino enviando a Sumner Welles como mediador sin obtener mayores resultados.

En 1933 se produjo la huelga general y un golpe militar apoyado por los Estados Unidos y encabezado por **Fulgencio Batista**, llamada “La Revolución de los Sargentos” obligó a Machado a exiliarse en los Estados Unidos.

Murió en Miami en 1939.



Fulgencio Batista y Zaldivar nació en Veguita, Banes, provincia de Holguín en 1901. Hijo natural de Belisario Batista y de Carmela Zaldivar. La madre lo bautizó como **Rubén Zaldivar**, ya que no fue reconocido por su padre, y con ese nombre figuró hasta 1939. A Batista siempre le penó ser considerado mulato e hijo natural, por lo que renegó de su nombre, haciéndose llamar **Fulgencio Batista** sin poder acreditar ese nombre con ningún documento. En 1921, a los veinte años de edad, se unió al ejército y a partir de 1923 entró en la guardia rural, alcanzando el grado de sargento taquígrafo del Estado Mayor del Ejército. Tras el derrocamiento de Gerardo Machado, se formó un nuevo gobierno formado por Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, pero el descontento no cesó y un grupo de militares, entre los que se encontraba **Fulgencio Batista**, pidieron la elaboración de una nueva constitución. **Batista** inició una seguidilla de intrigas políticas buscando instalarse en las cúpulas partidistas y participó en varias conspiraciones que culminaron con el Movimiento Cívico Militar del 4 de Septiembre de 1933, donde se estableció una Junta de Gobierno, llamada “La Pentarquía” formada por cinco miembros

En 1940 se creó un movimiento político de distintos sectores en los que participaron Carlos Prío Socarrás, Ramón Grau, Eduardo Chibás, Blas Roca Calderío y Juan Marinello Vidaurreta.

Al ser nominado como candidato presidencial, se descubrió que la inscripción como **Fulgencio Batista** no existía y que su nombre real era **Rubén Zaldívar**, lo que desató el caos entre sus partidarios. Conseguir ser aceptado con ese nombre le obligó a postergar sus aspiraciones presidenciales y sobornar a un juez con quince mil pesos, para lograr esos papeles. **Batista**, ya con su identidad definitiva, logra ser elegido presidente de Cuba en elecciones libres, apoyado por la Coalición Socialista Democrática. Durante su mandato, Batista colabora con los norteamericanos, permitiendo la instalación de casinos e industrias. Declara la guerra al Japón, a Alemania nazi y a Italia fascista.

Como el período presidencial tenía una duración de cuatro años, sin reelección, entrega el poder al médico Ramón Grau San Martín.

A pesar de su intento de regresar al poder, en 1948 es elegido Presidente el abogado Carlos Prío Socarrás.

Para las elecciones de 1952, Batista nuevamente pretende obtener la presidencia, pero las encuestas lo dan como perdedor. Decidido a llegar al poder de cualquier manera y apoyado por el ejército, da un golpe de estado, derrocando a Prío Socarrás, quien se exilia en Estados Unidos.

Batista mantuvo todos los derechos de las industrias norteamericanas y las del comercio cubano. Se abrieron casinos, lugares de diversión que en su mayoría estaba en las manos de la mafia, que pagaba generosamente por protección; la corrupción abarcaba todos los estamentos políticos y sociales y la represión se intensificó hasta convertirse en una férrea dictadura, donde la libertad de expresión y los periódicos fueron controlados y los disidentes, encarcelados y en algunas ocasiones, asesinados.

Durante varios años se vio obligado a luchar contra la guerrilla insurgente que pretendía derrocarlo, hasta que el 1 de Enero de 1959, dichos guerrilleros lograron imponerse, obligándolo a escapar hacia Santo Domingo, llevándose una fortuna de US\$ 100.000.000.-

Luego viajó a la isla de Madeira (Portugal) para luego exiliarse en España, donde murió en 1973 a causa de un infarto en la localidad de Marbella. Su tumba se encuentra en el cementerio de San Isidro, en Madrid.

Después de la Revolución, Prío Socarrás, entusiasmado con la figura y el carisma de Fidel Castro y estando convencido que pronto tendrían elecciones libres, regresa a Cuba con la intención de volver a la presidencia y mientras eso suceda, cooperar con el gobierno. Pronto se dio cuenta de que estaba equivocado, que las supuestas elecciones libres no llegarían jamás y que la revolución caminaba hacia un sistema político que no era de su agrado, descorazonado, regresa a Estados Unidos donde se suicida el 5 de abril de 1977,



Fidel Castro Ruz

Nació en Birán en 1926. Hijo natural de Angel Castro Argiz, un inmigrante gallego y de Lina Ruz González, una descendiente de canarios. En esa fecha, Angel Castro estaba casado con María Luisa Argota, de la sólo pudo divorciarse en 1940, para casarse con la madre de su hijo y reconocer a Fidel. Ambos padres eran analfabetos, aunque aprendieron a leer en su madurez y a pesar de su origen humilde, con el tiempo, Angel Castro alcanzaría una sólida posición económica y grandes extensiones de tierra.

A la edad de seis años, Fidel fue enviado a La Habana junto a su hermana Angela al cuidado de una maestra. A pesar de la buena situación económica de sus padres, Fidel pasó hambre, ya que la institutriz encargada de su cuidado, gastaba el dinero en mantener a su familia. En 1934 ingresa al Colegio Lasaliano de Santiago. En Septiembre de 1939 se inscribe en el Colegio de Dolores. En 1942 ingresa al colegio Belén de La Habana, finalizando su bachillerato en junio de 1945, junto a su mejor amigo de entonces y futuro cuñado, Rafael Díaz- Balart, que con los años se convertiría en su mayor enemigo.

Durante su época universitaria dio sus primeros pasos en política, siendo elegido delegado de curso. A los 21 años, como presidente del Comité Pro Democracia Dominicana, promovió acciones para reclamar contra el dictador de Republica Dominicana, Rafael Trujillo y formó parte de la invasión de Cayo Confites, con la intención de derrocarlo, acción totalmente fracasada.

Contrajo matrimonio con Mirta Díaz- Balart, hermana de su mejor amigo, viajando a Nueva York a pasar su luna de miel. De este matrimonio nace su hijo Fidel Félix Castro Díaz-Balart.

En 1950 obtiene su licencia como abogado.

En marzo de 1952, Castro denuncia a Batista ante los Tribunales de Urgencia, acusándolo de violar la constitución, exponiendo que los delitos eran competencia de ese tribunal. La demanda fue desestimada y Fidel quedó expuesto a las represalias de la

policía. Fidel Castro comprendió que la única forma de sacar a Batista del poder, era la lucha armada, comenzando a planificar el ataque al Cuartel Moncada.

La idea era llegar vestidos con uniforme de sargento, la diferencia serían los zapatos, para poderse identificar entre ellos. Era la única forma de introducirse subrepticamente, anular la acción de los guardias y apoderarse de las 3.000 armas que ahí se guardaban, frustrar toda resistencia para luego arengar a los soldados, incitándolos a la rebelión en contra de un gobierno corrupto, invocando la “Rebelión de los Sargentos” curiosamente liderada por Batista, que en 1933 derrocó al presidente Gerardo Machado.

El ataque debía apoderarse de la Jefatura Central del cuartel y detener todos los movimientos de defensa; Raúl Castro ocuparía el Palacio de Justicia y Abel Santamaría se haría cargo del Hospital Civil. Antes de iniciar las acciones, Fidel Castro pronunció el siguiente discurso:

Compañeros, podrán vencer dentro de unas horas o ser vencidos, pero de todas maneras ¡óiganlo bien, compañeros! de todas maneras, el movimiento triunfará. Si vencemos mañana, se hará más pronto de lo que aspiró Martí. Si ocurriera lo contrario, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba, a tomar la bandera y seguir adelante. El pueblo nos respaldará en Oriente y en toda la isla ¡Jóvenes del Centenario del Apóstol! Como el 68 y en el 95, aquí en Oriente damos el primer grito de ¡libertad o muerte! Ya conocen ustedes los objetivos del plan. Sin duda es peligroso y todo el que salga conmigo de aquí, esta noche, debe hacerlo por su absoluta voluntad. Aún están a tiempo para decidirse. De todos modos, algunos tendrán que quedarse por falta de armas. Los que están determinados a ir, den un paso al frente. La consigna es no matar sino por última necesidad.

En Santiago de Cuba el bullicio estremece las calles con la algarabía del Carnaval. Sonaban las tumbadoras, las trompetas y los cencerros. El ritmo enloquecedor no permitía espectadores pasivos y todos terminaban bailando al llamado de la corneta china, que encabezaba todas las comparsas. Encaramados en altos zancos y vestidos con coloridos trajes, un grupo de muchachos desfilaba lanzando serpentinas y papel picado. La gente se desplazaba de un lado a otro bailando al ritmo de las diferentes orquestas instaladas en las esquinas, sin imaginar que un grupo de rebeldes pretendían interrumpir la diversión.

Los soldados del Cuartel Moncada habían decidido participar en una posta mientras otro grupo quedaba de guardia; estos advirtieron un grupo de soldados desconocidos que actuaban en forma sospechosa. Siguieron sus pasos y alertaron a sus superiores. De esa forma se frustró el factor sorpresa, desbaratando a los atacantes. La balacera no sólo acabó con los invasores, sino que además con la fiesta. A pesar de contar con grupos de apoyo que trataron de ocultarlos, fueron arrasados por la abrumadora mayoría.

Fidel Castro escapó hacia la sierra con sólo veinte hombres de los originales 160 con que contaba, entre ellos, dos mujeres.

El grupo apuró el paso para no ser alcanzados, mirando hacia atrás a cada instante, como si temieran ser sorprendidos. Habían fracasado y eso pesaba sobre ellos como el derrumbe de una montaña. Tras varios días de agotadora marcha, sin fuerzas ni alimentos, se refugian en una cabaña donde, rendidos, se tienden a dormir. Un grupo de soldados que estaban sobre sus pasos los rodean rápidamente, apresándolos sin resistencia. Uno de los sargentos exigió respeto por la vida de Fidel antes de entregarlo a las autoridades.

En el tribunal, Fidel Castro se alza acusador. No está dispuesto a bajar la cabeza y someterse a unos jueces que él considera vendidos a un régimen poco digno. En voz alta acusa a Batista de traidor a la Patria, de someter, torturar y ejecutar a más de ochenta de sus hombres que han sido detenidos. En esa oportunidad pronuncia su discurso, conocido como “La historia me absolverá” De todas maneras es condenado a 15 años de prisión.

En Mayo de 1955, y tras una amnistía general, Fidel Castro es puesto en libertad. Como permanecer en Cuba le habría significado un continuo peligro, emigra a Estados Unidos y finalmente a México donde fija su residencia.

Durante un período de tiempo se dedica a conseguir dinero y adeptos a su causa, logrando una buena acogida, especialmente del ex ministro de Carlos Prío Socarrás, Aurelio Sánchez Arango, que aporta gran parte del financiamiento.

En ese momento, Antonio Níco Lopez Fernández, llega a México acompañado de Ernesto Guevara (al cual, Antonio, burlándose de su forma de hablar, lo bautiza como el Che) ambos escapando de los disturbios en Nicaragua, donde a causa de sus actos de

rebeldía en contra del gobierno, se habían visto obligados a refugiarse en la Embajada de Argentina, hasta lograr un salvoconducto para abandonar el país.

A pesar que Fidel Castro junto a Huber Matos pertenecían al partido Ortodoxo, con una ideología nacionalista y anticomunista y Guevara y Antonio eran adeptos a una línea más dura, se convencen de que persiguen una misma causa, creándose una fuerte amistad entre ellos.

También llega a México Hilda Gadea, una revolucionaria peruana recién liberada de la cárcel nicaragüense y que había mantenido una relación amorosa con Guevara mientras ambos luchaban en la guerrilla, reanudando la relación. Hilda queda embarazada y Ernesto opta por casarse con ella el 18 de agosto de 1955, yéndose a vivir a calle Nápoles N° 40 en Colonia Juárez, donde nace su hija Hilda Beatriz.

Camilo Cienfuegos Gorriarrán, exiliado en Nueva York, se entera de la existencia de Fidel Castro y de sus proyectos revolucionarios, lo que lo motiva a viajar para conocerlo.

En Febrero de 1956, sentados a la sombra de un higuerón, Fidel y su hermano Raúl, piensan en la forma de entrenar a sus hombres para enfrentar el ejército de Batista. Camilo Cienfuegos propone efectuar ejercicios de guerra en un rancho del municipio de Chalca recomendando al Coronel Alberto Bayo Giraud como instructor.^{3*}

La actividad que desarrollaban llamó la atención de la comunidad y algunas voces se levantaron en protesta; la policía mexicana comenzó a mirar con malos ojos a esos presuntos revolucionarios y sospechando que podían constituir un peligro para la seguridad nacional, optaron por detenerlos.

El grupo no estuvo encarcelado mucho tiempo ya que no existían cargos concretos en contra de ellos, logrando salir en libertad. Sólo Guevara permaneció recluido por su mala conducta y trato insolente con los carceleros. Por esa causa, el viaje a Cuba se retrasa provocando la impaciencia de los hombres. Finalmente, el 25 de noviembre de 1956, los ochenta y dos hombres que componían el grupo de guerrilleros, logran zarpar desde Tuxpan rumbo a Cuba a bordo del yate Granma. Entre ellos va Juan Manuel Márquez, Camilo Cienfuegos, Raúl Castro, Huber Matos, Juan Almeida Bosque y Ernesto Che Guevara. En Cuba los espera Frank País, que ha organizado un levantamiento en Santiago de Cuba para darles apoyo y facilitarles un desembarco sin problemas.

El tiempo se confabula en su contra desatando fuertes marejadas y el viento los desvía de su ruta, retrasando la llegada en dos días. Como carecían de una radio para comunicarse, Frank País no sabe qué actitud tomar y suponiendo que el plan ha sido abortado, abandona el lugar sin imaginar que el grupo está encallado en los manglares de Playa Las Coloradas.

Los expedicionarios desembarcan privados del apoyo terrestre, siendo interceptados en Alegría de Pío, donde son dispersados y muertos la mayoría de los hombres. Los veinte sobrevivientes escapan a Sierra Maestra, de difícil acceso. Batista esparce la noticia de la muerte de Fidel Castro y el fin de los revolucionarios, noticia que es desmentida poco tiempo después gracias a la entrevista realizada por Herbert Matthews, corresponsal del New York Times.

En 1957 Fidel Castro firma el Manifiesto de Sierra Maestra en la que se compromete a celebrar elecciones libres para todos los cargos del Estado, bajo las normas de la Constitución de 1940 y el Código Electoral de 1943 y entregar el poder de inmediato al candidato elegido por el pueblo.

El 24 de mayo de 1958, Batista envió diecisiete batallones contra los rebeldes, llamada “Operación Verano” pero los revolucionarios se impusieron con sorprendentes victorias. El 28 de Mayo, Ernesto Che Guevara, al mando de trescientos hombres, inicia la batalla de Santa Clara, donde logra derribar un tren blindado cargado con armas, consiguiendo rendiciones masivas de las tropas de Batista.

El 1 de Enero de 1959 se proclama el triunfo de la Revolución y Castro. De pie en el balcón del ayuntamiento de Santiago de Cuba, pronuncia las siguientes palabras:

³ * Alberto Bayo Giraud nació en Cuba, hijo de padre español y madre cubana. Se educó en los Estados Unidos y en España, donde ingresó a la Aviación Militar de ese país, siendo expulsado en 1916 a causa de un duelo. Luego ingresó a la Legión Española para pelear la guerra de Marruecos. Luchó en la Revolución Española por los republicanos. En 1939 se exilia en México donde se desempeña como instructor de aviación en Guadalajara. Después del triunfo de la revolución Cubana, Alberto Bayo estuvo al frente del Departamento de Inteligencia de la Fuerza Aérea Revolucionaria. Murió en 1967.

Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad al poder, no será como en el 95, que vinieron los americanos y se hicieron dueños de esto, que intervinieron a última hora y después ni siquiera dejaron entrar a Calixto García, que había peleado durante treinta años, no lo dejaron entrar en Santiago de Cuba. No será como en el 33, cuando el pueblo empezó a creer en que una Revolución se estaba haciendo y vino el señor Batista, traicionó la Revolución, se apoderó del poder e instauró una dictadura por once años. No será como en el 44, año en el que las multitudes se enardecieron creyendo que al fin el pueblo había llegado al poder y los que llegaron al poder fueron los ladrones. Ni ladrones ni traidores ni intervencionistas, esta vez sí que es la Revolución.

El 8 de Enero de 1959, después de un recorrido triunfal a lo largo del territorio, Fidel Castro entra en La Habana, donde pronuncia un discurso en lo alto de un podio frente a miles de cubanos. Durante el discurso, una paloma escapada de entre la multitud, vuela desconcertada, para posarse finalmente en el hombro de Fidel, lo que arranca aullidos de entusiasmo, por considerar este hecho como una bendición del cielo.

La tiranía ha sido derrocada. La alegría es inmensa. Y sin embargo queda mucho por hacer todavía. No nos engañemos pensando que en adelante todo será fácil; quizás todo sea más difícil. Decir la verdad es la primera obligación de todo revolucionario. Engañar al pueblo, despertarle engañosas ilusiones, siempre traerán las peores consecuencias y estimo que al pueblo hay que alentarle contra el exceso de optimismo.

El resto de la historia es de todos conocida.

Artículo publicado en el New York Times con la Entrevista a Fidel Castro en Sierra Maestra por Herbert Matthews

Entre las misiones que trataría de cumplir el destacado combatiente revolucionario Faustino Pérez en La Habana, estaba la de enviar un periodista a entrevistar a Fidel Castro en Sierra Maestra, pero los directores de los principales diarios no lo aceptaron, temerosos de las represalias que ello les pudiera ocasionar. No sería hasta mediados de febrero que se logró por intermedio de René Rodríguez, que el afamado reportero del New York Times Herbert Matthews, fuera mandado a buscar para realizar la entrevista.

Luego de burlar los controles, el periodista logra llegar a las inmediaciones de Sierra Maestra.

El 17 de febrero de 1957, en los terrenos de la finca El Chorro, Fidel Castro le concede a Matthews una entrevista que él comenta de la siguiente manera:

“Fidel Castro Ruz, líder rebelde de la juventud cubana, está vivo y peleando con éxito en la intrincada Sierra Maestra, en el extremo sur de la isla. El presidente Fulgencio Batista tiene la crema y nata de su ejército en la región, pero hasta ahora está en desventaja en la batalla por vencer al más peligroso enemigo que jamás haya enfrentado en su larga y azarosa carrera como regidor de los destinos cubanos.

Esta es la primera noticia confirmada de que Fidel Castro está todavía vivo y todavía en Cuba. Nadie fuera de Sierra Maestra ha visto a Castro, con excepción de este reportero. Nadie en La Habana, ni aún en la embajada de los Estados Unidos, con todos sus recursos para obtener informaciones, conocerá hasta la publicación de este reportaje que Fidel Castro está realmente en las montañas orientales de Cuba.

Este recuento romperá la más rígida censura de la historia republicana de Cuba. La provincia de Oriente con sus dos millones de habitantes, sus florecientes ciudades de Santiago, Holguín y Manzanillo, están tan desconectadas de La Habana como si se tratara de otro país. La Habana no sabe y no puede saber que miles de hombres y mujeres están en corazón y alma con Fidel Castro, así como con los ideales que defienden los jóvenes de Sierra Maestra. Tampoco conocen que cientos de respetables ciudadanos están ayudando a Castro; que estallidos de bombas y actos de sabotajes se producen a diario (18 bombas estallaron en Santiago el 15 de febrero) y que la fiera represión antiterrorista del Gobierno está enardecido los ánimos populares aún más en contra del presidente Batista.

A lo largo de Cuba, un formidable movimiento de oposición ha estado desarrollándose contra el general Batista. Aún no ha alcanzado el climax. Los rebeldes de la Sierra Maestra están constreñidos a ese perímetro. La situación económica no es buena. El presidente Batista cuenta todavía con la fidelidad de la oficialidad del ejército y de la policía. Debe poder contar con el respaldo castrense en los dos años que aún le quedan de mandato.

Sin embargo, hay aspectos débiles en la economía, especialmente en el ángulo fiscal. El desempleo es creciente; la corrupción prevalece en la administración pública. Nadie puede predecir nada con seguridad, excepto que Cuba está en un período problemático.

Fidel Castro y su movimiento 26 de Julio son el símbolo de la oposición al régimen. La organización que no tiene nexos con la rebeldía de los estudiantes universitarios, está integrada por jóvenes de todas las clases. Es un grupo revolucionario que se auto titula

socialista. También tiene características nacionalistas, que generalmente en América Latina significa anti yanqui.

El paraje de Sierra Maestra en que nos encontrábamos era poco fértil. “*Algunas veces comemos, otras no*” me confió un rebelde. En conjunto, parecían gozar de buena salud. Sus simpatizantes les envían alimentos; los campesinos les prestan ayuda; guías de confianza van a comprar aprovisionamientos, pese a que los comerciantes hacen sus ventas con riesgo y contra las órdenes del gobierno. Raúl Castro, el hermano más joven de Fidel, se adelantó con miembros del grupo, poco después apareció Fidel.

Considerándolo por su físico y su personalidad, es hombre corpulento, de seis pies de estatura, piel aceitunada, de cara llena, de barba dispareja. Vestía un uniforme color verde olivo y llevaba un rifle con mirilla telescópica del cual se siente orgulloso. Parece que sus hombres tienen más de cincuenta de esas carabinas que dice, temen los soldados.

“Nosotros podemos alcanzarlos a mil yardas con estas escopetas”

Después de conversar sobre algunas generalidades, nos sentamos sobre mi frazada. Alguien trajo jugo de tomates, sándwichs de jamón, galletas y latas de café. Para festejar la ocasión, Castro abrió una caja de tabacos. Conversamos por espacio de tres horas, la conversación era un murmullo. Tropas del Ejército circundaban las cercanías, con la única esperanza de poder atrapar a Castro y a sus hombres.

Su personalidad es abrumadora. Es fácil convencernos que sus hombres lo adoran y comprenden por qué es el inspirador de la juventud cubana. Estaba frente a un fanático, un hombre de ideales, de coraje y de cualidades para el liderazgo.

La conversación comenzó con el relato de cómo pudo agrupar a los dispersos sobrevivientes de los hombres que desembarcaron el 2 de diciembre. Más tarde cómo pudo mantener alejadas las tropas del gobierno mientras jóvenes de todas partes de Oriente se unían a sus fuerzas, mientras el general Batista los abrumaba con sus prácticas antiterroristas. También contó cómo se aprovisionó y comenzó los ataques de guerrilla, que hicieron se le considerara invencible. Quizás lo sea, esa es la fe que inspira a sus partidarios.

Ellos han celebrado muchos combates e infligido muchas bajas en el ejército. Aviones del gobierno los bombardeaban todos los días; en efecto, a la nueve de la mañana vi volando un avión. Las tropas tomaron sus puestos; un hombre que vestía una camisa blanca se escondió con prontitud, pero el aparato se alejó para bombardear la parte alta de las montañas.

Castro es un gran conversador, sus ojos carmelitosos brillan; su rostro se aproxima a su escucha y su voz tenue como una pieza de teatro, presta un vívido sentido de drama.

Llevamos setenta y nueve días peleando y estamos más fuertes que nunca - Enfatiza Castro – los soldados están peleando malamente, su moral es baja y la nuestra no puede ser superior. Estamos matando muchos, pero cuando los tomamos prisioneros nunca los fusilamos. Los interrogamos, le hablamos cordialmente, tomamos sus armas y su equipo y los dejamos libres. Sabemos que siempre los arrestan después y hemos oído que algunos son fusilados como ejemplo para otros. Ellos quieren pelear y no saben cómo combatir en la guerra en las montañas. Nosotros sí.

El pueblo cubano conoce las noticias sobre Argelia, pero nunca ha escuchado una palabra acerca de nosotros o leído alguna noticia por la rigidez de la censura. Nosotros seremos los primeros en contarlas. Tengo seguidores en toda la isla. Todos los mejores elementos, especialmente la juventud, está con nosotros. El pueblo cubano resiste cualquier cosa menos la opresión.

Le pregunté sobre las informaciones en que se aseguraba que proclamaría un gobierno revolucionario en la Sierra Maestra.

Aún no – replicó – aún no es el momento. Lo haré en su oportunidad. Tendrá más impacto por la demora. Ahora todo el mundo habla de nosotros.

No hay prisa. Cuba está en estado de guerra, pero Batista trata de ocultarlo. Todo dictador debe demostrar que es poderoso, pues de lo contrario, se cae; nosotros estamos demostrando que es impotente.

El gobierno – comenta con amargura – está utilizando las armas suministradas por Estados Unidos, no sólo en nuestra contra, sino también contra el pueblo cubano. Ellos tienen bazookas, morteros, ametralladoras, aviones y bombas, pero nosotros estamos seguros en Sierra Maestra, ellos tienen que venir a buscarnos.

Castro habla algo de inglés pero prefiere conversar en español. Tiene mentalidad más de político que de militar. Sus ideas de libertad, democracia, justicia social, necesidad de restaurar la constitución, de celebrar elecciones libres están bien arraigadas. También cuenta con sus propias teorías económicas, que quizás un entendido, consideraría pobres. El movimiento 26 de Julio habla de nacionalismo y anticolonialismo.

Puedo asegurar que no tenemos animosidad contra los Estado Unidos y al pueblo norteamericano – replicó a mis preguntas – sobre todo – recalcó – estamos luchando por una Cuba democrática y por la conclusión de la dictadura. No somos antimilitaristas, por eso es que dejamos libres a los soldados prisioneros. No tenemos odio contra el ejército porque sabemos que hay buenos hombres, incluyendo a muchos oficiales. Batista tiene tres mil hombres en el campo contra nosotros. No le diré con cuantos contamos por razones obvias. Trabajan en columnas de doscientos; nosotros en grupos de diez a cuarenta y estamos triunfando. Es la batalla contra el tiempo y el tiempo está de nuestro lado.

La entrevista devino en histórica, pues fue la oportunidad de dar a conocer al mundo que el líder revolucionario cubano se encontraba con vida y combatiendo al frente de un destacamento guerrillero a las tropas de la tiranía a la que ya habían infligido dos derrotas.

Matthews estaba seguro que la entrevista al jefe rebelde sería un “tremendo palo periodístico” sin embargo, paradójicamente, la misma tiranía hizo que las expectativas se sobrepasaran con creces pues tildó públicamente de mentiroso al prestigioso reportero del New York Times, pero este tenía la prueba para demostrar su honestidad y poner al régimen en el mayor de los ridículos ante el mundo cuando publicó las fotografías junto a Fidel Castro en las montañas.

CONTRAPORTADA.

Escribir sobre Cuba siempre es un problema; no todos quedan conformes con lo que el autor expresa y se corre el riesgo de ser catalogado como anticubano; por ese motivo, he tratado de manejar esta historia con la mayor imparcialidad, sin olvidar que este relato está basado en un hecho real y que me fue narrado por el mismo protagonista. Si bien es cierto que murió hace ya algunos años, no es menos cierto que los acontecimientos narrados por él, poco antes de morir, me persiguieron durante mucho tiempo, interfiriendo en mis pensamientos, soñando con sus palabras, gritando en mi mente, llorando con sus penas, obligándome a tomar partido por esa difícil verdad que, por comodidad, nos negamos a ver.

Muchas veces me senté a escribirla, pero luego desistía agobiado por mi ignorancia; me faltaban datos que sólo podría darme el conocimiento directo. Para poderme ubicar en el lugar donde vivió el protagonista, viajé a esa Cuba maravillosa de sus recuerdos, convertida en el paraíso perdido de sus sueños para recabar información, conversar con muchas personas y darme cuenta de que sus palabras no carecían de verdad.

Afortunadamente el Ministerio de Relaciones exteriores me permitió revisar los archivos de esa época, de donde tomé algunos datos importantes. También tuve acceso a filmaciones hechas por el gobierno de Cuba que me hicieron comprender la forma en que se desarrolló la invasión a Bahía Cochinos y la Operación Peter Pan.

Después de un par de años de investigación, de haber conversado con muchas personas que vivieron esa época, de recibir confidencias, empecé a escribirla, tratando de mantenerme imparcial, sin quitar ni agregar nada de lo que el protagonista me narró antes de morir.

La historia de Salvador comienza poco después de la Revolución Cubana y termina dos años después de la invasión a Bahía Cochinos.

